

EL HIJO DE CORALIA.

III.

MADAME Dubois llegó al día siguiente á las once de la mañana. A las once y cuarto, toda la *sociedad* lo sabia. Las dos buenas lenguas de Montauban, la vieja Mlle. Lecerf y la linda Mme. Patalin, se repartieron la tarea. Mlle. Lecerf se encargó de llevar la noticia á los salones de Ciudad-Borbon, y Mme. Lydia Patalin á los de Ciudad-Nueva. Mme. Patalin llegó á casa de Mr. Godefroy un poco despues de la hora del almuerzo, y habiendo hecho ya catorce visitas, en cada una de las cuales inventaria pobablemente una nueva particularidad. Ella dió, sin embargo, á Cesarina exactísimos pormenores. Mme. Dubois era una mujer verdaderamente hermosa; debía tener á lo sumo unos treinta y seis años; habia bajado de la diligencia de Perigueux con un equipaje que constaba de seis bultos; el conductor del carruaje habia recibido dos francos y medio de propina; en cuanto á su aspecto... ¡Oh! ¡su aspecto era de una originalidad encantadora! Además, sabia que Mme. Dubois

llevaba muy aplastado el peinado, lo cual daba cierta gravedad al rostro. Ciudad-Nueva sabia, pues, á qué atenerse: Lydia, como mujer jóven y bonita, se encargaba de dar á conocer las señas físicas. Mlle. Lecerf, como mujer vieja y pasada, insistia sobre todo en *las cualidades de la inteligencia y del corazón*. ¡Mlle. Lecerf era fisonomista, toda vez que á la primera ojeada adivinaba que Mme. Dubois era buena, piadosa, caritativa, instruida, inteligente, distinguida y generosa! Nadie se atrevió á poner en duda la veracidad de estos detalles. A las tres de la tarde, cambiáronse las noticias entre Ciudad-Nueva y Ciudad-Borbon: las elegantes que se reunen todas las tardes en la pastelería de la calle de los Carmelitas no se ocuparon de otra cosa. Así es que á las cuatro y media, Mme. Dubois contaba ya con todos los sufragios. En las pequeñas poblaciones hay por instinto una gran propension á admirar á las gentes ricas.

La persona que de tal modo agitaba á los habitantes de Montauban hablaba muy tranquilamente con su sobrino en el jardinillo de la calle de Ingres. El retrato que hemos descrito era de una perfecta semejanza. Mme. Dubois parecia mucho más jóven de lo que era realmente: pero, de cerca, se veian en torno de sus ojos, en la frente y en la comisura de los labios, esas pequeñas y finísimas arrugas que no engañan nunca al observador. Era más bien hermosa que bonita. Sus cabellos sumamente negros y su frente estrecha daban cierta dureza á su fisonomía; pero esta dureza quedaba atenuada por una mirada de una expresion indefinible. Leíase al mismo tiempo en ella la calma y la pasion, unidas á una especie de vaga inquietud. Aquellos extraños ojos verdes parecian profundizar todo cuanto miraban, y á veces escudriñaban con una especie de provocadora intencion. El cutis de aquella mujer se habia conservado tan fresco y delicado como á los veinticinco años, y, cosa curiosa, rodeado por aquellos negros cabellos, guardaba esa palidez suavemente sonrosada de las rubias.

Llevaba ese traje de las ricas labradoras de Auvernia que daba un tono tan especial al retrato ejecutado por Daniel. En París, seguirian por las calles á una mujer que no fuese ves-

tida como todo el mundo. En Montauban, nadie extrañaba estas cosas. Los pueblos del Mediodía han conservado las antiguas costumbres de otros tiempos. Desde el Agenois hasta Cette, las mujeres de cada provincia siguen los mismos usos que sus madres. Aquel traje, sencillo, pero lujoso, sentaba perfectamente á Mme. Dubois; no era de creer, sin embargo, que lo hubiese adoptado por coquetería. La tia de Daniel queria decir indudablemente:—«Yo deseo que las gentes me tomen por lo que soy, por una labradora.» Despues de todo, lo cierto es que no tenia, ni con mucho, el aspecto de una labradora. El gesto más insignificante revelaba una mujer acostumbrada al trato de gentes. Sus aficiones cultas descubrian una distincion particular. Su voz, sonora y agradable, llamaba desde luego la atencion.

—¿De modo que tú la amas y ella te ama tambien? decia Mme. Dubois á su sobrino. Ninguna otra noticia podia procurarme mayor satisfaccion. He recibido tu aviso en el camino, en Lexos. Ya era tiempo; estaba matándome la duda. ¡Yo temia que Mr. Godefroy te rechazase fundado en la ilegitimidad de tu nacimiento! Ya te hablé de todo esto dias pasados cuando fuiste á verme á Vic-sur-Cere. Yo creo que vivimos en una época en que, gracias á Dios, bastardía no es, como en otros tiempos, sinónimo de infamia; pero temia las preocupaciones de un hombre que no ha salido nunca de su pueblo, y que se asusta anticipadamente de las chinchorrerías de sus convecinos. Yo suponía que tendríamos que dar un asalto en toda regla. ¿Me he equivocado? ¡Tanto mejor! ¡Ah! ¡hijo mio! ¡deseo tan de veras verte dichoso! No tengas cuidado, nosotros te procuraremos la existencia que mereces.

—¡Ah! ¡tia! ¡así que la conozcais!...

—Tú la amas, y esto me basta para comprender que debe ser una criatura perfecta, repuso Mme. Dubois sonriéndose; pero dejemos esto por ahora, y hablemos un momento de negocios. Tu fortuna importa en la actualidad más de novecientos mil francos. Como tú no entiendes una palabra de asuntos de dinero, he traído los documentos necesarios para la firma del contrato. ¿Qué tiene ella de dote?

—Tia, no nos ocupemos de semejantes menudencias.

—¡Menudencias! es que yo quiero que tú seas completamente feliz; y, créeme, la felicidad no puede existir sin el dinero. ¿Qué tiene ella de dote? ¿No lo sabes?... Esa ignorancia te retrata tal como tú eres; no importa, yo me encargo de remediar los descuidos que nazcan de tu indiferencia. Tu fortuna consiste en rentas sobre el Estado; por consiguiente, lo único que tengo que hacer es depositar en manos del notario una simple inscripción. En cuanto á los regalos de boda, yo me encargo de eso. ¡No digas nada! Ya sabes que mi pobre marido era sumamente aficionado á los diamantes. Yo tengo muchos, y quiero dárselos á tu prometida. No me hagas la ofensa de darme las gracias.

—Efectivamente, sería una ofensa darte las gracias por eso. Te debo tanta gratitud por todo lo demás! Créelo, querida mía, yo no he ocultado á mi futura familia el cariño y el agradecimiento que te debo. Edith te ama ya. ¿Qué será cuando te conozca? Esta noche nos esperan.

—Tú me hablaste en Vic de los concurrentes á la casa. Mira, yo deseo que me enteres bien de todo cuanto sea necesario. Desde que vivo en el campo me he vuelto la mujer más rústica del mundo, y no quisiera cometer ninguna torpeza. Allí va en primer lugar un notario llamado Mr. Bouchamp, ¿no es eso? Supongo que ese señor será el encargado de extender el contrato. Tenemos además Mr. de... ¿Cómo dices tú que se llama?

—Mr. de Bruniquel.

—Un parisiense oscurecido en una provincia, ¿no es verdad? Mme. Dubois permaneció pensativa durante un corto momento. Su mirada pareció iluminada por un relámpago; pero en seguida recobró su habitual expresión. Luego repuso:

—Yo creía que ese nombre me era conocido. No, no me recuerda nada. Hace ya tanto tiempo que vivo retirada del mundo, que era muy posible haberlo olvidado; pero cuanto más lo reflexiono, más segura estoy de oirlo por la primera vez. ¿Hacia el amor á Edith? Bien. No te querrá mucho: yo no me fiaría de él...

—¿Y por qué? Mr. de Bruniquel no puede perjudicarme ni favorecerme, ni á tí tampoco.

—Es que yo pienso en tu nacimiento, exclamó vivamente Mme. Dubois. Yo, por mí, nada tengo que temer. Tú me dices algunas veces que soy algo inquieta; eso consiste en las preocupaciones que me atormentan desde la muerte de tu pobre madre. Yo juzgo á las gentes tal vez demasiado mal, pero temo sus murmuraciones y sus maldades. Tú eres jóven, hermoso y rico, y esto es lo muy suficiente para despertar la envidia de las almas mezquinas. ¿Quién es ese artista, también rival tuyo, de quien me has dado tan escasas noticias? ¿Es parisiense también?

—Sí, un músico que ha dejado la armonía por la pintura, un loco pretencioso, incapaz de hacer daño á nadie, como no sea á sí mismo.

—¿Hacia qué época habitaba en París?

—No lo sé con exactitud; pero recuerdo, porque se lo he oído repetir una infinidad de veces, que hace siete ú ocho años á lo sumo que vive á Montauban. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Nada más que por mera curiosidad. Es una pícara costumbre que tenemos todas las aldeanas. ¿Quieres acompañarme á mi habitación? Estoy sumamente cansada.

El cansancio de Mme. Dubois no debía ser muy grande, porque cuando se vió sola, pasó dos horas consultando varios papeles que llevaba cuidadosamente guardados en una cartera de viaje. La expresión de su rostro no era ya la misma. Parecía verificarse en ella una especie de reacción moral. Examinó atentamente y uno por uno todos aquellos documentos. Hubiérase dicho que temía haber olvidado alguna importante particularidad.

Al dar por terminado aquel trabajo, se recodó en la ventana y permaneció pensativa, con la mirada fija y como sumergida en amargas reflexiones. Formábase una arruga en su marmórea frente. Ella no contemplaba ni los árboles del jardín, ni el cielo listado de rojo, ni las azuladas montañas del Quercy que se destacaban con toda claridad en el horizonte soberbiamente iluminado. Aquella mujer examinaba el fondo de su alma. ¿Encerraba su vida algún misterio, ó recordaba en aquel momento acontecimientos crueles que la llenaban

de tristísimas sombras? Un observador hubiera extrañado la dureza de aquel rostro completamente inmóvil. No era ya la mujer que hablaba con Daniel. La una era una pobre labradora con ciertos resabios de vida mundana, dulce, buena, cariñosa y de carácter un tanto enérgico; la otra parecía ser una criatura combatida por sentimientos opuestos, más bien malos que buenos, que iba en busca de un enemigo invisible para atacarle de frente y vencerle á todo trance.

Vióse distraída de sus meditaciones por Daniel. La comida aguardaba. Comió sin apetito y habló poco. Varias veces miró, con una especie de temor, el gran relój fijado en la pared.

—¿Es á las ocho y media cuando tenemos que ir á la calle del Corail? preguntó á su sobrino.

—Sí. ¿No te has repuesto aún de las fatigas del viaje?

—No por cierto. Yo quisiera encontrar allí muy poca gente. Ya sabes que soy una verdadera salvaje.

—Si yo no te conociese, dijo Daniel sonriéndose, creería que te daba miedo una visita tan sencilla.

Mme. Dubois pareció un poco confusa, pero replicó con extraordinaria viveza:

—¿Miedo? Eso es una exageracion. Yo hubiera deseado que Edith estuviese sola con sus parientes; ni más ni menos. Los demás van á examinarme como un bicho raro. Todo, hasta mi traje, hará reir probablemente á algunos. Si quieres, iremos tempranito. Tengo horror á las entradas solemnes.

Solemnes era realmente la palabra que debia emplearse. Toda la ciudad sabia que la visita oficial de Mme. Dubois se verificaria aquella misma noche. Estos sucesos tienen grandísima importancia en las pequeñas poblaciones. Hasta la reserva de la tia de Daniel excitaba una curiosidad que estuvo á punto de ser burlada por Bouchamp. Este aconsejó á su amigo Godefroy que no recibiese á nadie; pero era muy difícil cerrar la puerta de casa en una ocasion como aquella. Dió la casualidad de que estaba sola la familia cuando Mme. Dubois apareció en el salon.

Estas primeras entrevistas son siempre ceremoniosas y frias. Es preciso que cada cual ponga algo de su parte para impedir-

lo, porque si no la timidez de los unos y de los otros establece una especie de muralla entre gentes, que sin embargo se hallan destinadas á quererse algo más tarde. ¿No habeis observado que hay en esa frialdad así como una especie de hostilidad mal encubierta? Durante los diez primeros minutos, parecen medirse con los ojos como verdaderos enemigos.

Afortunadamente, la muralla quedó bien pronto derribada. Cuando se anunció la llegada de Mme. Dubois y Daniel, Edith salió corriendo á su encuentro, con la sonrisa en los labios.

—Buenas noches, *tia*, dijo. ¿Quereis permitirme que os abrace? Vos sois algo mio, puesto que sois de Daniel.

Mme. Dubois no debia conmovirse con mucha facilidad. Sin embargo, dos gruesas lágrimas corrieron por su pálido rostro; estrechó á Edith fuertemente entre sus brazos y exclamó con acento lleno de emocion:

—¡Bendita seais, puesto que él os quiere... y vos le quereis!

Cesarina no pudo ya más: la entrevista comenzaba de un modo conmovedor; la buena mujer se declaró vencida.

—Yo os aseguro, señora, que siempre digo resueltamente lo que pienso. Vos sois muy linda, sí señor, y buena, lo cual os da mucho más mérito. Puesto que estos muchachos se casan, tendremos ocasion de vernos con alguna frecuencia: si lo teneis á bien, seremos dos excelentes amigas.

La muralla estaba ya derribada. Godefroy desplegó todas sus gracias. Ofreció su brazo á Mme. Dubois, y todos bajaron al jardin. La *tia* de Daniel recobraba poco á poco todo su aplomo; desechada ya la turbacion del primer momento, volvía á ser una criatura sencilla y natural que se abandonaba gustosamente al encanto de una conversacion íntima.

Bouchamp que la observaba, opinó que su conducta no guardaba relacion alguna con su traje. Aquella mujer, tan distinguida por sus modales y por su talento, no tenía ninguno de los rasgos característicos de las aldeanas. El notario acostumbraba á juzgar á las gentes por sus propias obras. Madame Dubois habia educado á Daniel: todo cuanto el jóven habia llegado á ser lo debia á su *tia*. Y, del mismo modo que un mal jardinero no podrá nunca preparar ingertos vigorosos, no

es posible que una criatura grosera ú ordinaria llegue á arrojar buenas semillas en un alma humana. El la oyó hablar, y su voz le llamó desde luego la atención; Mme. Dubois refería á los dueños de la casa la vida retirada que llevaba en Vic-sur-Cere, y cuáles eran sus cuidados y sus ocupaciones. Bouchamp no podía poner en duda que aquella mujer había conocido tiempos más agitados: él adivinaba bajo aquella calma una lucha reprimida, y se reía interiormente de la sencillez de Godefroy, que creía de buena fé que la tia de su hija debía ser una rústica palurda, sin más trato que el de las bestias con que comerciaba.

Daniel y Edith marchaban delante: Mme. Dubois acortó el paso y habló de Daniel. Refirió la vida casi austera de aquel jóven tan aficionado al trabajo, como un pobre falto de todo género de recursos, y dió una porcion de detalles de aquella corta y laboriosa existencia, que no se había separado un sólo momento de la senda del bien, desde los primeros años de colegio hasta la entrada en la escuela. Aquella mujer de apariencia tan enérgica dejaba correr sus lágrimas al recordar la brillante conducta de Daniel durante la guerra de 1870. Acababa de salir de la escuela con la efectividad de alférez de artillería. Encerrado como los demás durante el sitio de Metz, se negó á quedar prisionero bajo su palabra, logró evadirse, formó parte del ejército del Loira, mereció por dos veces figurar en la órden del dia, y últimamente ganó la cruz de la Legion de Honor en Beaune-la-Rolande. Cuando hizo alusion á aquel pedacillo de cinta encarnada, su voz pareció más dulce y armoniosa: hubiérase dicho que las palabras *Legion de Honor* tenían para ella una grande y extraordinaria significacion. Indudablemente, Mme. Dubois se abandonaba sin reserva á su emocion; esta emocion desapareció súbitamente cuando Godefroy la preguntó cuánto tiempo llevaba de viudez. Ella parecia evitar el ocuparse de sí misma, complaciéndose únicamente en hablar de su sobrino. En fin, Mme. Dubois agradó, no solamente á Godefroy y á Cesarina, sino tambien á Bouchamp, cuya conquista era un poco más difícil.

Desgraciadamente, la intimidad fué interrumpida por la llegada de dos ó tres personas. Eran otros tantos contertulios

de la casa que observaron, sonriéndose maliciosamente, la ausencia de Claudio y de Bruniquel, los dos rivales derrotados. A cosa de las diez, llegaron otras nuevas visitas; y faltáramos á la verdad si dijésemos que Mlle. Lecerf, Mme. Patalin y algunas otras curiosas, tuvieron la discrecion de no presentarse allí aquella misma noche.

Todos procuraban mostrarse indulgentes con una mujer tan rica. La indulgencia se convirtió en admiracion al examinar de cerca á aquella famosa tia millonaria. Mme. Dubois era verdaderamente hermosa; el brillante color de su rostro resaltaba á la luz, lo mismo que un magnífico lienzo dispuesto convenientemente ante los ojos del espectador; ella comprendió la favorable acogida que la dispensaban aquellas gentes y fué animándose por momentos. Sus preciosos ojos verdes brillaban más que nunca. Ella, que pocas horas ántes explicaba á su sobrino lo mucho que el mundo la asustaba, parecia gozar al ver que era el objeto de todas las miradas.

No hubo ni siquiera una voz discordante en medio de aquel concierto de elogios prodigados en voz baja. El cobrador de contribuciones (el mismo que habia publicado unos versos ¡¡¡A ELLA!!!) declaró, lanzando un profundo suspiro, que aquella mujer «debía ser un ángel ó un demonio.» Los empleados del gobierno que se dedican á la poesía siguen á estas fechas haciendo las mismas comparaciones que en el año 1830.

En honor de la verdad, nadie hubiera creído que pudiese acabar en mal una reunion tan bien comenzada; no era posible, en efecto, prever el enojoso incidente que luego se produjo.

Mr. de Bruniquel habia decidido quedarse en su casa. Él sufría, no en su orgullo, sino en su amor. Es indudable que no son buenos enamorados los que mezclan su vanidad con su pasión. Él amaba á Edith, y se consideraba desgraciado al pensar que la perdía para siempre. Sin embargo, á fuerza de pensar en ello, comprendió que no podía cometer mayor torpeza que la de ocultarse. Las gentes sospechaban sin duda el amor que él profesaba á Edith; pero no podían aducir ninguna prueba terminante. ¿No era facilitar esta prueba el parecer huir de la familia Godefroy? Bruniquel pasó todo el día

luchando con estos dos contrarios sentimientos. Unas veces decidía ir, otras veces resolvía quedarse. Esta lucha continuó durante una parte de la noche; por fin, á cosa de las diez, se vistió dispuesto á presentarse en la calle del Corail. Él se figuraba proceder así como un hombre hábil, y procuraba convencerse á sí mismo de que obraba de aquel modo para alejar toda sospecha; pero en realidad, obedecía también al deseo de ver nuevamente á la jóven á quien amaba.

Su entrada produjo una verdadera sensacion. Cuando el criado pronunció en la puerta de la sala el nombre de Mr. de Bruniquel, hubo algunos ligeros cuchicheos ahogados por la curiosidad; ¿cuál seria la actitud del hidalgo? Pero casi en el mismo momento oyóse un grito terrible, y todos los circunstantes vieron á Mr. Godefroy levantarse precipitadamente de su asiento. Mme. Dubois acababa de desmayarse.

Estos incidentes producen siempre distintos efectos, dignos de ser estudiados. Los parientes ó los amigos de la mujer que se desmaya se inquietan, se ponen en movimiento y piden socorro; éste propone sales inglesas, aquél agua fresca; los indiferentes se interrogan con un interés que tiene algo de fingido: «¡Pobre mujer! ¿Qué es lo que la sucede?» O bien esta frase necia: «¿Y la da eso muy á menudo?» Los egoistas (que son los más) echan pestes en voz baja contra la persona que tiene el maldito gusto de ponerse enferma y de venir á turbar sus placeres. Estos egoistas hicieron aquella noche lo que hacen siempre en semejantes casos: se declararon en precipitada fuga. Únicamente quedaron en la casa tres ó cuatro amigos. El desmayo de Mme. Dubois no fué de larga duracion; ella volvió en sí al poco rato, y se excusó lo mejor que la fué posible. Habíase encontrado de pronto sumamente mal, debido sin duda á la mucha electricidad que reinaba en la atmósfera. Pero no era cosa de cuidado; confesó que habia hecho mal en salir despues del cansancio producido por su reciente viaje, y aseguró que una noche de descanso la daria mejor resultado que todas las medicinas imaginables. Godefroy queria mandar enganchar el carruaje para conducirla al domicilio de su sobrino; pero ella se opuso resueltamente, alegando lo bien que la sentaria andar un ratito.

Mr. de Bruniquel presenciaba aquella escena como lleno de estupor. Al saber que la tía de Daniel se había desmayado, la contempló de cerca, y el rostro de aquella mujer le recordó la joven de quien había hablado el día anterior á Cesarina. Existía una extraña semejanza entre Mme. Dubois y aquella Coralia que había consumado su ruina. Al pronto, creyó en una sencilla relacion entre dos fisonomías distintas; pero cuando ella tomó la palabra para excusarse, conmovióse al escuchar aquella voz cuyo timbre de oro vibraba aún en su memoria.

El hidalgo creía estar soñando. Examinó nuevamente y con mayor atención á Mme. Dubois en tanto que ésta se despedía de la familia Godefroy; no cabía duda, era la misma frente de la cortesana, los mismos lábios rojos y sensuales y los mismos ojos verdes y verdaderamente extraños. El no hubiera vacilado en reconocer desde luego á Coralia, aún cuando la había abandonado hacia ya doce años, si la mujer que veía enfrente de sí no hubiese sido morena. Coralia era rubia, Coralia tenía ese color rubio leonado, tirando á rojo, y al que tanta afición mostraba el veronés, y además ¿cómo admitir que pudiese existir la menor relacion entre la tía del capitán y una muchacha célebre en la galantería parisiense? Mr. de Bruniquel saludó á Mme. Dubois cuando ésta se retiró apoyada en el brazo de su sobrino; ella le miró sin dejar ver la más insignificante turbación, y pareció no fijarse en aquel desconocido.

En cuanto desapareció del salón todo el mundo comenzó á cantar sus alabanzas. Cesarina llegaba hasta el lirismo para celebrar su distinción; Godefroy alababa su dulzura y el tierno cariño que profesaba á su sobrino; Bouchamp encomiaba la elevación de su carácter. El la había escuchado con verdadera atención, y estaba persuadido de que no era una mujer vulgar. Los amigos que se hallaban presentes hicieron coro. Edith no decía nada; pero comprendíase fácilmente que su futura tía la agradaba sobremanera.

La reunión no podía prolongarse mucho tiempo después del incidente que acababa de ocurrir. Los concurrentes al salón de la calle del Corail se fueron retirando poco á poco, no

sin observar el aire preocupado de Bruniquel. Este se hallaba, en efecto, extraordinariamente absorto y ensimismado. Un sin fin de extrañas ideas se agitaban en su cerebro.

En vez de encaminarse directamente hácia su casa, encendió un cigarro y se paseó á lo largo de los boulevares que rodean la ciudad. El no podía alejar de su mente el recuerdo de aquella semejanza. Si era una simple coincidencia, podía considerarse como una especie de milagro. ¿Era posible que dos criaturas humanas pudiesen tener entre sí tan perfecto parecido? El rostro y la voz le recordaban á Coralia hasta el punto de equivocarse á una con otra. Y sin embargo, cuanto más reflexionaba, más motivos tenía para creer en un capricho de la naturaleza.

Era imposible, absolutamente imposible, que Coralia tuviese un sobrino tan bien colocado en la sociedad. Además, de ciertas palabras pronunciadas en casa de Mr. Godefroy, resultaba que se conocía el origen de Mme. Dubois. Era la viuda de un industrial que vivía retirada en sus tierras del Cantal. Existía otra prueba cuya importancia sólo podía ser apreciada por Mr. de Bruniquel: Mme. Dubois parecía tener menos edad de la que tenía Coralia doce años ántes. ¡Quién puede saber nunca con exactitud la edad de esas heroínas de la galantería!... ¡Tienen tanto interés en ocultarla! Sin embargo, según él, Coralia debía tener ya treinta años bien cumplidos en 1863; por consiguiente, tendría cuando menos en 1875 cuarenta y cinco, y Mme. Dubois parecía tener treinta y ocho años á lo sumo. Verdad es que ciertas mujeres poseen el arte de no envejecer nunca.

Mr. Bruniquel evocó todos los recuerdos de su vida de antaño y acabó por resucitar su pasado. Volvió á ver á la hermosa y seductora criatura de quien tan ardientemente se había enamorado en otro tiempo. Una unión llena, como aquella, de choques y de sacudidas, no se borra fácilmente de la memoria. ¡Cuán léjos estaba ya el tiempo en que la jóven aparecía casi desnuda y con los hombros temblorosos, en una platea, una noche de estreno! Todo el mundo citaba las ingeniosas frases de Coralia. Algunas de sus réplicas habían adquirido una gran celebridad. ¿Qué relación podía existir entre

la atrevida mozuela, de conversacion liviana, lábios rojos, aspecto provocador y sonrisa endiablada, y aquella labradora auverniana? Los ojos se parecian, pero la mirada no era la misma; los rostros eran semejantes, pero con una expresion diferente; en fin, Coralia era rubia, y la tia de Daniel era morena.

El pensamiento de Mr. de Bruniquel volvió nuevamente á su punto de partida; el antiguo amante de Coralia habia logrado convencerse de que sus ojos se engañaban y de que su memoria se equivocaba, y del mismo modo que un rayo de luz se introduce por la hendidura de una puerta, una remota esperanza entraba dentro de su corazon. ¿Y si, á pesar de todo, lo inverosímil fuera cierto, y lo que parecia absurdo fuese posible? En una palabra, ¿y si Coralia y Mme. Dubois no eran sino una misma persona? La inteligencia de Mr. de Bruniquel acababa de defender el pró; su deseo le llevaba á defender el contra. Él comenzó á rebatir lógicamente y uno por uno todos sus argumentos. Por de pronto, los cabellos rubios se convierten fácilmente en cabellos negros. Esto mismo venia á ser una prueba que justificaba el disfraz adoptado por la cortesana. Que Mme. Dubois pareciese más jóven que lo que debia ser Coralia, era cosa que tambien se explicaba fácilmente. La vida de esas infelices mujeres es un infierno: sus años pueden contarse como dobles. Una existencia tranquila y pacífica durante doce años en un rincon de una provincia, rehace pronto una salud y llega á procurar una especie de segunda juventud. Él deducia tambien de este razonamiento que Coralia se habia modificado sin duda de todas las maneras imaginables.

Nada habia, pues, de particular en las discordancias observadas por Mr. de Bruniquel. La conversacion liviana, el aspecto provocador y la sonrisa endiablada se pierden pronto; una aldeana no conserva los mismos gustos ni las mismas costumbres que una parisien. Todo parecia, pues, encadenarse: Coralia tiene una hermana y un sobrino; un dia disgustada y cansada de París, realiza sus vergonzosas economías y se retira para vivir en familia en el fondo de una provincia, con objeto de cambiar allí de piel. Mr. de Bruniquel recordaba

que, en lo que se llama el mundo de la galantería, Coralía pasaba por una mujer rica.

A medida que continuaba razonando en este sentido, iba el hidalgo descubriendo nuevos y mejores argumentos. El traje adoptado por Mme. Dubois, ¿no demostraba su deseo de alejar todo género de sospechas? Dos hechos argüían poderosamente en favor de esta tesis. Si Coralía hubiese sabido que iba á tropezarse con él en Montauban, es indudable que se hubiera guardado muy bien de dejarse ver por allí; pero es el caso que doce años ántes, Mr. de Bruniquel se llamaba Mr. de Moutjoye; suponiendo que Mme. Dubois hubiese tomado informes de las personas que frecuentaban la casa Godefroy, no hubiera reconocido el nombre de su antiguo amante; en fin, si se habia desmayado, una hora ántes, á la entrada de Bruniquel, fué porque el pasado aparecía súbitamente ante sus ojos; fué porque él, el rival desairado, diria al padre de Edith: «¡Esta mujer no es Mme. Dubois; se llama Coralía; es una perdida que ha sacado del cieno su fortuna; ha tenido el capricho de dotar espléndidamente á su sobrino, porque quiere tener una verdadera familia digna y honrada, ó porque profesa verdadero cariño al hijo de su hermana!» ¡Esto no era solamente un rayo de sol que penetraba por la hendidura, sino un verdadero torrente de luz!

Una loca esperanza se abria camino en el corazon de Bruniquel. Si él no se engañaba, el casamiento de Edith era de todo punto imposible. A pesar de los celos nacidos de su amor, estaba seguro de que Daniel ignoraba el origen de sus riquezas. Él tenia á su rival por un cumplido caballero. Pero fuese ó no un hombre de honor, ya no podia casarse con la señorita Godefroy. Nadie concede la mano de su hija al sobrino rico de una famosa bribona como Coralía. Esto no podia siquiera ponerse en duda; áun cuando Daniel renunciase á su fortuna infame, no por eso quedaria ménos deshonorado. De modo que el proyectado casamiento era un verdadero imposible. Todo esto daria lugar á un escándalo terrible; Edith quedaba en una situacion sumamente comprometida, y se convertia en una muchacha *difícil de colocar*, como suele decirse en el trivial lenguaje de ciertas buenas gentes. Mr. de Bruni-

quel hacia entónces su peticion, y no dudaba que fuese desde luego perfectamente acogida. ¡Él iba, pues, á volver á conquistar á Edith! ¡El hidalgo acariciaba esta dicha inesperada; amar ardientemente á una mujer, perderla y volver á hallarla, qué delicioso sueño!

Para que este sueño se realizase, Mr. de Bruniquel debia, en primer lugar, determinar perfectamente la identidad de Mme. Dubois. No bastaba una sospecha; era menester una prueba. Hubo un momento en que quiso dirigirse á París, con objeto de recoger allí todos los datos necesarios; pero reflexionó que era mucho mejor no abandonar la plaza. Él tenia en la capital de Francia infinidad de amigos, y escribió á uno de ellos para que le dijese qué habia sido de Coralía. Si ésta no vivia ya en París, sólo faltaba calcular si la desaparicion de Coralía del mundo galante coincidia con la llegada á Auvernia de madame Dubois.

Despues de adoptar esta resolucion, Mr. de Bruniquel entró en su casa, se acostó y durmió con el sueño del justo, con el corazon perfectamente tranquilo y la conciencia sumamente descansada. Él, en resúmen, cumplia con su deber al dar informes á Mr. Godefroy de la familia de su futuro yerno; todo hombre honrado hubiera hecho otro tanto. Resultaba, además, que se hacia un favor á sí mismo; pero esto no era ni más ni ménos que una feliz casualidad, y él hubiera demostrado ser un grandísimo nécio no aprovechándose de ella como pensaba hacerlo. Él hubiera dado la voz de alerta á Mr. Godefroy aún cuando no hubiese estado enamorado de Edith; por consiguiente, tenia muchos ménos motivos para andar con vacilaciones, toda vez que servia los intereses de un amigo y los de su entusiasta amor.

Para emprender su nuevo plan de batalla, pidió al dia siguiente noticias de Mme. Dubois al dejar su tarjeta en el domicilio de Daniel. Este era un acto de cortesía que no podia causar extrañeza tratándose de un hombre como él. En seguida escribió á uno de sus antiguos compañeros de locuras, rogándole le manifestase á vuelta de correo si Coralía continuaba viviendo en París; y en todo caso, si se sabia qué habia sido de ella y en qué época se verificó el eclipse de aquel astro de la

galantería. Al mismo tiempo envió á su criado á Vic-sur-Cere con el encargo de que adquiriese toda clase de noticias referentes á Mme. Dubois. Luego aguardó el resultado de sus indagatorias, proponiéndose suspender durante dos dias todo género de hostilidades.

Contrarióle mucho el no ver á Edith. Pero él no queria comprometer nada. Coralia—si era ella—podia creer que no habia sido reconocida; era muy conveniente tranquilizarla; únicamente su amor pudo darle el valor necesario para aguardar con paciencia. El primer dia de su retiro voluntario, recibió una esquelita de Godefroy invitándole á comer para la noche siguiente. Él calculó que cuando volviese á ver á madame Dubois, sabria ya con quién tenia queha bérselas.

La ansiedad del hidalgo aumentaba de un modo extraordinario á medida que iba acercándose el momento en que debia recibir las noticias solicitadas. Sus razonamientos le parecian de pronto completamente absurdos. ¡Confundir la tia de un hombre como el capitan Daniel con una Coralia! El amor que profesaba á Edith le trastornaba y le hacia dar crédito á un cúmulo de desatinos. Él recordó un escándalo que dió mucho que hablar en París quince años ántes: tratábase tambien de una extraordinaria semejanza entre una mujer de mala vida y una gran dama extranjera.

El criado y la carta de París llegaron casi al mismo tiempo. El comisario no habia averiguado más que una sola fecha. Mme. Dubois se instaló en Vic-sur-Cere en la primavera de 1864. La carta contenia más detalles. Coralia desapareció del mundo galante poco tiempo despues de su ruptura con Mr. de Bruniquel, es decir, á fines de 1863. Aún se guardaba memoria en la calle Drouot de la venta de su mobiliario, que produjo una suma fabulosa; la cortesana conservó sus diamantes y sus alhajas. Segun se dijo, pensaba retirarse á Italia y contraer matrimonio. ¡Hay tantos vividores arruinados que piensan como Vespasiano en las cuestiones de dinero!.... ¿Qué habia sido de ella desde la citada época? En honor de la verdad, nadie lo sabia, nadie se ocupaba de semejante cosa. París es un gran olvidadizo. Habla durante dos ó tres dias de los que se van; una semana despues no se acuerda de ellos para nada.

—Es ella, pensó Mr. de Bruniquel.

En efecto, las dos fechas coincidían perfectamente, salvo la diferencia de unos cuantos meses entre la salida de París y la llegada á Vic-sur-Cere.

El hidalgo resolvió ejecutar su plan sin perder un sólo momento. Mr. Godefroy le ofrecía una excelente coyuntura invitándole á comer aquella misma noche. Mr. de Bruniquel tendría tiempo suficiente para estudiar el terreno y dirigir sus baterías en la forma que le pareciese más á propósito. Él observaría la conducta de Mme. Dubois; él podría examinar sus movimientos y sorprender, tal vez, una mirada ó un gesto que descubriese la angustia de aquella mujer.—Ella sufriría, sin duda, una horrible tortura. ¿Cómo admitir que asistiese tranquilamente al desmoronamiento de todas sus esperanzas? Decididamente él continuaría en casa todo aquel día, con objeto de no tropezar con su enemiga hasta la hora del combate. Todas estas reflexiones aumentaban más y más su confianza. Edith sería suya: Godefroy vería un salvador en el hombre que le pidiese su hija, comprometida gravemente con semejante escándalo.

Todos los íntimos de la casa Godefroy asistían á la comida de la calle del Corail. Algunas familias del antiguo Quercy comen todavía bastante tarde. Mr. de Bruniquel sabía que esta era la costumbre de todos sus amigos.

Godefroy no daba, como sus convecinos, esos banquetes á estilo de las bodas de Camacho, en los que aparecen treinta platos de todas clases. El opinaba que esas grandes comilonas son de todo punto insoportables, y decía frecuentemente: «Una verdadera comida es aquella á la cual se va para comer poco, pero bien;—para hablar bien, pero mucho.»

Cuando Mr. de Bruniquel entró en el salón, casi todos los convidados habían acudido ya á la cita; en un rincón, cerca de la puerta vidriera que comunicaba con el jardín, vió á madame Dubois con su vestimenta de costumbre, áun cuando todos los caballeros y todas las señoras iban en traje de sociedad. Ella se sonreía. El hidalgo la saludó; ella contestó con una graciosa inclinación de cabeza y continuó charlando tranquilamente con Mme. Patalin que se hallaba á su lado. Él

dió las buenas noches á todo el mundo, atribuyendo su ausencia de dos dias á una repentina indisposicion; él fingia no ocuparse de Mme. Dubois; pero no la perdía de vista ni un sólo momento. Fué preciso nada ménos que la entrada de Edith en el salon para arrancarle de su puesto de encarnizado observador.

Ella no habia estado nunca más hermosa. La dicha resplandecía en sus ojos. ¡Qué admirable leyenda, la de la antigua Galatea! La jóven, en su primera castidad, se asemeja á la estátua tallada en el mármol frio. No sabe nada de la vida ni de la pasion. El corazon está amortiguado; los sentidos dormitan; ella permanece indiferente, inmóvil y helada como Galatea; llega el amor, y nuevo Pigmalion, con una mirada ó con un beso anima la vírgen y la estátua.

Desde que amaba, Edith se sentia completamente trasformada. El cielo la parecia más azul, el aire más suave, el horizonte más ancho. Ella hubiera querido que todo el mundo fuese dichoso como ella; ¡que era tan dichosa! Su vida comenzaba el dia en que habia amado. Conservaba, sí, en su memoria el recuerdo de una jovencilla que vivia ántes de aquella bendita hora, pero le parecia que no era ella. De buena gana hubiera dicho:—¡Pobrecilla! ¡cómo debia aburrirse!— Ella miraba á Daniel con una ternura y un agradecimiento infinitos. Nunca pasion más casta hizo latir un corazon más noble. Su divina ignorancia de las cosas concebía el amor sin comprenderlo. Pero, para ella, el amor que la turbaba tan deliciosamente era un sentimiento elevado, un sentimiento casi sublime.

Mr. de Bruniquel sufrió al verla así; adivinaba la profundidad del amor de Edith; para haberse metamorfoseado de aquel modo era preciso que adorase muy de veras á Daniel. Indudablemente, él podría conquistar su mano, pero no obtendría nunca su corazon.

Hubo un instante en que se preguntó si debería callarse por respeto á una dicha tan inmensa; luego cruzó por su mente la idea de la aproximacion de aquella vírgen á Coralia. Si insistió en su resolucion, no fué ya por interés, nó; en honor de la verdad, hubo un minuto en que volvió su propia causa

para no pensar sino en el deber que le dictaba su conciencia. Hay situaciones en la vida en que no es posible la menor vacilación. Su pensamiento volvió á ocuparse nuevamente de Mme. Dubois, siempre tranquila y con la sonrisa en los labios.

—Sí, es ella; casi puedo jurarlo, exclamaba interiormente cuando llegó el momento de dirigirse al comedor. Todo viene en apoyo de mis sospechas. Coralia es una mujer inteligente; ha sabido trasformarse hábilmente, y esto explica todas las dudas que yo pudiera aún abrigar.

La casualidad colocó á Mr. de Bruniquel enfrente de ella. Sus ojos se encontraron varias veces, sin que la mirada de Mme. Dubois descubriese la menor inquietud. Ella no parecia ni turbada ni confusa. El trato de gentes no puede dar semejante seguridad; Mr. de Bruniquel se preguntó si era posible que la tia de Daniel abrigase la esperanza de no ser reconocida.

A todo esto aparecia un sitio vacante en la mesa: el de Cláudio Morisseau. Estaba ya todo el mundo tan acostumbrado á las inexactitudes del artista, que nadie se tomaba nunca la molestia de aguardarle. Que viniera cuando lo tuviese por conveniente, y asunto concluido; no habia para qué ocuparse de semejante tarambana.

Todos los convidados habian llegado ya á ese diapason de alegría en que sólo se piensa en el placer inmediato.

Una comida bien servida, unos platos excelentes y una alegre y viva conversacion, es el más esquisito regalo, tratándose de gentes de la buena sociedad. Mme. Dubois alternaba de un modo conveniente en la conversacion: Bruniquel la escuchaba con un asombro mezclado de verdadera admiracion. ¡Qué excelente cómica era aquella mujer! ¡Qué habilidad y qué inteligencia necesitaba para cambiar hasta su propio talento! Mme. Dubois era discreta é ingeniosa, eso se comprendia desde luego, pero lo era como debe serlo una verdadera señora. Considerada bajo este punto de vista, no se parecia en nada á la Coralia, atrevida y licenciosa, que vivia en la memoria de Mr. de Bruniquel.

Ella estaba refiriendo algunos detalles de su vida en Auvernia, no sin cierta facilidad y cierto gracejo, cuando se abrió

la puerta del comedor, y Claudio Morisseau apareció en el umbral tan petulante como de costumbre.

—¡Hola, hola! ¡parece que llego un poco tarde! No es culpa mía: vengo de trabajar en el bosque.

Claudio no era hombre que gustaba de ceremonias: llevaba un trajecillo de color claro, cuya limpieza dejaba bastante que desear, y que formaba un extraño contraste con los trajes negros y los vestidos escotados. Esto produjo el efecto de una nota desafinada en un trozo de música bien instrumentado. El, en su jerigonza de taller, llamaba á estas faltas de elegancia, «molestar al vecino.» Él hombre tuvo motivos para quedar satisfecho. Su entrada produjo el mismo frío que una corriente de aire que penetra por una puerta abierta. Él no lo notó siquiera, y con la mayor tranquilidad del mundo, fué á sentarse en el sitio que permanecía vacante. El individuo que se hallaba á su lado hizo un movimiento instintivo para separarse de él como de un apestado. Afortunadamente, la conversacion volvió al poco rato á hacerse general; todos dejaron de ocuparse del extravagante artista, que venia medio muerto de hambre y procuraba recuperar el tiempo perdido.

La comida terminó sin que Bruniquel comenzase las primeras hostilidades. Mme. Dubois le llenaba de asombro. Él no hubiera creído nunca que el dominio de sí mismo pudiese ser tan completo. Él comprendía que ella se hubiese resignado á hacer una comedia con objeto de alejar las sospechas de su enemigo, pero sorprendíale extraordinariamente el que sostuviese tanto tiempo su papel y con un talento tan admirable. Él quería tal vez procurarse un verdadero goce de artista, retardando de aquel modo la hora del ataque. Luego, era necesario, para desenmascarar á Coralia, que él dijese ciertas palabras, ciertas frases que no debían pronunciarse delante de una jóven. Era mucho mejor que Edith no presenciase semejante escena.

Formáronse varios grupos en el salon en tanto que se servía el thé. Daniel se sentía molestado por la presencia de todas las personas extrañas á la familia: llevóse á su prometida al jardín y dejó á Claudio Morisseau que continuase disparando á sus anchas. Su desdichado vecino se sentía tan moles-

tado como Daniel, pero no por el mismo motivo. Desde la mitad de la comida, el artista enjaretaba, una tras otra, una infinidad de teorías tan extravagantes y tan necias, que el infeliz convidado creía llegada la hora de que su cabeza pegase un estallido. Claudio saltaba de la pintura á la música con la agilidad de un verdadero gimnasta, hasta el punto de que su desdichado oyente no lograba averiguar nunca si se trataba de una ópera ó de un cuadro. La terminacion de la comida no consiguió librarle de aquel suplicio: Claudio lo cogió por uno de los botones del frac y le retuvo prisionero.

—Pues sí señor, le dijo, he tenido que renunciar durante algun tiempo á la música. ¡No ha sido culpa mia! Pero me robaban mis ideas de una manera escandalosa. (A todo esto le tiraba del boton del frac.) Por ejemplo, voy una vez á casa de Gounod, toco una melodía... y un mes despues me la encuentro clavada en *Gallia*. Otro tanto me sucedió con Ambrosio Thomas y Feliciano David. ¡Todos son ladrones de ideas! sí señor, ladrones de ideas (y continuaba tirando más y más del pobre boton). ¡Pero yo cuento con una fuerza extraordinaria: mi salud! ¡Yo los enterraré á todos, y á vos tambien! ¿Qué edad teneis? ¿cuarenta años? Pues cualquiera os echaria cincuenta y cinco: ¡estais ya muy acabado, amiguito mio; pero en cambio yo!... ¡yo he de vivir lo ménos ciento diez años, porque sigo el sistema hidroterápico; y á los ciento diez años seré una verdadera celebridad!

¿Hablabas seriamente? Sí por cierto. ¿Estabas loco? Nada de eso. A fuerza de querer demostrar su superioridad á los demás, aquel pobre majadero, exasperado por sus descalabros artísticos, habia llegado á convencerse de que era un génio de primera magnitud. Él no hablaba, decretaba inapelables sentencias, para regocijo de algunos, y sobre todo de Bouchamp, que parecia complacerse siempre en hacerle charlar por los codos. La exposicion de sus teorías dió por resultado la fuga de la mayor parte de los convidados, que se retiraron á uno de los ángulos del salon.

Mme. Dubois sentada cerca de la puerta de cristales, se abanicaba lentamente: Bruniquel acechaba una ocasion propicia para comenzar la batalla. Esta deseada ocasion le fué ofrecida

por Godefroy, que propuso á la tia de Daniel dar una vuelta por el jardin.

—Muchas gracias, dijo ella; áun en pleno verano tengo miedo al relente.

—Eso prueba una exquisita prudencia, replicó Bruniquel. Con vuestros trajes de gasa, señoras mias, toda desconfianza es poca. Verdad es que el Creador os ha dado mucha mayor solidez que á nosotros. Yo he visto mujeres escotadas exponerse mil veces á la muerte con la sonrisa en los lábios; por supuesto, hablo de las mujeres honradas, porque sabido es que las que no lo son suelen tener una resistencia increíble.

—¡Porque están endurecidas por el vicio! exclamó gravemente el anticuario.

—¡Ah! el vicio no endurece la piel. Yo conocí una señorita sumamente linda, que, despues de bailar toda la noche como una loca, se sumergia en un baño de agua helada. ¡Pobre Coralía! ¡Cuánto la he querido!

Bruniquel la miraba de frente. Ella no hizo ni el más ligero movimiento; ningun gesto descubrió su emocion; pero en sus ojos verdes brilló el fuego del rayo, y de pronto levantó la cabeza como el soldado á la llegada del enemigo.

Cesarina apareció en aquel momento sujetando á Edith por un brazo.

—Ya tendrás tiempo de sobra para pasearte con tu marido; bien puedes abandonar á tu novio durante un cuarto de hora. Es preciso que me ayudes á servir el café.

La jóven dirigió una sonrisa á Daniel; una sonrisa que significaba: «Ya lo veis, no soy yo quien os abandona; me arrebatan de vuestro lado.»

Él tomó asiento al lado de su tia.

—¿Qué Coralía es esa de quien hablabais, caballero? preguntó Mme. Dubois con aire indiferente.

El hidalgo dirigió un vistazo á derecha é izquierda y dijo con acento misterioso:

—Puesto que la señorita Edith no está presente, puedo continuar. Coralía fué una de las grandes pasiones de mi vida. ¡Ah! yo no tengo por qué ocultar estos pecadillos. No hay hombre que en un momento dado no sea capaz de cometer

todo género de simplezas. Ella pertenecía á la gran familia de las Manon Lescaut; pero de las Manon Lescaut que hacen fortuna. Sus dicharachos eran la comidilla de los pequeños diarios parisienses; todo el mundo describía sus trajes y sus adornos; sus diamantes eran célebres; era, en una palabra, una perdida.

—Una cortesana, dijo Godefroy; yo prefiero decir cortesana; es más distinguido. ¿Y vos habeis amado á una de esas despreciables mujeres? Nunca os hubiera creído capaz de semejante desatino.

—Yo conozco poco la vida de París, replicó Daniel; pero soy de la opinion de Mr. Godefroy. El amor es un sentimiento divino que no puede acomodarse á las miserias humanas; que un hombre se encapriche por una de esas mujeres, pase; pero que la ame... no lo comprendo.

Mme. Dubois palideció. Ocultó un segundo su rostro detrás de su abanico; cuando volvió á cerrarlo, descuidadamente, la palidez habia desaparecido; sus lábios dibujaban una graciosa sonrisa.

—Todo eso se dice muy fácilmente, continuó Bruniuel. Bien se conoce que no habeis tratado nunca de cerca á una de esas seductoras criaturas. Su amor es la túnica de Deyanira. Hablo con conocimiento de causa. Yo he adorado á Coralia durante cuatro meses, total, cuatrocientos mil francos.

La enormidad de la suma llenó de asombro á Godefroy; levantóse verdaderamente escandalizado:

—¡Cien mil francos al mes! ¡Pues apenas era despilfarrada la muchacha! Pero ¿en qué invertia vuestro dinero?

—En la adquisicion de papel del Estado.

—¿Papel del Estado? Yo creia que todas esas mujeres acababan sus dias en el hospital.

—Eso era en otros tiempos. Hoy las Coralias hacen fortuna. Economizan para el porvenir. En caso de necesidad, las hormigas tendrian que pedir dinero prestado á esas cigarras censuradas por La Fontaine. A mí me gustaban más como eran ántes. Al desaparecer su juventud, desaparecian ellas tambien. Aspasia se convertia en acomodadora de teatro, y Lais en vendedora ambulante. Ahora todas ellas tienen casa

en la ciudad y en el campo, cuenta corriente en el Banco y sus correspondientes acciones de ferro-carriles. Todas ellas van envejeciendo poquito á poco, y llega un dia en que casan á su hijo ó á su sobrino con una jóven de buena familia.

Mme. Dubois escuchaba todo esto con grandísima atencion. Parecia dispuesta á levantarse de su asiento; sus lábios se agitaban convulsivamente y sus despavoridos ojos contemplaban de hito en hito á Bruniquel. Su acostumbrada prudencia lo abandonaba por momentos. Olvidaba su papel. Como una actriz rendida de cansancio, abandonaba ya la engañadora máscara. La mozuela descarada y dispuesta á la lucha, reaparecia bajo el disfraz de la pacífica señora. Bruniquel resistió, sin turbarse, el fuego de aquella centelleante mirada. Despues de todo, él cumplia con un deber de caballero, porque aquella mujer era indudablemente Coralia, esto no le ofrecia ya el menor asomo de duda; ella acababa de añadir una prueba más á las que él tenia reunidas. La vida tiene crueldades implacables: el destinado á asestar el último golpe, fué Daniel.

—Ricas ó pobres, no por eso las desprecia ménos todo el mundo. ¿No es verdad, tia? Y la verdad es que no se merecen otra cosa; yo creo que se las desprecia tanto más cuanto mayor ha sido su audacia y su descoco. Mr. de Bruniquel tiene razon. Mejor seria que desapareciesen en plena juventud, dejando á algunos el recuerdo de su belleza. La expiacion involuntaria podria hacerlas dignas de perdon; pero la cortesana vieja y rica... ¡qué vergüenza y qué asco!...

Esto era ya demasiado. El rostro de Mme. Dubois revelaba un horrible dolor. Su extraordinaria palidez, sus descompuestas facciones y su mirada aterradora alarmaron á Cesarina.

—¿Os encontrais mal, querida mia? la preguntó.

—¡Yo!...

Dolor, ódio, cólera, desesperacion, audacia: de todo habia en esta palabra, último reto que dirigia al hombre que la condenaba á semejante suplicio. Ella hubiera podido tal vez soportar la prolongacion de tan espantoso martirio; pero sucumbia bajo el terrible peso del anatema lanzado por el sér

que ella adoraba. Era imposible que aquel drama íntimo no llegase á infundir alguna sospecha. Cada nuevo golpe producía heridas más profundas. Afortunadamente, un incidente distrajo la atención de las personas que componían aquel pequeño grupo. Claudio se había posesionado del piano y atacaba las primeras notas de la *Condenación de Fausto*, una de las más brillantes páginas musicales que se conocen. Berlioz la escribió inspirándose en la famosa *Marcha húngara*. Comienza con un toque de trompetas agudo y prolongado; luego resuena de pronto un canto alegre y marcial, repetido dos veces, sostenido por modulaciones que suben, bajan y llegan hasta los puntos más graves, para confundirse con el mismo canto triunfal y guerrero que reaparece bajo todas sus formas. Entretanto el son de las trompetas vibra con mayor gravedad; la mente del que escucha concibe la decoración del drama: una vasta llanura cubierta de nieve, cercada de selvas sombrías y desoladas por el riguroso invierno. La columna de patriotas avanza; los pasos llegan á ser más sonoros; la santa emoción crece en aquellos levantados corazones; los más jóvenes se ponen á hablar alegremente de la próxima batalla. Las voces de mando de los jefes vuelan de fila en fila, y el santo y seña se cambia entre unos y otros pelotones; luego, á través de aquellos confusos ruidos, ya graves ó alegres, mézclase el canto primero sobre un aire más acompasado. Entonces es cuando estallan las notas siniestras; el cañon retumba á lo lejos; oyesse por la cuarta vez el mismo canto, pero metálico, extridente, loco, perdido en medio de una marea siempre creciente de sonidos que se mezclan, se confunden y resuenan entre los redobles de los tambores, como sollozos ahogados por estrepitosas carcajadas.

Todos escuchaban. Coralia era la única persona que permanecía completamente entregada á sus propios pensamientos. Dos ó tres veces se volvió hácia Bruniquel, y las dos veces vaciló. Por último, presa de febril agitación y con los ojos despidiendo llamas, se inclinó hácia él, y con voz breve:

—¡Esta noche... en tu casa! le dijo.

ALBERTO DELPIT.

(*Se continuará.*)



LA CIVILIZACION MODERNA. ⁽¹⁾

S EÑORES: Obedeciendo á costumbre, de antiguo establecida, tengo la honra de dirigiros la palabra, no sin necesitar, más que en otra ocasion cualquiera, de la indulgencia, que de tan buena voluntad, dispensais á todo el que ocupa este lugar, en análogas circunstancias á las que en mí hoy concurren.

Voy á tratar una cuestion harto difícil y trascendental, y confieso que me detiene y trae perplejo la manera como he de desempeñar mi cometido. Se trata de determinar las causas de la civilizacion actual; de apreciar y medir las cooperaciones que á ella han traído las ciencias filosófico-políticas y las ciencias naturales; el tema elegido por la seccion, pide un análisis de la evolucion de la humanidad en la época actual, y que se

(1) Esta Memoria ha sido escrita para plantear el tema que se discute en la seccion de ciencias exactas, físicas y naturales, del Ateneo de Madrid. El tema fué formulado por la mesa de dicha seccion en estos términos: La civilizacion actual ¿se debe principalmente al influjo de las ciencias filosófico-políticas, ó al de las naturales y sus aplicaciones?

decida si esta evolucion se debe á unas ó á otras ciencias. La civilizacion es, en mi modo de ver, como una resultante de muchas y diversas fuerzas, es el producto de muchos trabajos, y al mismo tiempo una integracion y desintegracion continua; esta resultante, claro está, que siendo las fuerzas concurrentes y los trabajos dirigidos á un mismo fin, ha de ser igual á su suma; pero seguirá la direccion de la fuerza mayor; el caso es, pues, determinar cuál es la fuerza de más intensidad que concurre al trabajo incesante del progreso actual; la influencia que predomina en la civilizacion presente, que debe ser como funcion suya.

La vida de la humanidad se determina, como la del individuo, por una série de cambios heterogéneos, simultáneos y sucesivos; la sociedad vive, como el individuo, en relacion con el medio, y por eso su vida, como la de aquél, tiene que ser una especie de acuerdo y correspondencia continua entre las acciones internas y externas. En el individuo la vida es el resultado de esa série de cambios, correspondencias y acciones, determinables unas veces, pero las más perfectamente indeterminadas, y este carácter es tambien comun á los fenómenos de la vida social. Son los actos vitales un trabajo continuo, incesante, indefinido, en el cuál hay, en esa labor perenne de integracion y desintegracion, la persistencia de los dos términos ó elementos de todo cambio vital, la constancia de la materia y de la fuerza; el sér vivo, como la máquina, nada pierde, nada crea, trasforma únicamente; mas esta trasformacion de materia y fuerza se verifica de un modo particular, propio tan sólo del organismo viviente; la funcion orgánica se desenvuelve de un modo enteramente propio del sér vivo, por más que sin su intervencion se puedan obtener los mismos productos á que en su evolucion dan origen los elementos histológicos.

La determinacion de un fenómeno vital no es tan sencilla como á primera vista parece; cierto que en él hay mucho de mecánico, de físico y de químico; verdad que se invierte una cantidad de fuerza y de materia que puede pesarse y medirse en muchos casos; pero así como siempre es posible en una máquina calcular y determinar el coeficiente mecánico, en la

máquina viviente es muchas veces imposible determinar la equivalencia entre el esfuerzo empleado y el trabajo producido. Yo encuentro la razón de esto en la complejidad y heterogeneidad que caracterizan á los elementos que concurren en cualquier fenómeno vital. A toda excitación, á todo estado de fuerza exterior, que de cualquier modo influya en el organismo, responde éste por dos maneras separadas: una esencialmente física, otra puramente psíquica; además, aún en los fenómenos propios del organismo, que se cumplen en su interior, la fuerza parece como que tiene una doble manera de obrar, según la estructura y disposición particular del órgano que funcione, así es, que se llama de tensión en el sistema muscular, y de desprendimiento en el nervioso. No quiere esto decir que hayan de estar separados y como aislados estos diversos funcionalismos, sino, ántes bien, muy unidos, pues que todos han de responder, con un ritmo especial para cada caso, á todas y cada una de las excitaciones de cualquiera de ellas; por eso cada acto del sér vivo no está perfectamente aislado, sino ántes bien, unido y relacionado estrechamente con otros, que por intervención de la misma causa, se verifican al mismo tiempo.

La totalidad de la función del sér vivo está influida, como cada uno de sus términos, por el medio en que la vida se lleva á cabo; de modo, que además de la relación que en cada fenómeno hay que establecer con los otros actos interiores, simultáneos y sucesivos, es necesario relacionar también con el medio en que el sér vive, y que entra como una influencia de primer orden; pues no hay que olvidar que el sér se acomoda, por una especie de adaptación, al medio exterior, que ejerce profundas y trascendentales perturbaciones en su función. Del acuerdo, correlación y correspondencia de estas dos suertes de relaciones resulta la determinación de la vida.

La vida de la sociedad se determina de una manera semejante, porque el fenómeno social se puede representar del mismo modo que el fenómeno orgánico; pues yo pienso que la sociedad es como complicadísimo organismo, en el que materia y fuerza se transforman por maneras harto complejas y así como la vida del individuo es un cambio continuo é incesante de elementos, una renovación constante, así la socie-

dad vive por el cambio de intereses materiales y morales, de ideas y de afectos. Los elementos de estos cambios son, en cuanto á lo primero, materia y fuerza, como elementos del capital y pensamientos y acciones anímicas, en cuanto á lo segundo. Esta máquina de tan complejo mecanismo cumple en esta série de cambios su función de progreso, al modo que el individuo realiza la vida en las séries de cambios de elementos histológicos, que incesantemente se crean y se destruyen en el organismo.

Yo creo que así como cada uno de los órganos del sér vivo, realizando su función, contribuye y concurre, con el trabajo que verifica, la función general de la vida, del mismo modo puede considerarse que el individuo es como el órgano de una especie de sér, al modo de una parte del organismo social, á cuya vida lleva la contribución de su funcionalismo; viendo las cosas de esta manera podreis muy bien aplicar al determinismo del fenómeno social el mismo método que se emplea tratándose de un fenómeno orgánico. Los elementos que conocemos para determinar los fenómenos de la vida no son otros que los suministrados por datos mecánicos y químicos, en cuanto se descartan los actos de la voluntad, de la sensibilidad y de la inteligencia; pues si bien influye en ellos la parte orgánica animal, por el lazo ó unión que hay entre lo psíquico y lo físico, no debe lo primero tenerse en cuenta tratándose de lo que en el sér vivo es puramente mecánico, porque si no la ley de solidaridad no puede tener aplicación, en cuanto la voluntad influye como causa perturbadora de las leyes físico-químicas. En el sér vivo hay una porción de causas modificantes de la función orgánica que hacen imposible su determinismo; todo organismo es perfectamente inerte, como toda máquina; es un mecanismo más ó ménos complejo, en el cual, por medios especiales propios suyos, se trasforman materia y fuerza como en una máquina de cualquier especie; mas al considerar todo el conjunto de los actos vitales, al examinar la totalidad de la función del sér, se echa de ver muy pronto cómo en ciertos actos es imposible establecer una determinación del estado de fuerza. La causa de esto reside principalmente en voluntad y en todo lo que de psíquico tiene la función del sér

vivo, pues que se vé que no hay equivalencia entre los trabajos ejecutados y los esfuerzos empleados; que no hay muchas veces relacion entre la excitacion exterior y el trabajo llevado á cabo por el organismo; por lo tanto, en los actos vitales debe hacerse una division. Hay cambios cuyos términos son determinables y equivalentes, y en los cuales es posible establecer la ley de solidaridad que rige en los fenómenos de la materia inorgánica; hay otros cambios en que el determinismo es inaplicable, y estos son aquéllos que se refieren á lo que hay de psíquico en los actos vitales.

Examinando la funcion social se notan las mismas dificultades para la determinacion de cada fenómeno; porque hemos admitido que cada individuo es como un órgano de la máquina social, algo como un engranaje ó mecanismo que cumple parte de la funcion del progreso, un elemento de la trasformacion de materia y fuerza, en lo que trascendiendo á las costumbres y á la vida de la comunidad, constituye la civilizacion. Aquí, sin embargo, se eleva una cuestion de capital importancia: ¿la solidaridad, en la sucesion de los hechos, es la ley de la historia? ¿obedece la evolucion de la humanidad á la misma ley que la del individuo? Yo pienso que en cierto modo debemos afirmarlo; pues los hechos nos demuestran como cada época, áun teniendo sus ideales propios y siendo funcion del pensamiento dominante de la humanidad en ella, debe algo á las anteriores, en cuanto sus hechos, sus revoluciones, su funcion en general, es como preludio ó preparacion de cuanto ha de venir despues; cada edad deja al modo de una herencia á las que le han de suceder, cada civilizacion que se destruye deja á las que nacen de sus ruinas valiosos despojos. ¿Pues qué, acaso nuestro arte no es aquel arte griego, forma la más acabada de la belleza? ¿por ventura nuestras leyes y nuestro espíritu democrático no se informan en las leyes y en el espíritu del pueblo más grande del mundo? ¿ese cristianismo, cuyo dominio se extiende todavía por el mundo entero, no es hijo de otras religiones anteriores, de otras civilizaciones más antiguas? ¿y no pensais que nosotros, que hemos heredado de épocas anteriores, de civilizaciones más antiguas, las tradiciones, las leyes, el arte, la moral y las costumbres, no

hemos de dejar á la nueva evolucion de la humanidad una herencia exclusiva de nuestro siglo, la hermosa herencia de las ciencias naturales? En el sentido, pues, de que cada época es en cierto modo hija de la anterior, en cuanto de ésta toma las bases de sus costumbres, es como afirmo que en la historia de la evolucion de la humanidad hay una como ley de herencia, y aún me atreveré á decir más, que hay seleccion.

La ley de herencia no admite duda, estableciendo que en el órden histórico como en el físico todo acto anterior origina el posterior indudablemente, y es de observar que en cuanto á este punto hay, aún dentro del criterio más providencialista, una especie de determinismo; mas la herencia en la historia se hace mejorando los ideales, las costumbres y las aplicaciones. Nuestra industria, por ejemplo, es una herencia; pero una herencia mejorada con el capital del trabajo del pensamiento humano durante generaciones enteras. Nuestro espíritu democrático es tambien heredado, pero con mejora; pues que las tendencias de la civilizacion, que son el espíritu y el pensamiento de la humanidad entera, nos lleva en la evolucion del progreso á la perfeccion social, á la igualdad.

Yo opino que en cada momento de la vida del mundo, á cada instante de la evolucion de la humanidad, se perfeccionan y rectifican los conocimientos, se mejoran las condiciones sociales, regularizando el trabajo, dulcificando las costumbres, engrandeciendo la personalidad humana, y llevando al hombre al supremo grado del bienestar moral y material. Al modo que con la evolucion de la especie ésta, por seleccion, se perfecciona y se mejora, del mismo modo la evolucion del progreso perfecciona y mejora los elementos de la vida social; por eso admito, que á semejanza de la vida orgánica, es una labor continua de integracion y desintegracion.

Hasta este punto pienso yo que pueda aplicarse una suerte de determinismo mecánico en los fenómenos sociales; fuera de aquí sucede lo mismo que con los actos de la vida del individuo; porque á semejanza de lo que sucede en éste, hay causas perturbadoras, accidentes tan variados y tan heterogéneos, hijos de la condicion especial del desarrollo del progreso, que si la diferenciacion y análisis es factible, la integracion,

la síntesis, se hace imposible. En los hechos históricos muchas veces no encontramos la proporcion entre el móvil y el movimiento producido; en una máquina puede siempre calcularse el coeficiente mecánico, en la historia es imposible; aquí muchas veces las grandes causas suelen causar efectos muy pequeños, movimientos imperceptibles que apenas si trascienden más allá de su época; pero otras veces causas pequeñas producen conmociones grandes y trascendentales que suelen influir durante mucho tiempo en los destinos de la humanidad. Las causas perturbadoras, tratándose de la colectividad, son mayores que en el individuo aislado, y la razon está en que la funcion de cada miembro de la máquina social perturba á la de los demás; de aquí la dificultad del determinismo, cuya aplicacion es más fácil tratándose de un estado de la evolucion del progreso, que sigue tambien idénticas leyes á la evolucion del individuo con la cual es perfectamente comparable.

Determinan la evolucion del sér, la persistencia de la fuerza, la renovacion incesante de elementos y el equilibrio entre el gasto y la formacion de los elementos histológicos. Siendo el sér vivo, como lo es de hecho, una verdadera máquina, con mecanismo especial, claro se ve que no se ha de crear fuerza alguna, que tan sólo por medios tan complejos como variados se ha de utilizar una cantidad de energía siempre constante; de aquí la equivalencia de la fuerza gastada con el trabajo ejecutado, equivalencia determinable experimentalmente en el fenómeno que caracteriza la vida, en la nutricion. La funcion orgánica se ejecuta á expensas del órgano; de aquí la necesidad de la renovacion; mas como el trabajo es continuo, requiere tambien la continuidad de la materia, de donde se deduce, que pues el gasto es continuo, la renovacion del órgano ha de ser continua tambien. En cuanto al equilibrio entre trabajo y renovacion, se ve que es indispensable para la evolucion de la vida, porque sólo dentro de este equilibrio puede determinarse el acuerdo y correspondencia de las relaciones internas y externas del sér, que es lo que constituye la vida.

Hay que tener presentes además otras circunstancias que contribuyen á la evolucion del sér vivo; tales son el crecimien-

to y la adaptacion; el crecimiento se verifica por la integracion de los elementos formados dentro del organismo, que se adaptan al mismo por la necesidad de que la evolucion del órgano vaya relacionada con el desenvolvimiento de la funcion vital. El crecimiento del sér no es más que su desarrollo por la influencia del mecanismo de la vida; pues que los actos de ésta requieren un medio en ciertas condiciones que poco á poco va adquiriendo el individuo.

De un modo semejante se cumple la evolucion de la humanidad entera; aquí no hay creacion de fuerza ni materia, no hay más que la trasformacion incesante de estos dos factores; integracion por una parte, acumulacion de trabajos, acciones y elementos, que aunque heterogéneos, se enlazan por relaciones análogas á las que unen los fenómenos de la vida del individuo, y estos trabajos acumulados, estas acciones reunidas como en un punto, se dedican á uno de esos esfuerzos que cambian la evolucion de la humanidad, á trabajos especiales que requieren todo ese conjunto de energías; por otra parte, desintegracion, diversificacion de efectos de un sólo móvil, destruccion de ideales y de pensamientos varios y siempre como en el individuo labor incesante, trabajo continuo, sólo que aquí el equilibrio se percibe ménos por la diversidad de factores que concurren á esta evolucion.

Los elementos de la vida social toman origen en los trabajos y los pensamientos de todos los individuos, que en más ó en ménos influyen en la evolucion de la humanidad, que es en cierto modo solidaria de estos trabajos, y por eso admite que la civilizacion en una época dada es funcion del trabajo y pensamiento de la humanidad que más trascienda á la vida práctica; estos elementos, como los histológicos en el individuo, se van acumulando y adaptando á las necesidades de la evolucion histórica; así como en el sér orgánico á medida que su vida se desarrolla, el crecimiento tiene lugar adaptándose y asimilándose los elementos varios que en su funcion forma, lo mismo la humanidad va como nutriéndose de pensamientos, de ideas, de aplicaciones, que hacen que en su evolucion se perfeccione cada dia más, que el progreso sea más perfecto, la civilizacion más general; lo cual es una prueba de que

hay como una especie de seleccion en la sucesion de las evoluciones sociales.

Yo creo, por lo tanto, que así como en la parte orgánica somos más perfectos que los demás seres, nuestra civilizacion, el progreso que hemos realizado, es tambien mejor y más completo; porque nuestros adelantos, si bien arrancan de progresos anteriores, es en una escala de perfeccion continua; pudiera invocar para demostrar este transformismo pruebas más ó ménos seguras, fundadas en puras abstracciones; pero más quiero ir al terreno de los hechos. Indudablemente lo que más caracteriza la civilizacion actual es la generalidad de la instruccion y de los conocimientos, que se debe en gran parte al gran desarrollo de las ciencias naturales y sus aplicaciones; pues bien; ¿cuál es la causa del adelanto de estas ciencias? ¿en dónde están los orígenes de esa industria asombrosa de la época actual? Buscadla en las anteriores civilizaciones, ved cómo poco á poco se perfecciona y mejora el gran elemento del trabajo, la máquina, que es como una herencia cuyo capital viene aumentándose de siglo en siglo, con los intereses con que cada época á él contribuye. Ved tambien las costumbres que se dulcifican á medida que la evolucion de la civilizacion se hace más general y con ella la instruccion se difunde; yo pienso que vamos integrando lo que de mejor y más práctico tienen las civilizaciones anteriores, para que sea como el cimiento ó la base del adelanto que hayamos de realizar en la época que alcanzamos.

Para que yo pueda determinar la actual evolucion del progreso y del trabajo de la humanidad, á fin de decidir si la civilizacion actual se debe principalmente al influjo de las ciencias filosófico-políticas ó al de las naturales y sus aplicaciones, pienso que debo establecer y fijar muy claramente el concepto de la civilizacion actual, determinar en qué consiste y cuáles son sus rasgos característicos y en qué se diferencia de las civilizaciones anteriores. Hay que analizarla cualitativa y cuantitativamente, estudiar su carácter de generalidad y demostrar su superioridad sobre las antiguas; despues de esto, ya podremos medir cuánto valen las cooperaciones que á ella han llevado las ciencias filosófico-políticas y las naturales

y sus aplicaciones, cooperaciones que hay que analizar detenidamente para fallar cuál de ellas sea de más valor. Trazado ya mi plan ó método de exposicion y partiendo de las ideas que hasta aquí llevo consignadas, entro ya de lleno en la exposicion del tema.

El concepto general de civilizacion se establece atendiendo á los datos que suministra la historia de los pueblos y el desarrollo de sus intereses morales y materiales. Yo pienso que á semejanza de lo que pasa en los séres vivos, que á medida que se desarrollan sienten más necesidades y se contentan ménos con lo que tienen á su alcance, las sociedades y los pueblos, cuanto en ellos más se desarrolla por el trabajo la riqueza que contribuye al bienestar material y las ideas y los sentimientos que contribuyen al bienestar moral, se aumentan progresivamente las necesidades y se crean nuevos deseos y aspiraciones á la perfeccion más alta; de aquí que la humanidad necesita disponer de mayores y más adecuados medios para satisfacer cumplidamente á estas necesidades y á estas aspiraciones en la medida que el conocimiento de las cosas pueda tener trascendencia en aplicaciones á la vida práctica. En este punto paréceme comparable un pueblo á una máquina; observad si no lo que pasa en los motores modernos más perfectos; en ellos, es cierto, hay la misma cantidad de fuerza, sólo que su efecto útil es mayor, el trabajo ejecutado es numéricamente más grande y se distribuye en muchos objetos; pero las necesidades de la máquina son mayores, su construccion mucho más difícil. En la máquina social el trabajo es tambien más variado en cada evolucion, el esfuerzo individual y colectivo es más utilizable; pero la funcion se compone de mayor número de elementos, cada vez más heterogéneos, mas siempre en perfecto equilibrio; por eso creo que el carácter más esencial de la civilizacion es, sin duda, la generalizacion progresiva, el empleo más general y más armónico de todos los esfuerzos que concurren á la funcion social, cuyo efecto útil ha de traducirse necesariamente á las costumbres.

Admitiendo, como ya lo hice, una especie de solidaridad en los fenómenos sociales y al mismo tiempo la seleccion hasta los límites señalados, se pueden establecer los datos y las in-

ducciones de que ha de derivarse el concepto de civilización actual, teniendo presente que pienso que civilización en general es el conjunto de todos los conocimientos, de todas las concepciones y de todos los ideales de la humanidad que trasciendan de un modo ó de otro á las costumbres y á la vida social; importa poco que los conocimientos sean intuitivos ó reflexivos, el caso es que trasciendan á las costumbres; lo mismo da que un pueblo sea hospitalario por tradición, como los árabes, que por criterio liberal, como los suizos; el caso es que lo sea.

Al establecer los datos que han de servir de base al concepto de la civilización actual se vé muy pronto que no puede admitirse, aunque todos concurren á un fin, que hayan de tener un mismo carácter. Por las ideas emitidas hasta aquí, si bien por una parte la civilización actual es hija de las que le han precedido, es como la integración de las anteriores evoluciones del progreso, por otra hay influencias propias y exclusivas de la época presente que modifican la evolución de la civilización, de un modo análogo al que tiene el medio exterior de modificar la función del sér orgánico; además, hay que contar, que si bien la época actual integra los resultados positivos de las anteriores, hace una labor de desintegración en cuanto destierra, y desecha nociones, ideas, prácticas y usos que en evoluciones anteriores se admitían. De aquí que haya que considerar en primer término datos puramente históricos, en los cuales se vé probada la ley de herencia y selección, y en segundo término datos puramente de actualidad, propios y exclusivos de la época actual.

Es indudable que la necesidad más imperiosa del hombre es el conocimiento de sí mismo, para darse cuenta de su destino en el universo. Cumple la humanidad este destino, con conciencia cada vez más segura, porque no se contenta el individuo con interrogarse á sí propio por su naturaleza, sino que para explicarla pregunta á su pasado, remontándose á su origen y recogiendo datos en todo el mundo de que forma parte, que puedan llevarle á la solución del problema. Las ciencias se ponen á contribución, porque partiendo del hombre y teniéndole por objeto, el progreso del conocimiento de

nosotros mismos ha de ir necesariamente unido al progreso del conocimiento de la naturaleza; mas habeis de notar que, á pesar de tantos adelantos llevados á cabo en las sucesivas evoluciones de la humanidad, por más que el progreso nos haya llevado á un alto grado de perfeccion, todo lo que hasta el dia se ha hecho es conducir el espíritu investigador al verdadero camino del descubrimiento de la verdad, al camino de la experimentacion, dentro del cual voy á examinar los datos que la sucesion de los hechos ha traído á la actual civilizacion.

El trabajo humano es el origen de la civilizacion; pues que solamente se puede llegar al bienestar y á la perfeccion, que son el objeto del progreso, por el desenvolvimiento del sér en todas sus funciones, y este desenvolvimiento, á su vez, sólo puede ser causado por la combinacion de los actos orgánicos con los esfuerzos del espíritu. Esta afirmacion está perfectamente demostrada en la evolucion del trabajo humano.

Las leyes físicas que rigen á la materia inorgánica luchan tenazmente por someter al hombre á su dominio; por otra parte, éste, disponiendo de las valiosas armas de su inteligencia, su voluntad y su sensibilidad, quiere subyugar á esas leyes físicas y modificar sus modos de realizarse, haciéndolas tributarias suyas y valiéndose de ellas para satisfacer sus necesidades ó sus caprichos; de aquí nace la actividad humana. El origen del trabajo es la necesidad de la emancipacion completa de las leyes físicas, para que la parte intelectual pueda desarrollarse sin coaccion de ninguna especie; yo creo que en esto del trabajo hay una especie de lucha por la existencia, lucha entablada por las facultades intelectuales del hombre contra la naturaleza, para hacer que el trabajo intelectual y sensitivo no se halle perturbado por el trabajo mecánico. La lucha por la vida ha dado al hombre el dominio sobre un sólo objeto de la naturaleza; ahí teneis el origen de esta superioridad del sér que siente y piensa sobre el mundo inanimado, superioridad que se extiende cada dia más, abrazando nuevos horizontes, ampliándose á mayores objetos y realizando en cada generacion conquistas valiosas que le dan el dominio absoluto del mundo. Sólo así se concibe cómo nues-

tros medios sean mayores que las necesidades que tenemos que satisfacer.

El sólo esfuerzo humano no basta para producir todos esos medios de satisfacer las necesidades; el trabajo físico del hombre, calculado numéricamente, no equivale á la producción, y sin embargo, nosotros sabemos que nada puede crear, que no puede formar energía, ni fabricar fuerza; pero el dominio que sus facultades mentales le han dado sobre la naturaleza, permite utilizar las fuerzas de ésta; contando con su valiosa cooperación es como en la época actual llegamos á un progreso no alcanzado en las anteriores evoluciones de la humanidad; ¿mas cómo consigue el hombre este dominio sobre las fuerzas naturales? Yo no encuentro más razón que la lucha por la vida, cuyo resultado es la preponderancia del trabajo intelectual sobre el trabajo mecánico, la influencia de las leyes mentales sobre las leyes físicas. Para mí el elemento de progreso de más alta importancia, es este desarrollo del trabajo mental, que permite á la actividad humana desenvolverse por medio del trabajo inteligente, cuyo resultado es la preponderancia sobre la tierra, que proporciona, como consecuencia inmediata, el goce del verdadero progreso, siempre continuo é indefinido; mas téngase presente que el trabajo intelectual es la reacción del hombre mismo contra las leyes físicas, de las cuales es dueño, por virtud de este mismo trabajo, al cual debe también la previsión de sus resultados, que utiliza en la satisfacción de sus necesidades, procurando siempre realizar su objetivo, la emancipación del trabajo material, para que el intelectual pueda absorber toda la actividad humana.

La evolución del trabajo humano es un hecho realizado en la historia. A cada paso de la vida de la humanidad se pueden ver las conquistas del trabajo intelectual sobre la Naturaleza, el reconocimiento de la soberanía de los principios de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, como directores de la actividad humana, cuyos resultados positivos son la emancipación del trabajo material, con lo cual se aumenta la producción y los medios de satisfacer las necesidades, y se desarrollan los movimientos de afecto, que tanto contribuyen al engrandeci-

miento de la personalidad humana, y notad bien que á medida que el trabajo físico es menor, va creciendo el trabajo espiritual, que se revela en los esfuerzos y acciones de la inteligencia y del sentimiento.

De aquí puede deducirse que la evolucion del progreso, que la civilizacion, es en cierto modo funcion de los grandes inventos. La influencia de las leyes físicas en la civilizacion se revela por el desarrollo de las ciencias naturales y sus aplicaciones; por eso su lucha con el trabajo intelectual tiene una conclusion precisa; tal es la prevision de los fenómenos naturales, de cuyas realizaciones debe deducirse, además de un conocimiento perfecto de la Naturaleza, datos de gran valor práctico, que se traducen en aplicaciones á la industria y á los usos de la vida: estas aplicaciones son de tanto más interés é importancia y traen más trascendencia para la civilizacion, cuanto más grande y más perfecto es el dominio del trabajo espiritual sobre el trabajo físico; ¿podeis dudar de esto? Notad entónces el desarrollo de la actividad humana, del progreso, de la civilizacion, debido á inventos tan portentosos como la imprenta, la pólvora, la locomotora y el telégrafo.

En medio de las supersticiones y errores del siglo XV, cuando la actividad humana se esterilizaba por falta de medios de expresion, inventa Gutemberg la imprenta, que es el progreso más grande de la humanidad, el invento que abre los ojos de los pueblos á la luz de la verdad y de la razon. Tal invencion, para qué he de entretenerme en demostrarlo, modifica completamente la evolucion del progreso, ensancha los horizontes de la actividad humana y presta á la inteligencia un medio de perpetuar sus conquistas y de repartirlas y propagarlas por todo el mundo.

La pólvora es tambien un elemento civilizador de primer órden; yo nada he de hablaros de su importancia y usos en las grandes obras que tienen por objeto abrir vias de comunicacion que enlazan entre sí pueblos separados por naturales barreras; yo sólo he de considerar á la pólvora como elemento contribuyente á la disminucion de las guerras, que es uno de los más grandes progresos morales realizados por la humanidad. Hasta la invencion de la pólvora, era como una obliga-

cion de todo ciudadano estar siempre dispuesto á la guerra; no habia ejércitos permanentes y la pelea estaba sobre artes, ciencias y comercio.

El arte militar era muy fácil; bastaba el arco heredado, la espada obtenida como legado de sus mayores, para hacer de cada hombre un soldado; la invencion de la pólvora imposibilita el levantamiento de masas inconscientes que iban á guerrear por pasatiempo, lo cual desarrollaba instintos de crueldad; las armas son más difíciles de adquirir y su manejo requiere ciertos conocimientos y precauciones; el arte militar se hace más difícil y la profesion de las armas viene á ser como una carrera. Mientras tanto, quedan muchos hombres aptos para dedicarse á las conquistas de la inteligencia y del progreso; los ejércitos se hacen temibles por su armamento y las guerras disminuyen; hé aquí, pues, otro invento que modifica el modo de ser de los pueblos y dulcifica sus costumbres realizando un progreso moral de la más alta importancia.

La locomotora y el telégrafo; ¿no pensais que el actual progreso es debido exclusivamente á estos dos inventos, que si por una parte representan la más grande conquista del hombre sobre la Naturaleza, significan, por otra, la supresion de las fronteras de pueblos y razas y la union de la humanidad entera, realizando así el ideal de la fraternidad? La locomotora y el telégrafo representan en el órden de la civilizacion actual la causa de todo el progreso, de todo el adelanto de la humanidad, el más alto grado de perfeccion alcanzado en todos los órdenes de la vida social.

Mi pensamiento respecto á la civilizacion, mi opinion sobre sus causas determinantes y sobre las influencias que modifican su evolucion, puede expresarse de este modo: la civilizacion se debe á la influencia del trabajo espiritual, inteligente y sensitivo, sobre el trabajo mecánico, ó si quereis en términos más generales, á la influencia del desarrollo de las leyes intelectuales sobre las leyes físicas; de donde deduzco, segun los razonamientos anteriores, que la evolucion del progreso de la humanidad es funcion de los grandes inventos.

La evolucion del progreso enseña por medio de un resultado, que es la emancipacion del esclavo, la manera como el

dominio del hombre sobre la Naturaleza es el elemento civilizador de primer grado. Del conocimiento de los efectos de las fuerzas físicas se deriva el primer elemento de toda industria, la máquina, que tiene por objeto quitar al hombre la necesidad del trabajo mecánico, que no basta para la satisfacción de las exigencias de la vida social; ántes del empleo de las máquinas, la ley del fuerte se imponía al débil y el hombre inteligente y sensible servía como de máquina, el uso de éstas en la industria y en la agricultura es, sin duda alguna, la principal causa de la abolición de la esclavitud, porque únicamente los motores inanimados pueden reemplazar al esclavo en sus trabajos. A medida que los adelantos de la mecánica van dotando á la industria de motores cada vez más perfectos, la esclavitud va desapareciendo; porque se comprende que el trabajo físico humano puede sustituirse con ventaja, disponiendo de medios de transformar y utilizar el efecto de las fuerzas naturales; de modo que en mi sentir el carácter que indica un grado mayor de civilización, es el estado en que el hombre ha alcanzado la mayor emancipación del trabajo mecánico, resultado, que como hemos visto, es función del más completo conocimiento de la Naturaleza.

La integración de todos los resultados conseguidos por los esfuerzos de la humanidad, dirigidos en este sentido en todas las épocas de la evolución del progreso, y las conquistas de la época presente, en el mismo fin de desarrollar el trabajo humano, en función del cual ha de verificarse la producción, hé ahí lo que es la civilización actual, caracterizada por su generalidad en desenvolver todas las aptitudes del hombre, cuyo desarrollo constituye un grado más elevado de progreso. En la civilización actual están contenidas todas las anteriores, de aquí que en rigor la actual función social contiene todas las de anteriores evoluciones, á la manera que un cuerpo compuesto contiene realmente en sus propiedades las de los elementos que han entrado en su formación; mas como los trabajos ó esfuerzos de las evoluciones anteriores de progreso han dado como resultado la emancipación progresiva del trabajo físico y el conocimiento de la Naturaleza, de aquí que en la época actual ha de caracterizarse la civilización por un mayor adelanto en

los mismos caminos de la perfeccion y del progreso, siempre en funcion del conocimiento de las leyes físicas.

Los resultados positivos obtenidos en la época actual, con esa tendencia al engrandecimiento de la personalidad humana, por el libre ejercicio del trabajo espiritual, son en general los siguientes: la difusion de la instruccion pública, la ciencia del derecho internacional, la economía política, el derecho político y la filosofía; que han dado como adelantos la suavidad de las costumbres, el horror al derramamiento de sangre, la brevedad de las guerras, la supresion de las penas infamantes, las facilidades de exportacion é importacion, los bancos, asilos y cajas de ahorros, la extincion de la esclavitud, el respeto á la mujer y otros resultados, todos importantes, que hacen de la civilizacion actual la más general y perfecta de cuantas se han conocido.

Quizá haya quien sostenga que todo este progreso no es fruto de los adelantos de las ciencias naturales; acaso hay quien diga que la direccion de este movimiento parte del campo de la filosofía y de sus abstractas concepciones, á las cuales se subordinan las ciencias naturales que prestan como la servidumbre de sus medios de ejecucion; en este caso pienso que las ciencias naturales serian como aquel servidor, de cuyo ejemplo se vale Kant, que caminase delante del amo enseñándole, con una luz, el camino que conduce á la verdad y al conocimiento de las cosas.

Señores: si nos fijamos un momento en la aspiracion del hombre á conocerse y á darse cuenta de su lugar en el Universo y en los medios como cumple éste su destino, bien pronto se echa de ver que hay en todo trabajo de organizacion de la funcion social, en todo progreso, una marcada tendencia á imitar las leyes y los procedimientos de la Naturaleza; todo mecanismo es tanto más perfecto cuanto más efecto útil produce, las mejores máquinas son aquéllas que gastando poco combustible utilizan la mayor cantidad posible del efecto mecánico del calor; de la misma manera un estado social, una civilizacion, es tanto más perfecta cuantos más adelantos realiza, cuanto más produce. Por otra parte, la Naturaleza es el mejor ejemplo de la division del trabajo y de la trasformacion de la mate-

ria; en ella todo está en equilibrio y la producción se hace en virtud de una regla eternamente fija; el hombre toma de esta Naturaleza la materia y la fuerza, y á ellas agrega su trabajo, para formar la producción, tendiendo siempre á que ésta sea función de leyes invariables. Las conquistas del hombre sobre la Naturaleza, por medio del trabajo espiritual, le enseñan la armonía y el acuerdo y relación que hay en los cambios de la materia y quiere informar la vida social en este mismo principio del cambio heterogéneo, simultáneo y sucesivo. La observación de los hechos naturales y la experimentación son las fuentes del trabajo deductivo ó de diferenciación, el cual consiste en ir deduciendo de unos hechos otros á fin de determinar sus relaciones y poder más tarde realizar una integración, cuyo objeto sea la predicción de los fenómenos naturales; la tendencia del moderno movimiento científico, en cuanto á la ciencia social, no es otro que determinar los fenómenos por medios enteramente equivalentes á los que en ciencias naturales se emplean.

Además, del conocimiento de las leyes naturales y del mecanismo de los fenómenos físicos, se deducen los medios de la emancipación del trabajo mecánico; pues que las máquinas son función de este conocimiento y los grandes inventos á él también se refieren. Si estos resultados no fuesen la luz que guíase á la filosofía y á la política, ¿creeis acaso que hubiéramos alcanzado el elevado grado de perfección de la época actual? Sin la imprenta y las vías de comunicación, ¿cómo habrían de realizarse progresos de la importancia de la difusión de la instrucción, y las exportaciones é importaciones, hoy tan fáciles gracias á los motores de vapor? En mi modo de ver las cosas, he de pensar que el mismo adelanto de las ciencias filosófico-políticas es también función del progreso realizado en las ciencias naturales.

Para ver del todo esclarecido este punto y probada la afirmación que acabo de hacer, de la cuál puede deducirse que la actual civilización se debe principalmente al influjo de las ciencias naturales, he de examinar su intervención en el progreso del trabajo intelectual, en el problema económico, en la moral y en el arte.

Dispone el hombre de elementos de muy poco valor para el cambio de la vida y de ahí, que no teniendo otra cosa que el sistema muscular para la lucha con las leyes físicas, emplee sus esfuerzos en dominar las fuerzas naturales modificándose de manera que satisfagan sus necesidades, emancipándolas del trabajo material, que exige el sacrificio de la voluntad y del pensamiento. El deseo más grande del hombre es dedicarse exclusivamente al activo trabajo espiritual, que se hace sin repulsion ni violencia; ántes bien, hallando en él, á la par que la satisfaccion de una necesidad, el placer más justo y legítimo. El trabajo humano se desarrolla segun una curva cuyos elementos se determinan por las dos direcciones de este mismo trabajo; de una parte los esfuerzos mecánicos, de otra los esfuerzos de la inteligencia y del sentimiento. siguiendo el desarrollo de esta curva, se puede ver cómo á medida que las ciencias naturales, por medio de los inventos, dan mayores medios de satisfacer las necesidades del hombre, el trabajo espiritual va progresando y el físico disminuyendo, tanto que llega á concebirse un estado de la evolucion de la humanidad, en el cuál las máquinas hagan todas los trabajos físicos, y en este punto podrá el hombre dedicar toda su actividad al desarrollo de sus facultades intelectuales, cuyo estado pienso que seria la meta del progreso, el último grado de la perfeccion humana, que se acusaria por el total conocimiento de los fenómenos de la Naturaleza.

De otra parte, las ciencias naturales tienen una importancia capital en el problema económico, que es la base de la cuestion social. Si consideramos que los elementos de la produccion son la materia, la fuerza y el trabajo humano, se puede admitir que la Naturaleza en general es como el depósito de donde se toman las materias primeras, que el trabajo convierte en objetos útiles; por tanto, tratando las ciencias naturales del conocimiento de ese depósito Naturaleza, en donde está toda la materia y toda la fuerza, han de tener necesariamente una influencia de primer orden en la produccion. Además, la persistencia del elemento fuerza es una ley que se puede aplicar á la administracion del Estado, comparable, opinando así, á una máquina en la que el efecto útil de la fuerza se traduce en tra-

bajos como estos: enseñanza, derecho y otros que contribuyen á la vida social.

La función de los actos humanos se compone de dos series de fenómenos; una de estas series es constante é invariable, porque se cumple según las leyes fatales de la Naturaleza; la otra comprende actos variables que es posible modificar, según el medio y las necesidades; las leyes que rigen á esta serie componen la moral, ó sea el arte de vivir bien. Esta moral tiene su evolución; en el orden de los tiempos la moral del cuerpo y de los apetitos es la primera, porque el abuso en estas materias provoca la enfermedad y la muerte; lo que en moral es relativo á la inteligencia y al sentimiento, representa un grado mayor de adelanto, porque es preciso tiempo y ciertos conocimientos para ver los resultados del abuso de estas cosas. La evolución moral se hace en el sentido personal, en cuanto el hombre pudo notar que le convenia observarla por las consecuencias que podia sufrir; más tarde toma origen la moral de relación, porque se notó su utilidad en las relaciones de los individuos unos con otros.

Por esta manera de desenvolverse hay que notar, que no es la moral una ley preestablecida é invariable, sino una ley *a posteriori*, es un compuesto y no un elemento; se necesita en cuanto el hombre obra, mas no es la causa de su actividad. «La moral, dice un pensador ilustre, es una rama de la actividad humana que da las reglas que el hombre, como sér sensible, debe observar en la satisfacción de sus necesidades físicas, intelectuales y afectivas en la medida de lo útil, lo verdadero y lo bello.»

¿Cuál es la influencia que sobre esta moral ejercen las ciencias naturales? La moral hasta ahora estaba unida á la metafísica y á la teología; las ideas de religion y de moral eran como un precepto único, que se pretendia inmutable, dado al hombre como regulador de sus acciones.

El método inductivo de las ciencias naturales, con sus conclusiones precisas, con su criterio experimental y sus leyes fijas é invariables, lucha por arrancar á la metafísica las leyes de la ética y los principios que regulan las costumbres de los pueblos. El siglo XVIII, de feliz recordación para las ciencias,

inicia acaloradas y fructuosas controversias en el amplísimo campo de la moral.

Helvetius D'Alambert, D'Holbat, Diderot, Condillac, Larochefoucauld, inspirándose en las ideas naturalistas que á la sazón comenzaban á dar calor y vida á la razon contenida por tantos siglos, logran conmovier los fundamentos de ese edificio, á tanta costa levantado por el espíritu teológico y metafísico; se discuten ya los más elevados principios de la moral y se trata de despojarla de sus caractéres dogmáticos, para hacer de ella una rama independiente, susceptible de desarrollo y progreso. El adelanto del dinamismo establece los nuevos cimientos de la ética, sobre los principios utilitarios; tal progreso constituye una aplicacion importante del método inductivo y un nuevo triunfo para la escuela de la filosofía experimental, para las ciencias naturales.

¿La austeridad y fijeza, la sobriedad, á la vez que el carácter desinteresado y severo de los métodos de las ciencias naturales, podrán llegar á la concepcion de esos elementos más simples del fenómeno moral, por medio de los cuales podemos establecer leyes precisas que regulen nuestros impulsos, abriendo nuevos horizontes á las acciones humanas?

Mucho hay hecho en este sentido; pero desgraciadamente, mucho hay que destruir todavía.

Es una creencia muy comun el pensar que las ciencias naturales esterilizan la fantasía y cierran al arte los caminos de su progreso; nada de eso. Las ciencias naturales dan al artista el conocimiento de la realidad de las cosas, lo cual contribuye al mejor desarrollo del sentimiento de lo bello; las mismas conquistas de la ciencia, los grandes adelantos en el conocimiento de la Naturaleza, abren al poeta nuevas fuentes de inspiracion, dándole nuevos objetos á que dedicar sus cantos; ¿no pensais que Lucrecio y Goethe tienen inspiracion tan fecunda gracias á sus conocimientos en las ciencias naturales?

Yo no puedo extenderme en más consideraciones sobre estos puntos; mi objeto al presentaros la influencia de las ciencias naturales, en aquello que más pudiera creerse ageno á ellas, ha sido aducir un nuevo argumento á mi opinion de considerar á la evolucion actual del progreso como causada prin-

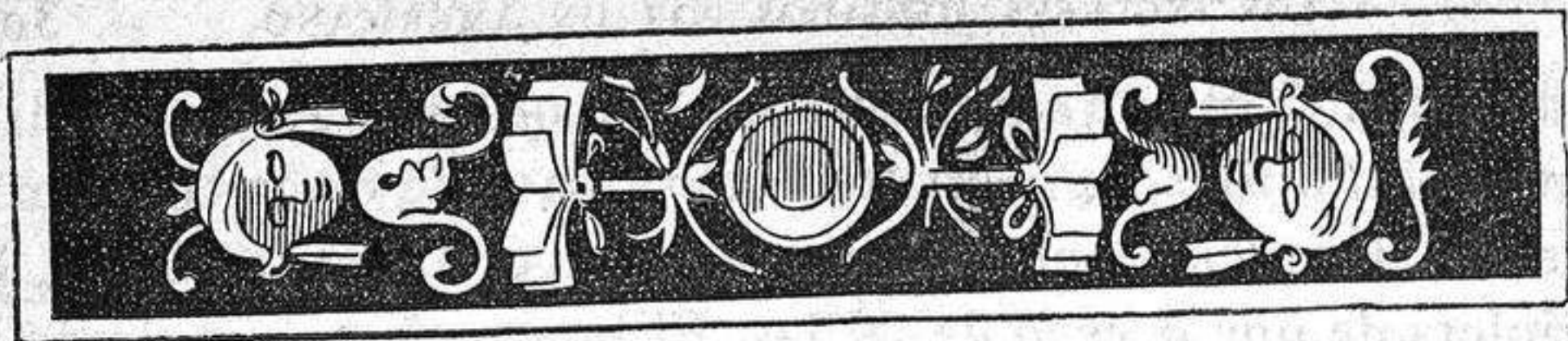
principalmente por su influjo, debido á la emancipacion del hombre del trabajo físico y al desarrollo de su trabajo espiritual como consecuencia de esto. Lejos de mí el pensar que esta época es aquella en que la máquina lo hace todo y el hombre puede dedicar toda su actividad á los trabajos intelectuales y sensitivos, todavía falta mucho para llegar á tal resultado; pero convengamos en que la época actual, que se caracteriza por el gran desarrollo de las ciencias naturales, por esa actividad desplegada en el conocimiento de la naturaleza, ha contribuido mucho á que el hombre sea ménos máquina y más pensador.

Señores: á la manera que cada individuo deja en la familia á que ha pertenecido alguna cosa que marca su carácter y su modo de ser, lo mismo cada época deja á las posteriores una especie de legado que señala sus tendencias y sus progresos; la civilizacion actual dejará á la siguiente una herencia, un legado de gran valor; la cooperacion que el siglo XIX dejará al conjunto del conocimiento y pensamiento humano, como cosa propia suya, son los adelantos de las ciencias naturales y sus influencias en todos los trabajos de la inteligencia y del sentimiento.

En la medida de mis fuerzas creo haber cumplido con el deber que la tradicional costumbre me impone; mas al concluir he de rendir justo tributo de gratitud y reconocimiento á los que me habeis escuchado, con la indulgencia que de tan buena voluntad se dispensa en este Ateneo.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.





ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

LOS INGLESES

JUZGADOS POR UN AMERICANO.

I.



EL autor de este artículo ha examinado de cerca la vida inglesa en dos casas de campo de diferente categoría, en las que tuvo el honor de ser recibido. La una, situada á sesenta ó setenta millas de Londres, en un país rico y bien cultivado, que un americano hubiese tomado por una ciudad en vista del considerable número de casas con que se tropieza por todas partes, era un edificio de piedra construido á la antigua usanza, en el centro de la finca, y á muy corta distancia de un modesto pueblecillo. Mi recepcion se redujo á una hospitalidad cordial y brusca, con esa tendencia á suprimir el sentimiento que es inherente al carácter inglés.

Todo era allí sencillo, sólido y verdaderamente cómodo. El dueño de la casa, hombre robusto de unos cincuenta años, me preguntó al dia siguiente de mi llegada si queria dar *una*

vueltecita. Yo, que acepté suponiendo que se trataba de visitar sus dominios, tuve que recorrer á paso de carga cinco millas de distancia, y otras cinco para volver á casa, es decir, la friolera de una decena de millas. El buen señor, que sin duda se hallaba acostumbrado á este ejercicio, no pareció cansarse ni mucho ménos, pero yo estaba con un palmo de lengua fuera. Nosotros continuamos todos los dias estas escursiones campestres. En alguno que otro punto habia preciosísimos edificios, pero la mayor parte de las casas que veíamos eran sumamente modestas, blanqueadas con cal y cubiertas de rastrojo; hermosos caminos guarnecidos de setos serpenteaban á través de los prados, de los bosques y de las tierras de cultivo. Las paradas eran frecuentes en aquellos paseos; el buen señor, con su voz sonora, llamaba á gritos á los labriegos y se detenía á lo largo de las empalizadas para hablar á las mujeres y á los chiquillos de sus asuntos domésticos. Resultaba de estos coloquios que los trabajadores se hallaban en frecuentes relaciones con la casa de campo, en la que se les facilitaba con extraordinaria generosidad leña, vestidos, alimentos y medicinas. Numerosas eran las preguntas referentes á las enfermedades de la familia, á sus infortunios y á sus esperanzas; el buen señor las hacia en tono breve y con rostro impasible. Cuando la viuda y el huérfano se quejaban de su suerte, su voz vibraba con mayor rudeza que nunca; pero se sonaba enseguida estrepitosamente so pretesto de hallarse resfriado.

En la escuela del pueblo oímos dar leccion á los muchachos. En aquellos momentos la máscara de indiferencia del buen señor no bastó á ocultar un movimiento de verdadera satisfaccion. Habiendo sabido por el maestro que aquel establecimiento, creado por mi acompañante, continuaba sosteniéndose á expensas del mismo, aventuré en la conversacion alguno que otro elogio; entónces él, entre enojado y satisfecho, me dijo:

—Mi mujer tiene gran aficion á todo esto; es como si dijéramos su pasion favorita.

Así es que, lejos de hacerse valer, afectaba mostrarse bajo cierto aspecto desfavorable, lo cual viene á ser una segunda naturaleza en los mejores tipos del carácter inglés.

Las mujeres nos hacían la reverencia en el camino y en las casas, y debo confesar la extrañeza que me causaba aquel procedimiento.

—¡Qué quereis! replicó él cuando le dije que más que el acto en sí mismo, era la manera con que aquellas lo verificaban lo que provocaba mi sorpresa; no por eso vayais á figuraos que nuestras campesinas han ido á la escuela de baile. Vosotros, añadió, á fuer de demócratas americanos, hallais todo eso muy extraño. Yo por mi parte, les he dicho mil y mil veces que era inútil balancearse así de arriba abajo, pero ellas han seguido y seguirán siempre en sus trece.

El dueño de la casa en que yo me hallaba hospedado pertenecía á la antigua escuela de la caza del zorro. Sus comidas, al volver de caza, eran sólidas é iban reforzadas por el Sherry y el Oporto. Conforme á la antigua usanza, las mujeres se retiraban al final de la comida, levantábanse en seguida los manteles y comenzaban á circular por la mesa una porcion de botellas con etiquetas de plata que indicaban la edad respectiva de su contenido, el cual disminuía sensiblemente á medida que pasaban por delante de los convidados. El *clergyman* de la iglesia inmediata, huésped asíduo de la casa, era uno de los que mejor las hacían los honores. Cuando las botellas hubieron dado ya varias vueltas en torno de la mesa, traté de excusarme de toda libacion ulterior, alegando la falta de sitio en que alojar el precioso líquido. Vanos esfuerzos. Mis vecinos, con esa alegre brutalidad que caracteriza la raza inglesa, se reían descaradamente de mí aconsejándome que me dejase de gazmoñerías. No tuve más remedio que beber como todos los demás. Esto continuaba así durante dos horas, y despues abandonábamos la mesa para ir, no sin grandes dificultades, en busca de las señoras. Yo, por mi parte, puedo asegurar que no discurría con mucha lucidez. Mis compañeros, cuyas libaciones habian sido más copiosas que las mías, se hallaban en un estado de todo punto deplorable. La llegada al salon de aquel grupo envenenado y en traje de etiqueta, era cosa verdaderamente cómica; pero no producía ninguna manifestacion de sorpresa en el bello sexo, que, por lo visto, estaba acostumbrado á presenciar semejantes escenas.

Las lenguas entorpecidas articulaban enormes sandeces y chanzonetas de pésimo gusto, acogidas por las mujeres con risas mal reprimidas. Luego, en tanto que los unos se dormían tendidos sobre magníficos sillones, los otros organizaban una partida de whist. Al poco rato se servía un thé sumamente cargado que desperaba á los durmientes y daba á la tertulia un poco más de animación. Los convidados se retiraban temprano, y al día siguiente, muy de mañana, se levantaban como si tal cosa, sin que en sus rubicundos rostros apareciese el menor vestigio de la orgía de la noche anterior.

Un clima suave, húmedo y perfectamente aireado por los efluvios marítimos, y un ejercicio constante, les procuran unos estómagos capaces de soportar esos cotidianos excesos. Todos se hallan libres de la enfermedad americana conocida bajo el nombre de dispepsia. El inglés, fortificado por todas estas causas, puede desafiar una infinidad de enfermedades; pero el americano, que no se halla sostenido ni por el clima, ni por el ejercicio exterior, se vé obligado á sucumbir á ellas.

La casa de que se trata puede ser una buena muestra de ello, porque toda Inglaterra está llena de hogares semejantes. El rasgo característico de los ingleses es el sentido del deber, que se manifiesta por la caridad para con los pobres, por la instrucción dada á los niños menesterosos, por un gran celo de propaganda religiosa y por la asistencia frecuente á la iglesia. Aquí, hasta la misma señora de la casa explicaba una clase en la escuela dominical. Una cosa me ha chocado en los ingleses, y es que sus diversiones no están nunca exentas de cierta mezcla, como lo están entre los franceses y los italianos. La conciencia les habla de un modo que muchas veces llega á ser importuno. No son felices sino cuando hacen girar sus botellas en torno de la mesa, porque el líquido adormece al vigilante admonitor. En Francia, lo mismo que en América, se atribuye generalmente esta vena de tristeza del carácter inglés á la bilis, suponiéndola desarreglada por el método de vida, ó en otros términos: al esplin. Este modo de considerar una cuestión de raza y de educación moral es muy propio de los franceses. Si los críticos del continente estudiasen el asunto con mayor detención, comprenderían sin duda algu-

na que el inglés tiene una especie de negrura psicológica, que es sombrío y taciturno, como la alondra es alegre, el perro fiel y el buho lúgubre.

Mi hombre tipo, el señor de la casa, era sencillo, franco, brusco, hospitalario y dotado de un cuerpo y de un alma igualmente viriles. Tenía gran afición á los asuntos públicos, leía diariamente el *Times*, dirigía personalmente la explotación de una de sus tierras, era administrador de un ferrocarril local y trabajaba durante muchas horas con tal actividad que consumía en poco tiempo su pesada alimentación y sus copiosas libaciones de Oporto añejo. Además, una espada de Damocles suspendida constantemente sobre su cabeza, le estimulaba al ejercicio: temía la gota.

Una satisfacción tranquila y al mismo tiempo sombría acompañaba el cumplimiento de sus deberes religiosos. En asuntos teológicos, veía todas las sombras sin distinguir ninguno de sus resplandores. Los americanos tienen esta misma propensión, que han heredado de sus padres ingleses. Las incertidumbres del alma han afligido siempre á esa raza desde que entró en la vía de la civilización. Sea el que quiera su sistema de teología, la raza sajona no puede prescindir de hallar en él infinidad de espinas, en tanto que los latinos lo ven todo cubierto de rosas. La Iglesia católica romana, por ejemplo, en Francia y en Italia, es sumamente seductora bajo el punto de vista estético; en Inglaterra, comparada con estos países, es árida y austera.

Si la imaginación del inglés es más pesada en sus operaciones, no por eso debemos deducir que sean éstas menos profundas que las del nervioso americano. El inglés puede hacer más de un esfuerzo superfluo antes de llegar al objeto que se propone; pero su reserva de vitalidad es tan considerable que acaba siempre por alcanzarlo. Los alimentos sustanciosos y abundantes que absorbe le procuran la satisfacción animal. Su inveterado mal humor no es tan exagerado como supone el vulgo. Esta fama la ha adquirido en el continente, en donde se vé privado de su *roastbeef*, de su queso confortante y de una infinidad de cosas preciosas para él, lo cual le pone de mal humor. Un dogo mal alimentado acaba por volver al es-

tado salvaje. Dad al viejo britano su correspondiente racion de carne, cerveza y Oporto, y esa extraña combinacion de lechuga y queso de Chester propia de la Gran Bretaña; dadle una monarquía disfrazada de república ó una república con ribetes de monarquía; ponedle en contacto personal con el caballo, con su periódico, su chimenea y su religion, y le vereis todo lo dichoso que puede ser un hombre de esta naturaleza.

II.

La otra casa en que recibí hospitalidad durante unos diez dias, estaba situada á mayor distancia de Lóndres que la primera. Sus habitantes pertenecian á una clase más elevada. Tenian una magnífica casa en el West-End, y alternaban con las mejores familias de este aristocrático barrio. Habian vivido en la mayor parte de las capitales de Europa, tenian elegantísimos modales, se hallaban al corriente de todas las cosas, hablaban en correcto inglés y se expresaban con bastante facilidad en dos ó tres lenguas extranjeras. Cuando yo penetré en el salon, habia nueve ó diez personas de visita con las cuales entré desde luego en relaciones con la misma facilidad que si hubiésemos sido francmasones. La intimidad que se establece desde el primer dia entre los habitantes de una misma casa, es una de las particularidades más agradables de la vida del campo en Inglaterra.

La familia se componia de una señora anciana y de sus hijas. A las nueve de la mañana, la campana llamaba á toda la gente de la casa á la oracion, que se decia en una gran sala. A un lado se colocaba la familia y los huéspedes, y al otro lado, y en el mismo órden, los criados. Cada cual llevaba en la mano el libro de rezo de la iglesia establecida. La señora de la casa leia el formulario del servicio, al cual contestaban en voz alta todos los asistentes. La mayor parte de los huéspedes dejaban de asistir casi siempre á estos piadosos ejercicios; porque hay que advertir que la independencia más completa se

considera como un derecho absoluto respecto de las personas invitadas. A las nueve y media, la mayor parte de la sociedad se reunía con objeto de almorzar. Los criados se retiraban siempre después de dejar terminados todos los preparativos necesarios. Las señoras servían el té y el café, en tanto que los hombres cortaban las carnes dispuestas encima del aparador; cada uno se servía á su antojo, y esto hacía que reinase en la comida todo el abandono de una verdadera francachela. La ausencia de los criados facilitaba la libertad y la intimidad de la conversacion, y esta era, indudablemente, la ventaja que se buscaba al prescindir de sus servicios.

Después del almuerzo, cada cual mataba el tiempo como Dios le daba á entender. Los dueños de la casa no hacían absolutamente nada para distraer á sus huéspedes, y les dejaban gozar de la misma libertad que si se hallasen en una fonda. A las once recibíamos las cartas y los periódicos de Lóndres; la sociedad se consagraba entónces á la lectura ó á la correspondencia. Había una biblioteca bien escogida de cinco mil volúmenes, en que cada ciudadano hojeaba las obras más de su gusto. Además, el establecimiento de Mudie remitía con bastante frecuencia todos los libros nuevos que tenían alguna importancia.

Durante el día reinaba un gran abandono en todo lo concerniente á asuntos de tocador. Los hombres permanecían en traje de mañana y las mujeres conservaban sus largos peinadores. Los grupos se formaban á capricho; charlábase alegremente á lo largo del pasillo, y se coqueteaba un rato con las muchachas en la espaciosa galería de cristales que hermoseaba la fachada principal del edificio.

A la una y media ó las dos nos servían el *lunch*, y discutíamos lo que había de hacerse hasta la caída de la tarde. Los paseos á caballo ó en coche, la caza ó la pesca y las excursiones á pié llevaban el resto del día. Los hombres preferían generalmente la caza y las expediciones pedestres; pero alguna que otra vez se creían obligados, por galantería, á tomar parte en las excursiones proyectadas por las señoras.

En aquellas reuniones no se trataba nunca de nada que tuviese relacion con los negocios; si una ó dos personas sacaban

á relucir, por pura casualidad, el nombre de algun banquero ó industrial de Lóndres, era únicamente para ensalzar sus prendas personales. El único asunto puesto á la órden del dia era el de divertirse todo lo posible.

A cosa de las seis ó las siete de la tarde, se veian brillar las luces en todas las ventanas de las alcobas: todos los habitantes de la casa estaban arreglándose y cambiando de traje. Despues de las siete, los salones, brillantemente iluminados, parecian dispuestos para una gran fiesta. La trasformacion era completa y sorprendente. Todo aquel personal que una hora ántes se hallaba en traje de confianza aparecia con frac de ala de pichon y corbata blanca, con vestidos de seda sumamente descotados, con los brazos desnudos y con el cuello y la garganta cuajados de pedrería. A las siete y media dirigámonos todos al comedor en donde un magnífico lampion iluminaba una mesa adornada de flores, llena de resplandecientes objetos de plata y cristalería, y en torno de la cual aparecia, á corta distancia, una hilera de lacayos con lujosas libreas.

La comida duraba próximamente una hora ú hora y media; el buen humor y un talento que dejaba bastante que desear procuraban darla alguna animacion; pero no habia allí ni la espontaneidad ni las chispeantes frases de las comidas francesas, por la sencillísima razon de que los ingleses no han nacido para brillar en torno de una mesa, como les sucede á los franceses.

Las conversaciones que he sostenido, en casos análogos á éste, durante mi permanencia en Inglaterra, me han demostrado que los ingleses tienen ménos afinidad con los franceses que los americanos. En cambio, se parecen más á los alemanes. Los casamientos de muchos individuos de la familia real con princesas de esta nacion han dado, además, cierta boga á las ideas y á la lengua germánicas. La mayor parte de los hombres y de las mujeres que pertenecen á la alta sociedad comprenden esta lengua. El inglés aficionado á los viajes visita con preferencia la Alemania, la Italia ó el Oriente. El americano que se aleja de su patria va á París. Un proverbio americano dice que los justos van allí despues de su muerte. Es muy posible que la sangre céltica, trasmitida á los ciuda-

danos de los Estados-Unidos por la Irlanda, engendre esta simpatía por los hijos de los galos, simpatía de que no participan los ingleses sino en muy corta medida.

Todo cuanto ocurría despues de la comida se hallaba dentro de los límites del más extricto decoro. El mantel continuaba puesto en la mesa, y ningun exceso de bebida, semejante á los que yo habia presenciado en la morada del cazador de zorros, revelaba la ausencia de la más hermosa mitad de la reunion. Bebiamos á lo sumo uno ó dos vasos de vino, saboreábamos el café y fumábamos un cigarro. En todo esto no invertiamos nunca más de media hora; acto continuo, los hombres, en la más correcta actitud, alegres sin estar ébrios, se dirigian en busca de las señoras. En aquella casa se bebia mucho ménos Oporto que en la otra de que ya he hablado; pero se consumia en gran abundancia el Borgoña, el Burdeos y el Champagne. Este último vino, contra la costumbre seguida en el continente, se bebia al principio de la comida.

El trabajo de la digestion y la humedad del clima dan á los rostros británicos una coloracion que apenas suele verse en otros países. Esto es desastroso para el bello sexo de aspecto sentimental, sobre todo cuando ese fatal vermellon se establece en la nariz, cosa que sucede con bastante frecuencia, por falta de ejercicio, segun dicen los ingleses. La mujer que pasa de los cuarenta años está generalmente llena de barro. La edad es mucho más cruel para la mujer inglesa que para sus hermanas de los demás países. En Francia, la mujer dobla graciosamente la cuarentena, como un buque que se desliza sobre las tranquilas aguas, para llegar al punto de su destino, despues de una afortunada travesía. Treinta y cuarenta, en la patria de Moliere, son casi hermanos gemelos; de lo que se deduce que en pasando del sexto lustro, la edad de la mujer es allí casi siempre apócrifa. En Inglaterra, la naturaleza pone siempre á la mujer su correspondiente etiqueta á los cuarenta años, obligándola á soportar esa rubicundez que enciende en sus facciones, además de la raza, el clima, la bebida, la alimentacion demasiado sustanciosa y las brisas del mar; tambien es muy posible que contribuya á ello el uso de la cerveza.

Por otra parte, como compensacion á los rigores de la *edad*,

la mujer jóven en Inglaterra es, por regla general, verdaderamente hermosa. Ella posee los tesoros que Víctor Hugo atribuye á una de sus heroínas: su cabeza está coronada de oro y su boca está llena de perlas. El candor y una especie de ingenua temeridad brillan en sus ojos con una expresion que infunde á la vez admiracion y respeto.

Despues de la comida, para seguir la sencilla rutina de todos los dias, la reunion continuaba en los salones. Los diálogos íntimos, las cartas y la música vocal é instrumental hacian que aquellas horas trascurriesen sin sentir. Los ingleses no son bastante artistas para llegar á ser buenos músicos. Su prosáica naturaleza ha sido siempre una barrera que les ha impedido pasar á este departamento del arte. Es preciso confesar que, sobre poco más ó ménos, la América se halla tambien en idéntico caso. Ninguna de estas dos regiones parece favorable al génio musical. Sin embargo, nuestros esfuerzos en este terreno han producido algunos felices resultados. Los ruseñores que encantan hoy con sus dulees gorgeos las capitales del antiguo mundo—Minnie Hauk, Adelina Patti, Moulton y la Albani—han salido de nuestros nidos; lo que prueba que, si no somos bastante artistas para crear obras musicales, sabemos por lo ménos interpretarlas. ¿No es esto un feliz augurio para el porvenir musical de la América?

El tono de los ingleses en la conversacion es exacto, sin embargo, y más verdadero y de mejores condiciones que el de los americanos. Los ingleses recurren á ciertas notas de pecho que hacen vibrar con todo el vigor de sus excelentes pulmones. El lenguaje de los americanos es, por el contrario, casi siempre chillon; hablan con voz de cabeza; por lo ménos, esto ha llegado á ser tan general, que hoy podemos considerarlo como uno de los rasgos característicos de la raza.

Los oidos americanos, acostumbrados á los chistes lacónicos y de buena ley, juzgan que los chistes ingleses son un tanto fuertes y sobradamente lentos. Los que se permiten las clases bajas le dejan á uno como pegado á la pared. En el teatro, los chistes son tambien ménos ingeniosos y más pesados que en nuestro país. El público adivina casi siempre las gracias mucho ántes de que se las digan.

Las clases laboriosas de los campos y los grandes propietarios del suelo se hallan separados por un abismo. En América no existe semejante separación entre dos clases de ciudadanos. Los labradores de las cercanías eran unos zopencos de lo más ignorante que puede darse, hablaban un inglés incomprendible y no tenían más ideas que la carne y la cerveza. Los habitantes de la casa en cuestión estaban tal vez mejor educados de lo que suelen estarlo en los Estados-Unidos las clases superiores, sin tener su vivacidad ni su elasticidad de carácter. Han sido necesarias muchas generaciones para producir el inglés civilizado y culto, tal como existe en nuestros días. Lo mismo que el caballo de pura raza, ha llegado á la perfección actual por el *entrainement* y la educación moral, á través de una larga serie de antecesores; puede decirse que hasta ha logrado perder los defectos de su raza. Es pulido (en el sentido del metal perfeccionado por el ludimiento), digno y viril. En asuntos de arte solo consigue hacer cosas medianas; esta es su parte débil. El conocimiento general que tiene de los acontecimientos y de las corrientes del pensamiento universal, sólo puede compararse con el que tiene también el americano. Además, puede hacer frente á un *boxeador* de oficio, rema con un marino y corre un *steeple-chase* con un jockey sin quedar muy deslucido al lado de estas diferentes especialidades. Su cualidad más preciosa es el amor á la verdad y á la justicia, cualidad que, dicho sea de paso, no es exclusiva propiedad suya, porque se extiende á todas las clases del pueblo inglés; sus frutos aparecen en los sólidos principios de la Gran Carta.

La rigidez de la educación ha contribuido poderosamente á que la aristocracia conserve su superioridad. La molición está tan lejos de imperar entre sus individuos como entre los acarreadores de carbon. El hijo de familia tiene que pasar por todas las pruebas de la vida de colegio, y aprende á pelearse á puñetazos y zurra y es zurrado como el último proletario. Un día tropecé con un muchacho de doce ó trece años que montaba un caballo algo indómito, y pregunté á su madre si no temía por la seguridad del chiquillo. Ella me contestó que era preciso que fuese acostumbrándose al peligro y al ejercicio,

y que prefería mil veces verle con la cabeza rota que hecho un miserable cobardon.

La aristocracia se fortalece continuamente absorbiendo todo lo mejor que hay entre la clase proletaria. Cuando el *commoner* se distingue por su superioridad en las altas regiones de la vida, se le hace penetrar en el círculo de los elegidos. Este sistema conserva la vitalidad de la clase elevada y asegura su dominación. De este modo no se observa en la balanza la falta de peso de las nulidades, tales como los jóvenes aristócratas reprobados siempre en los exámenes y los que, dotados de mucha sangre y de poco meollo, se dedican exclusivamente al eaballo y á la disipación.

Acabamos de ver la parte buena; pero ocupándonos de otras cosas tendríamos que hacer amargas críticas. El puritanismo exagerado engendra la hipocresía, que acaba por prevalecer en el espíritu público, y obliga á adoptar una máscara á cuyo amparo cometen los hombres una porción de excesos que no se permitirían sin este abrigo protector. Sean los que fueren los defectos de los franceses, podemos decir en alabanza suya que se hallan libres de esa mojigatería, que se conoce con el nombre de *cant*. En Inglaterra se toleran todos los desórdenes, siempre que vayan cubiertos por la respetabilidad exterior y por el *churchism*, es decir, por la ortodoxia religiosa.

La excelencia del criado inglés es proverbial, y la especie de escalafon jerárquico que existía entre los sirvientes en la morada que describo, no carecía de interés para el ciudadano de un país en que esa clase, siempre necesaria, se halla tan imperfectamente representada. Dichos sirvientes se hallan divididos en dos clases distintas, y cada una de ellas tenía además sus correspondientes clasificaciones. La primera comprendía en el orden siguiente: el mayordomo, el cochero, el cocinero, los *grooms* y los criados de á pié; entre las mujeres, el ama de llaves, las camaristas y la costurera. Las dos clases de sirvientes se hallan separadas por una distancia casi igual á la que existe entre la primera y los mismos amos, llegando hasta el punto de tomar sus comidas en habitaciones separadas. En Francia, en donde la cocina se halla tan perfeccionada, el *jefe* es considerado como un artista, y se halla, como es natural, á la

cabeza del resto de la servidumbre. En Inglaterra figura en tercera línea. La segunda clase comprendía los ayudantes de cocina, los marmitones, las criadas para todo, los mozos de la cuadra, etc., etc. Estas dos categorías no se mezclaban nunca ni reinaba entre ellas ningún género de familiaridad. El mayordomo había entrado siendo niño al servicio de sus amos en clase de marmiton, y esta circunstancia se citaba en la repostería como un ejemplo de que la buena conducta puede elevar á un hombre salido de la posición más humilde á las más altas dignidades. El susodicho mayordomo era, por lo demás, un personaje muy grave y profundamente penetrado de la importancia del cargo que desempeñaba. Investido con la confianza de sus amos, se creía en el deber de profesar un extraordinario respeto á todos sus huéspedes. Él tenía las llaves de los equipajes y conocía todos los secretos de su contenido. Así es, que una semana después de mi llegada á la casa, adoptando toda la gravedad que un miembro del Parlamento hubiera podido emplear al presentar un proyecto de ley, me hizo presente que mi provision de ropa blanca se había agotado, y me ofreció la que él tenía en su cómoda hasta tanto que la lavandera diese por terminada su tarea.

Otra diferencia existía entre las dos casas que he descrito, y es que, en ésta última, la cuestión religiosa no ejercía la misma influencia que en la otra en lo tocante al capítulo de las diversiones. El dueño del primero de estos hogares y mi nueva patrona caminaban ámbos con el haba teológica dentro de sus zapatos; pero una de ellas estaba cocida con objeto de que molestase menos. La amable señora era ritualista, con un pié en la Iglesia romana; civilizada con arreglo á los usos del continente, había enseñado á sus hijos á dibujar, á tocar el piano y á divertirse los domingos, cosas todas que, dado el *churchism* del buen señor, le hubieran parecido verdaderas enormidades. Algunos huéspedes de los de esta última casa eran individuos del alto clero, y tenían ciertas tendencias un tanto paganas. Por lo demás, debemos observar que las aficiones clericales—si es posible hablar así tratándose de Inglaterra—se hallan mucho más arraigadas en la clase media que en la aristocracia, y van debilitándose á medida que aumentan los grados de la es-

cala social. Hay quien pretende que la fragilidad y la relajación de costumbres de algunos de los principales personajes del reino han contribuido poderosamente al resultado que acabamos de indicar.

III.

Dejemos á un lado las diferencias de lenguaje entre la América y la Inglaterra, diferencias que sólo pueden tener cierta importancia para los habitantes de ámbos países, y abordemos otras consideraciones mucho más generales.

En América el arte de la oratoria se muere; en Inglaterra ha muerto ya. En la tierra de Colon, el Sud y el Oeste tienen aún la rabia de la *parleria* difusa y pomposa. En el Parlamento inglés de nuestros días, los brillantes períodos de Chatham sólo conseguirían hoy arrancar alguna que otra sonrisa. Los discursos que allí cambian entre sí sus individuos no son más que conversaciones de negocios, en las que se evita cuidadosamente toda alusion al rugido del leon británico. Gladstone es un modelo en este género—claro, incisivo, sin énfasis.—Si algun palurdo que todavía conserva el pelo de la dehesa, intenta resucitar el fuego de la elocuencia tradicional, un espantoso ridículo le obliga á no volver á despegar los labios. El ódio al género pomposo es una de las mayores antipatías que se conocen en el Reino-Unido.

Hay diferencias en el vestir lo mismo que en el lenguaje. Dos cosas caracterizan el traje de americano: la barba de chivo y el leviton en forma de hábito de monje, que lleva casi siempre abierto, y cuyas extremidades delanteras caen una ó dos pulgadas más abajo que las de atrás. En las provincias, cuando el ciudadano de los Estados-Unidos quiere ponerse guapeton se acomoda ese precioso adorno y ya se encuentra admirablemente vestido. Si hay demasiada amplitud en el traje americano, el del inglés no tiene, ni con mucho, la suficiente; el hijo de la Gran Bretaña lleva, por regla general, un vestido ajustado, cuya tela parece haber sido escatimada por

el sastre. El ciudadano británico tiene también una marcada afición al pantalón estrecho, afición que tal vez provenga de su entusiasmo por la equitación. En este asunto el exceso ha comenzado por el *groom*, y luego ha pasado al *gentleman*. Los zapatos claveteados constituyen también una de las manías del británico, justificada, sin embargo, por las exigencias de su clima. Calzado de este modo, dadle un fuerte bastón y un paisaje de algunas millas abierto á la actividad de sus piernas, y estad seguros de que nada falta á su felicidad.

El inglés se mueve en un círculo mucho más ancho que su primo trasatlántico. La superioridad de su vida animal hace que su vida intelectual sea más completa y más sana. Un alma varonil en un cuerpo débil produce una sombra en la existencia.

Mientras el espíritu inglés posee un fiel aliado en su envoltura, el espíritu americano impone fardos más pesados á una máquina menos capaz de soportarlos; por eso suele flaquear más de una vez. Además, las tendencias morales de los dos pueblos difieren en un punto esencial: hay menos afición á brillar en Inglaterra que en América. El defecto de todos mis compatriotas, defecto que casi llega á ser una especie de enfermedad, es un deseo de notoriedad ó de celebridad. La prueba de ello está en la publicidad dada por los periódicos á las reuniones particulares, cuyas circunstancias todas se reproducen con los nombres de los invitados en el exterior de nuestras moradas, lleno de condecoraciones y distintivos honoríficos, en la vida pública de los hoteles, en la manía de los discursos y de las arengas, y en el furor que tienen todos los políticos de que las gentes hablen de ellos. Parece que Jonathan vive en una casa de cristal. John Bull, siguiendo un procedimiento diametralmente opuesto, pone todas las barreras posibles en torno de su vida privada. Le ha quedado algo del antiguo exclusivismo feudal, y su casa viene á ser una especie de fortaleza cuyas puertas no se abren nunca al primero que llega. El inglés gasta el dinero para su utilidad y no para hacer gala de ostentación. Un escritor de mediana capacidad no aspira á los laureles de Macaulay, así como un miembro ordinario del Parlamento no sueña con la gloria de Pitt. Viajar de un lado para otro,

sin mas objeto que el de proclamar su propia excelencia, es una extravagancia desconocida en Inglaterra.

El americano tiene más refinamiento natural que el inglés, más tacto, más facilidad de adaptacion, más rapidez y más audacia. La sencillez, la rectitud, la afabilidad y la justicia son las grandes cualidades del inglés; pero todo esto va acompañado de instintos brutales que se manifiestan á veces bajo la forma de la embriaguez y de la glotonería, sin perjuicio de que no falta tampoco quien les ponga de relieve apaleando á su mujer. La urbanidad natural no es comun en ese gran pueblo, en el que casi todo el mundo dice inconscientemente grandes necesidades ó terribles incongruencias. Los ingleses formales, indudablemente, no hacen cabriolas ni gestos, y todos ellos tienen una virilidad seria que, sin ser muy favorable al tacto social, reviste cierto carácter de dignidad.

El parisiense es un ateniense refinado; el ciudadano de Londres es un romano ántes del siglo de Augusto. Hay entre ellos la misma diferencia que entre la mariposa y la abeja; la una vuela de flor en flor en busca de su placer; la otra zumba de aquí para allá en busca de su utilidad. *Dum vivimus vivamus*, tal es la divisa del primero, que se contenta con su botin cotidiano, en tanto que el segundo trabaja para el porvenir del mismo modo que para el presente. El uno se mueve describiendo caprichosas curvas, el otro siempre en línea recta; el uno cae lentamente como un copo de nieve, el otro con la precipitacion y el estrépito de una avalancha; el uno juguetea al sol para gozar de la naturaleza, el otro se halla siempre preocupado con sus obligaciones ó sus negocios, y sólo vé en las flores el jugo que contienen.

El inglés no padece nunca de nostalgia, como el individuo de la raza latina. Este último, trasladado á un suelo extranjero, no llega nunca á encariñarse con él, y languidece en una triste existencia ó muere dedicando su último pensamiento á su querida patria. El inglés no muere nunca de nostalgia. Él se crea una Inglaterra por donde quiera que vá. Los obstáculos que abaten al latino, le excitan al combate. Su individualidad es tan grande, que absorbe como una esponja las demás nacionalidades. Los individuos á los cuales se impone, pueden

resistirle durante algun tiempo, pero acaban por sucumbir. No contento con disfrutar tranquilamente su propia civilizacion, se pelea con sus vecinos para obligarles á cargar con ella. Su alimentacion, su vestido, su lengua y sus costumbres son, segun él, superiores á todas las demás y debieran ser universalmente adoptadas. Si él se hablase sólo en una isla con una docena de individuos de otras naciones, es probable que ántes de diez años no se hablase allí más que el inglés; el único alimento seria el *roastsbeef*, y los licores fermentados la única bebida. Concededle un poco de tiempo y él hará un inglés de un árabe; él cambiará un desierto en un delicioso jardin. Con elementos de anarquía constituirá un gobierno sólido, y acostumbrará á un pueblo salvaje al trabajo metódico. El no es nunca extranjero en ningun país. Donde quiera que se halla este hombre, existe la Inglaterra en cierto circuito trazado en torno suyo.

IV.

Hay un considerable número de solteros—poco acaudalados, segundones, oficiales de reemplazo, etc.,—que no disponiendo sino de muy escasos recursos, y obligados, por lo tanto, á vivir con bastante estrechez, se hospedan en habitaciones alquiladas y comen en su club, en donde los víveres se expenden casi al precio de su coste, y en donde la cerveza se obtiene grátis generalmente. Estos individuos son los candidatos naturales á las invitaciones para la estacion de las cazas. Casi todos ellos, como el mayor Pendennis, se ingenian para tener sus piernas bajo la mesa de alguna casa hospitalaria, con lo cual logran proveer á sus dos principales necesidades. El escote se paga en conversacion y chistes más ó menos ingeniosos. El matrimonio es cosa vedada para estos señores, que obedecen á sus propias convicciones, á no ser que tropiecen con alguna novia que posea lo que ellos no tienen. La mayor parte de estos individuos son *gentlemen* elegantes y simpáticos que se acercan á la edad madura. Son suficientemente ga-

lantes y saben ser útiles á las señoras; pero como novios, inspiran muy poco interés á las mamás que tienen hijas en estado de merecer. Esta clase de ricos-pobres, que no hacen nada y gozan de una buena posición social, es casi completamente desconocida en América.

Hablando en tésis general, todos los franceses tienen buen discernimiento; esta cualidad sólo la poseen los ingleses que han recibido una esmerada educación. El tendero carece completamente de ese sentido que revela en dónde acaba la urbanidad y en dónde empieza el servilismo; llevado de su deseo de agradar, acaricia como un perro faldero sin tener la gracia de este cuadrúpedo. La clase trabajadora en Inglaterra tiene ménos dignidad que la de América. En los Estados-Unidos, ofrecer una moneda á un obrero por un pequeño servicio sería ofenderle; el inglés, al contrario, la acepta lleno de agradecimiento. Los empleados de los ferro-carriles no desdeñan alguno que otro regalillo; si cualquiera se atreviese á hacer semejante donativo á un jefe de tren de la república federal, puede desde luego adivinarse cuál sería el resultado. Únicamente las personas impedidas ó los verdaderos pobres son los que mendigan en el territorio de la Union, mientras que en Inglaterra una infinidad de individuos que ejercen una profesión regular, no se avergüenzan de pedir seis peniques. En América, el obrero es más comunicativo; en Inglaterra, es lacónico y hasta grosero, sobre todo con las personas que no conoce.

Un trabajador de las minas está sentado al borde de un camino. Pasa el nuevo cura, y queriendo mostrarse sociable, le dice:

—¡Hoy va á hacer un día magnífico!

El minero no se dá por entendido.

El *clergyman* hace otro nuevo ensayo:

—Digo, que me parece que vamos á tener un magnífico día.

—¿Y quién ha dicho lo contrario? ¿Quién te manda venir aquí á charlar como una cotorra?

Segun el *Punch*, esta es una muestra de las costumbres del obrero inglés. Come, bebe, trabaja y riñe á puñetazos, pero no habla.

Para cualquiera que haya frecuentado el Teatro Francés de la calle de Richelieu, si comprende la hermosa lengua que allí se habla y quiere apreciar á los buenos actores, el teatro inglés no merece siquiera los honores de la crítica. Las producciones dramáticas son tan malas como los encargados de interpretarlas. Las que obtienen algun éxito son generalmente arreglos de obras francesas. El inglés no es buen autor dramático. Traza bien los caracteres, pero no sabe hilvanar una intriga ni desarrollarla. El francés, al contrario, sobresale en este arte, y esto es lo que constituye la superioridad de su teatro. De todos los autores de la Gran Bretaña, que tienen alguna idea del diálogo y de los efectos dramáticos, creo que Charles Read es el más ingenioso. Las obras indígenas representadas en Inglaterra en estos últimos diez años, son, en su mayor parte, una ensalada de exhibiciones femeninas y de retruécanos en lengua salvaje, adornadas de trajes en que se hallan reunidos, con un gusto deplorable, todos los colores del arco íris.

Hay pocas cosas más desagradables que el oír á un inglés hablar un idioma extranjero, y especialmente el francés. El lo habla como su propia lengua, sin ninguna diferencia de entonación, con sus *oh! oh!* exclamatorios, y, sin embargo, se cree un políglota consumado. La presencia de los franceses que le escuchan no turba en modo alguno su natural aplomo. Hay muchos individuos que, llevados de su furor patriótico, tienen á ménos el perfeccionarse en este idioma. Tienen á mucho orgullo el haber nacido ingleses, y consideran como una verdadera felicidad el no ser franceses. Cuentan que Coleridge daba en público mil y mil gracias al cielo por no saber pronunciar ni una sola frase en la lengua de Voltaire. Hay además otros ciudadanos que chapurrean adrede el francés ó el italiano, creyendo que si lo hablan con cierta perfección se exponen á perder su nacionalidad.

Los belgas, los holandeses y los alemanes, reconocen la soberanía de Gambrinus; pero, ¿qué significa esta soberanía comparada con las famosas bebidas que con los nombres de *Ale* y *Stout* han ilustrado á la vieja Inglaterra? El inglés cree que todas estas cervezas son á la suya lo que la leche *azul* es

á la crema. Para él, el alimento y la bebida deben tener un gusto sumamente pronunciado. La delicadeza del queso de Bric no produce ninguna sensacion en su paladar; pero el Chester rancio que pica como la pimienta encarnada, le gusta tanto como el caviar al ruso. El necesita cosas fuertes y sólidas. En sus viajes lleva su isla consigo, y somete los demás países á sus tipos nacionales. ¿Tienen enormes trozos de magnífica y succulenta carne? ¿Tienen el *Times*? ¿Tienen cerveza fuerte y negra y aparatos para tomar baños frios? ¿Hay todo lo necesario para embarcarse, hablar, escribir y andar á trompis? En una palabra, ¿tienen las costumbres y las instituciones inglesas? Los pueblos que no pueden contestar afirmativamente á estas preguntas, no son dignos de figurar entre las naciones del globo. Id á donde queráis; siempre tropezareis con el hombre del paraguas y del libro encarnado; siempre le hallareis encaramado sobre las ruinas de Balbek recorriendo en todas direcciones las calles del Cairo ó de otro punto cualquiera, comprobando cada localidad con los datos suministrados por Murray, sério, jadeante y encendido como una amapola. Preguntad más bien en dónde no estará. Ya sea en París ó en los Pirineos, tan pronto como llega, atropéllalo todo, refunfunando, para instalarse con la mayor comodidad posible y tomar sin pérdida de tiempo su thé y sus asados, su cerveza y su baño. Sin embargo, este mal humor sólo existe en la superficie; el hombre exterior es un rústico, pero, en el fondo, tiene muchas veces la sensibilidad de una mujer.

Nadie tiene tanta aficion al agua como él. Inúndase con ella todas las mañanas, en todos los sitios y en todos los climas. Cuando los bultos de su equipaje llegan á un hotel del continente, la cubeta de las abluciones figura en la vanguardia, como para indicar la procedencia de su propietario. Cuando se acercan el paraguas y el libro encarnado, ya no cabe el menor asomo de duda. El hombre de patillas rubias, envuelto en un traje ceniciento, ántes de poner los piés en la casa, ha hecho ya una docena de preguntas en un sólo gruñido. Preocúpale sobre todo la cuestion de su comida, y encarga una botella de buen vino. El dueño del hotel, que comprende con quién tiene que habérselas, exhibe un líquido alcohólico ca-

paz de levantar las piedras en alto. *Esto es lo que yo quiero*, exclama nuestro inglés relamiéndose los labios; el huésped y el fondista quedan verdaderamente satisfechos. Este anfibio frecuenta los ventisqueros, los torrentes y los mares. Zambúllese resueltamente en el agua y nada con gran vigor. Es un Leandro, exceptuando la galantería. La lluvia no le importa dos cominos; con sus grandes botas y su *water-proof*, navega en medio de los aguaceros como si esto le procurase un inmenso placer. A pesar de toda su afición al agua, forma empeño en no beber nunca ni una sola gota. El interior está consagrado á la cerveza, al Oporto y al sherry.

Por doquiera que va se revela inmediatamente su presencia. Luce su vigor dando empellones á las sillas; se apodera de una de ellas por derecho divino, y pide el *Times* abusando de su estentórea voz. Puede muy bien haber una docena de individuos al lado suyo sin que él les haga maldito el caso. Sin embargo, si no son ingleses, todavía es posible que él se humanice y les dirija una infinidad de preguntas prácticas acerca de los productos y manufacturas del país. Pero si entra en la sala uno de sus compatriotas, enmudece repentinamente y continúa frío como el hielo. Un inglés, rodeado de varios extranjeros, puede, en rigor, mostrarse afable como un buen príncipe. Dos ingleses son cuerpos que se repelen mutuamente; creen que su dignidad les impide reconocerse; si por casualidad llegan á tener un momento de expansion, parece que esto les produce una especie de bochorno. Una inglesa que comía á mi lado en uno de los hoteles de París, me decia que ella no trababa nunca amistad en esta ciudad con la gente de su país, y en cambio observé que se relacionaba fácilmente con los franceses y los americanos. Cítase como ejemplo de este espíritu de exclusion, el hecho siguiente. Un inglés capitán de marina, que se hallaba en el Mont-Blanc, propone á uno de sus compatriotas una ascension en comun, con objeto de disminuir los gastos. Este, obedeciendo á la misma idea, acepta, no sin alguna vacilacion, y con la estricta reserva, tácita ya que no expresa, de que aquellas relaciones no irian más allá. Verifícase la ascension. Pocas semanas despues, el capitán entra en una zapatería de Piccadilly para encargár un par

de botas. ¡Cuál no fué su sorpresa al reconocer en el maestro zapatero á su compañero de ascension! Bajo este punto de vista, los ingleses forman un gran contraste con los americanos, que se complacen en reunirse y viven casi en familia siempre que se encuentran en el extranjero.

El vigor británico se manifiesta en la voz, en la respiracion y en el estrepitoso modo de despejarse la garganta, así como tambien en cierta petulancia siempre que se trata de su comodidad personal. Los huevos deben quedar cocidos en un segundo, la chuleta emparrillada en un abrir y cerrar de ojos, los asados no han de estar ni demasiado blancos ni demasiado dorados; ¡pobres de los criados si no anda todo bien derecho! Cuando viaja, John Bull es más que nunca avaro de su tiempo. Después de almorzar, consulta la guía de Bradshaw ó la de Murray, y hace sus preparativos para recorrer la ciudad. Sigue al pié de la letra las indicaciones de Murray, y toma de este evangelio del viajero algunas rebanadas de estética que procura ingerir á pequeñas dosis. En Roma, su actitud es sumamente curiosa. Las riquezas de la Ciudad Eterna no le interesan indudablemente en el mismo grado que los ganados de Holanda y las manufacturas de Bélgica. El arte romano y el carácter inglés son como lo blanco y lo negro. Sin embargo, el hombre de las patillas rubias se agita en torno del *Gladiador moribundo*, y lo critica, como si él lo hubiese hecho. Se fija en el retrato de Beatrice Cenci del mismo modo que podria fijarse en una hilandera ocupada en guardar una manada de pavos. San Pedro le recuerda San Pablo, que se parece á la gran basílica romana como una casa de labor á un templo griego. Hay una niebla insular entre él y todos aquellos tesoros. Viajero concienzudo, se despierta al mismo tiempo que la alondra; dedica todo el dia á sus artísticas excursiones, y por la noche sube al Pincio, punto culminante del paraguas y del libro encarnado, para examinar las modas romanas y ver á los cardenales vestidos de seglares.

Hay goces completamente desconocidos para este rudo personaje. Lo que á él le gusta, y así lo confiesa cuando quiere ser sincero, es el martillo movido por el vapor, la siembra y la recoleccion, el mejoramiento de las buenas razas, y el sistema

político de un Gobierno libre; en una palabra, sólo es capaz de entusiasmarse por todo aquello que satisface, bajo el punto de vista de la vida práctica, las necesidades materiales é intelectuales del hombre. El arte y la filosofía son para él misterios indescifrables, y por lo tanto, muestra poca afición á sus grandes sacerdotes. Existe entre los artistas y los filósofos una francmasonería que él no comprende. Y, sin embargo, Inglaterra tiene un pequeño número de hombres que se elevan sobre ese nivel racional, que conciben lo bello, que marchan á la cabeza de la ciencia aislados del resto de sus compatriotas; hombres completos, en fin, que leen en la naturaleza como en un libro abierto. Para el inglés duro de mollera, la puerta del arte sublime se halla siempre cerrada; pero puede tener por casualidad un hermano que penetre en el fondo del santuario y que traspase las alturas, inaccesibles para él, de la metafísica.

La Francia ha debido mil veces la victoria á la destreza y á la astucia; la Bretaña únicamente á la fuerza y á la perseverancia. La lucha prolongada ó la derrota desmoraliza al francés; el británico permanece impávido como un perro de presa. Por medio de la astucia fué como los normandos conquistaron la Inglaterra, cuyos hijos se lanzaron á la muerte con el valor y la estupidez de enfurecidos toros. Wellington carecia en absoluto del génio de la inventiva, pero venció á aquél en quien este génio se hallaba encarnado, por medio de una lucha resuelta, segun las reglas, y gracias á una cuidadosa vigilancia. El inglés necesita á veces recibir una ó dos palizas ántes de entusiasmarse en una batalla. Una ó dos pueden no ser suficientes en determinados casos; pero á la tercera, ¡ay del enemigo!... Las conquistas de la Inglaterra no han sido hechas por un sólo hombre como las de César y Mahoma, sino por la nacion. En la raza británica de ámbos mundos, ningun hombre llega á ser indispensable para lograr su progreso, lo que demuestra la superioridad del principio en el hombre.

El tipo más especialmente descrito en este estudio pertenece á la clase media. Los individuos que componen la minoría ilustrada, y que se encuentran lo mismo en la clase media que en las clases elevadas, tienen una gran semejanza en todos los pueblos civilizados.

ALBERT RHODES.



LOS TRABAJOS DE UN EDITOR.

I.



OR qué no han de publicarse las cartas confidenciales que en diferentes épocas hayan podido escribir á una empresa editorial sus diferentes redactores?

Nadie ignora que Mr. Macrey Napier fué editor de la *Revista de Edimburgo* por espacio de unos diez y ocho años, ó sea desde 1829 hasta 1847, y todos saben que durante período tan considerable honraron las columnas de publicación tan afamada corresponsales tenidos en el mundo literario por los hombres más notables de su tiempo.

Nuestros lectores recordarán con gusto los artículos á cuyo pié figuran nombres tan esclarecidos como los de Macaulay, Brougham, Lytton, Jeffrey, Carlyle, Dickens, Thackéray, Mill y otros innumerables que con aquéllos han de pasar coronados de gloria á la posteridad.

Ahora bien, toda esa falange de notabilidades literarias escribieron, durante el tiempo á que ántes nos referimos, extensas cartas á Mr. Macrey, en las cuales, con difusión hoy ya poco comun, unas veces proponian nuevos artículos á la re-

dacion, otras suplicaban fuesen admitidos ciertos y determinados trabajos, no pocas expresaban su opinion acerca de los escritos de colaboracion haciendo de ellos justo elogio ó severísima crítica, y en todas, en fin, hablaban de la amistad que los unia en estrecho consorcio con sus compañeros, sin olvidar tampoco, y como por via de apéndice, los hechos más culminantes de la crónica del dia.

Afortunadamente para todos, Mr. Napier acostumbró desde los primeros momentos, retener dichas cartas de sus amigos y favorecedores. Y escogido por su hijo lo más acabado de cuantos documentos de este género han llegado á sus manos, los dió ántes de ahora á luz mandándolos repartir, como escogido ramillete, entre los particulares que le honraban con su confianza.

El privilegio entónces á pocos extensivo, acaba de transmitirse á cuantos quieran aprovecharse de trabajos tan notables, y no dudamos serán muchos los que han de hacerse con la obra resultante, tan luego como á todos sea notorio que sus páginas abundan en trozos muy selectos y dignos de llamar la atencion de cuantos de literatos se precian; porque de tal manera cautiva la lectura de aquellas páginas, que, léjos de parecernos el contenido escrito para uno sólo, llegamos á convencernos que en él hay algo que trasciende la esfera de la confidencia, y que, por lo tanto, fué trazado para el público que hoy por fin recibe el legado de manos de quien lo recibiera hace algunos años como sagrado depósito que ha sabido transmitirnos.

Las comunicaciones oficiales habidas entre el editor y sus escogidos redactores nos sirven de preciosos detalles que no desperdiciará la biografía, miéntras que el hombre de carácter sério y amigo de los desarrollos de la buena literatura recogerá á su vez los excelentes datos que aquí y acullá se hallan diseminados en la publicacion que damos á conocer.

Topamos, sin embargo, con una grave dificultad que desde luego echará de ver el lector, teniendo en cuenta que lo que la gran mayoría prefiere sacar como fruto de tales escritos es precisamente lo que con más galante delicadeza procuraron los autores ocultar á los ojos del público, á quien convenia

velar lo que opinaban de sí mismos y de sus compañeros. Por fortuna, empero, para la justa reputación de todos, debemos añadir que contra lo que podía esperarse, en esta interesante obra no hay tanto de esto como sin duda alguna hubiera habido si la prudencia de los escritores no hubiera guiado sus plumas, como hoy la mano del que nos presenta lo que aquellas escribieron. Con todo, no faltan rasgos especiales, y en esto precisamente está todo el atractivo del volúmen.

Aquí surge naturalmente una cuestión que no queremos dejar de indicar por estar relacionada con la filosofía moral, entre cuyos principios no sabemos si podrá hallarse alguno que obligue al editor á sacrificar al bien universal el secreto consiguiente del que, fiado en su amistad ó llevado por simpatías particulares, lo confiara á quien hoy descubre ante el público los velos en que quizás convendría mantener envueltas las confidencias de que tratamos.

No nos toca añadir una palabra sobre el particular, y así tan solamente diremos que, como desgraciadamente no abundan las personas á quienes puedan ocurrir escrúpulos de tal naturaleza, creemos que en la presente generación, por lo ménos, no serán muchos, y esto sin que contemos en este número á los que quieran no entrar en él, los que sientan hastío al pasar su vista por las cartas, telegramas y demás escritos que forman la colección del heredero del célebre editor de la *Revista de Edimburgo*.

II.

Para la resolución de esta dificultad, que no nos parece ciertamente de escasa monta, creemos deben tenerse en cuenta los placeres que al lector podrán proporcionar ciertos datos que con su benéfica luz han de poner de manifiesto las interioridades de toda redacción y que servirán en gran manera para hacer resaltar la justicia de la conducta del editor á quien la prudencia hacia sellar los labios, aun á trueque de desacreditar su propia persona.

En efecto, todo editor goza ante el público de una reputación que por lo común no merece, y no puede considerarse como poco afortunado, si al examinar los profundos senos de su conciencia logra encontrar en ella el reflejo de acciones dictadas por el deber.

Asimismo, pocas veces llegan á sus oídos voces de aprobación emitidas por los que forman el mundo exterior unido con vínculos muy estrechos con el mundo literario que le rodea. Los de mejor temperamento entre sus amigos no dejan de echar de cuando en cuando en el *clásico buzón* alguna que otra carta gratulatoria por la maestría desplegada en la publicación del último número; mas después de palabras tan halagüeñas, indefectiblemente habrá de salir al encuentro algún irritante *pero*, suficiente por sí sólo para acibarar con su amargura la dorada copa en que el elogio vertiera toda la dulzura que le caracteriza. «Buen artículo, por cierto; pero ¿por qué la excelente pluma á quien se debe no se extendió á tal y tal asunto de actualidad?» «Decid á ese escritor cuyos escritos nos arrebatan que no desperdicie las excelentes dotes que le adornan en tratar materias para él desconocidas, cuando ante su luciente imaginación se abren los horizontes de los innumerables conocimientos que posee.» En una palabra, siempre que desagrade algún escrito ó parte de él á los suscritores, la maledicencia se ceba en el pobre editor, mientras que cuando ofrece el periódico escritos que arrebatan recaen los elogios sobre el escritor á quien en los arrebatos de su entusiasmo llevaría el público en palmas, llegándolo á colocar sobre el pedestal instantáneamente formado por la imaginación.

No seremos nosotros los que neguemos al escritor la inmensa parte de gloria que le corresponde; pero también es indudable que un editor inteligente no podrá ménos de creerse duramente tratado al ver que para nada se tienen en cuenta ni la gran parte que tomó en el éxito de ciertas obras, ni la habilidad con que hizo se suprimieran en otras algunos trozos enteramente contrarios al buen gusto, á los sentimientos de la mayoría del público, y á la reputación tal vez de personas colocadas en altos puestos y tanto más temibles cuanto que la elevada gerarquía de que disfrutaban pone á su alcance infinitos

medios con que desquitarse de cualquier especie denigrante contra ellos lanzada por la prensa.

En una palabra, las dificultades, los trabajos, las angustias por que tiene que pasar un editor, son mucho mayores de lo que generalmente se cree, y bastante más difícil de sobrellevar que cuantas en otra industria cualquiera salen al encuentro á todo hombre.

Una vez que Mr. Napier se hallaba más preocupado y perplejo que de costumbre, pidiendo consejo á su predecesor lord Leffrey, oyó de boca de este señor, persona tan autorizada y competente, como todos sabemos un resúmen razonado, á la par que breve, de las muchas consideraciones que deben guiar al editor en la cuestion capital de la revision, admision ó desecho de las obras. Interesantes por demás fueron estas consideraciones, que deberian estar escritas con indelebles caracteres en las oficinas de las casas editoriales para que todo el que se dedica á alimentar la inteligencia pública las tuviese siempre ante sus ojos. En efecto, con sólo enunciar las tres proposiciones en que se contienen, comprenderán nuestros lectores no exageramos al encomiar las palabras de aquel gran conocedor de la vida humana.

«Búsqese, decia, en primer lugar el efecto que el escrito puede causar en la generalidad de los escritores: téngase despues en cuenta la impresion que ha de hacer en los lectores; y, por último, no se descuide la influencia que ha de ejercer en la opinion deliberada del editor, cuando éste piense en el desarrollo de lo que crea conveniente para el debido progreso y término del ideal que se propone.»

Nadie desconocerá la bondad de este triple precepto; pero no por eso deben echarse en olvido los innumerables obstáculos que de todas partes surgen cuando se intenta reducirlos á práctica, en cuyo caso, las más de las veces se ve precisado el empresario á guiarse por sus sóloos instintos, pudiendo tambien suceder que las máximas de Mr. Leffrey lleguen á ser un gran impedimento para la consecucion del fin, cuando la prudencia no viene en ayuda de la inteligencia, y de la misma experiencia; porque todo editor no es más que un magistrado de policia obligado á hacer justicia sin estatutos que le dirijan,

sin la magestad de la ley que lo circunde con la aureola del respeto, y con la inmensa desventaja en contra de sus propios intereses, de ver ofendidos á aquellos de sus amigos que más le honran con su familiaridad y á los mismos á quienes indispensablemente debe asociarse para la consecucion de sus fines.

III.

Seria en extremo instructiva para toda clase de personas, y en especial para aquellas que se encuentren en el laborioso período por que tiene que pasar toda industria en sus comienzos, la publicacion de las insuperables dificultades con que tuvo Mr. Napier que combatir hasta llegar á dar á su empresa una organizacion que luego se hizo famosa, tanto por lo que ella era en sí, como por la inmensa energía y dignidad de carácter que acusaba en su autor. La posicion de Mr. Napier era crítica por demás. En efecto: por un lado debia sustentar el nombre glorioso de su antecesor, que con laboriosidad y celo muy superior á todo encomio habia dejado la gerencia de la *Revista de Edimburgo* en situacion desahogada y próspera, y por otro se encontraba de la noche á la mañana costituido en jefe de no pocos hombres encanecidos en la direccion de periódicos, y que afiliados á la *Revista de Edimburgo* desde su aparicion, estaban al corriente de todos aquellos pormenores y detalles tan indispensables de saber para los directores de tales empresas, y tan difíciles de adquirir sino pasando muchos dias y muchos años de oficinas editoriales.

Muy raras, por cierto, debian ser las cualidades necesarias para guardar en su primitiva pureza y sin auxilio alguno exterior, tan esencial para la existencia de toda publicacion trimestral, la disciplina ya establecida desde los primeros dias en que empezó á funcionar la empresa para perfeccionarla despues con las sábias lecciones de la experiencia. Pero la tarea de Mr. Napier fué en aquél entónces comparativamente fácil al tratar con los colaboradores que por primera vez tocaban á las puertas de

la redaccion , pretendiendo se les diese admision en ella.

Lo dicho en el punto anterior nos recuerda unas palabras de Mr. Carlyle, el cuál, en cierta ocasion, escribió la siguiente sentencia: «No hay vehículo más respetable para cualquier especulacion del pueblo inglés, que el que presenta y ha presentado siempre la *Revista de Edimburgo*.»

En efecto, no sólo se tuvo por cosa honrosa escribir en sus columnas, sino tambien por muy provechosa, puesto que los trabajos fueron liberalmente retribuidos, y como compete á todo periódico de su talla.

De esta circunstancia podrá deducirse cuántas serian las ofertas que Mr. Napier recibiria; así que los mejores talentos del país, exceptuados tan sólo los hombres públicos adheridos al partido de oposicion, pusieron, desde luego, sus plumas á servicio del editor.

La gran masa de indiferentistas políticos y de simples literatos deseaban y podian obtener de aquella mina, digna retribucion para lo que en otra parte no seria apreciado ni podria ser retribuido, segun las exigencias de la justicia.

Ahora bien, para obtener resultado de las proporciones ofrecidas por aquella falanje de voluntarios que pedian alistarse en las filas de la *Revista*, necesitaba Mr. Napier poner en práctica dos grandes dotes de las muchas que le adornaban, á saber: prudencia en la aceptacion, y cortesía cuando no podia aceptarse la oferta. Todo el mundo sabe que una y otra de estas condiciones fueron puestas en juego con el mayor talento.—Cuando en su camino tropezaba con cualquier duda ó dificultad, acudia siempre en demanda de consejo á la persona de Leffrey, con quien mantuvo fiel y estrecha amistad. No fué poco lo que sirvieron á Napier los inapreciables consejos de su amigo, pues como partidos de persona verdaderamente ilustrada, allanaban los mayores obstáculos y protegian en todo caso los intereses materiales y morales de la casa editorial.

Sabemos con toda certeza que, si Mr. Napier, acosado un dia por escritores de ideas avanzadas y de estilo diverso del ordinario y comun, los cuales le excitaban á echarse en sus brazos y á separarse de la senda tradicional seguida por la *Revista*, dejó sin embargo de hacerlo, escapando así á una

ruina cierta, lo debió, más que á nadie, á los atinados avisos de su fiel amigo Leffrey.

Por otra parte, estos dos hombres poseían una misma alma y un mismo corazón; de modo que en ambos hubiéramos podido encontrar iguales inclinaciones, iguales gustos, llegando á tal punto la semejanza de carácter, que nadie podía notar por los escritos de la *Revista*, cuándo el número correspondiente había sido confeccionado por uno de ellos ó por el otro.

Como punto de mira que había de servir de objetivo en la práctica, ambos se hallaban inclinados á dar con preferencia cabida en la publicación que dirigían á todo escrito palpitante; mas no por eso olvidaban que la *Revista* había sabido conquistarse un puesto decoroso entre las publicaciones del mismo género, y que debía ser órgano de un partido triunfante, de suerte que, adoptando el término medio sugerido por la prudencia, algunas veces se veían precisados á preferir los artículos de partido, siquiera careciesen de las condiciones de los que, aunque de extraordinario mérito, eran desechados.

Cuando Carlos Dickens se dirigió á la redacción de la *Revista de Edimburgo* preguntando «si convendría á la índole de la publicación el atacar de frente y sin reparos de ningún género el sistema de educación basado exclusivamente en los principios de la Iglesia establecida, y proponerse la demostración de que lo que había dado en llamarse catecismo, era absolutamente inaplicable al estado de ignorancia entonces, como ahora, prevaleciente, debiendo ser sustituido por el único sistema que podía salvar los principios religiosos, á saber, por la admisión de todos los credos que pudieran contribuir á la completa extirpación de las agrupaciones nocivas al bienestar social,» nuestros lectores podrán hacerse cargo del conflicto que surgiría entre los deseos y temores de la redacción, que no consideraba libre de peligros semejante proposición.

Después de esta carta volvió Dickens á insistir en análogos propósitos, remitiendo un artículo sobre la abolición de la pena capital; mas habiéndose consultado en tal aprieto á Jeffrey, admirador el más entusiasta del gran novelista, se vino en admitir el trabajo, cuando los que lo esperaban con

ansias recibieron aviso del escritor anunciando que el gran número de distracciones que le acosaban y los obstáculos insuperables que se amontonaban al poner manos á la obra, le ponian en imposibilidad de cumplir su cometido en el tiempo que habia de trascurrir hasta la publicacion del siguiente número.

IV.

Más afortunado fué Mr. Napier con otro escritor de extraordinario mérito. Nos referimos al insigne Thackeray.

En 1845 apareció la primera revista firmada por autor tan esclarecido, tres años precisamente ántes de la publicacion del escrito conocido con el nombre de *Planity Fair*.

El asunto de este trabajo versaba sobre el intitulado *Dashes at Life* de N. P. Willis, en cuya discusion no habia lugar á temer se originase conflicto alguno con los principios políticos de la *Revista*: con todo, Thackeray hubo de encontrarse con otro escollo no ménos inamovible, á saber, el gusto severo del editor. «De su liberal retribucion, decia el escritor á Mr. Napier, al acusarle recibo de los honorarios estipulados, me veo en la precision de sacar una importante consecuencia, y es que Vd. no sólo quiere conservarme á su lado para darme trabajo con que ganar mi sustento, sino tambien para tener á mano á quien mutilar y destrozar, dado el gusto severo por demás y rígido en extremo de la redaccion. Nunca podré explicarle lo mucho que sufriria con las supresiones que Vd. pretende introducir en mi pobre composicion. ¿No quiere todo padre á su hijo, por feo, por desgraciado que sea? ¿No le hiere en el alma cualquier gusto que se le quebrante al hijo de sus entrañas? Pues no de otro modo sentiria yo y me entristeceria por ver que ciertas chanzas insignificantes y ciertos chistes algun tanto picantes que me ha costado no poco inventar, chanzas y chistes que otra tijera que la de Vd., fácilmente dejaría pasar, eran por fin suprimidas, gracias á una crítica inflexible.»

A pesar de toda la retórica con que el artículo de Thackeray se había escrito, no hay que creer, sin embargo, que le respetase Jeffrey. Se hallaban al frente de la *Revista de Edimburgo* personas demasiado severas para que le dejaran intacto.

Nadie crea que fuese Thackeray el único colaborador de la *Revista* á quien se le corregían los escritos, y suprimía todo aquello que por demasiado rebuscado desagradaba al lector en vez de complacerle, siendo en sumo grado curioso registrar las diversas formas con que cada uno de los redactores expresaba su disgusto y pesar por las transformaciones sufridas por sus escritos.

Citemos algunos ejemplos, y aclaremos los sucesos con palabras de los mismos personajes que intervinieron en ellos. Puesto que el editor de la *Revista* nos franquea su correspondencia, usemos de este permiso. Aquí tenemos una carta: es del jóven escritor, novel todavía en el arte, G. H. Lewes, y lleva la fecha de 1842. Leamos: ¡Pobre jóven! ¡Cuánta resignación! ¡Cuánta docilidad de juicio! «Me someto con gusto á la devolucion del artículo, no sólo para corregirlo, sino aún para rehacerlo y recomponerlo de nuevo.» Algo despues prosigue el mismo escritor: «Es preciso que Vd. se convenza de que mi amor propio no sufre lo más mínimo al ver sometidos á correcciones y mudanzas mis escritos; al contrario, siempre me hallareis dispuesto á someterme á los caprichos y dictámenes del más severo criticismo, de lo cual me parece tengo dadas pruebas inequívocas.»

No ménos sumiso y complaciente se muestra Bulwer Litton. Aquí tenemos su carta; veamos qué dice: «Os doy con toda mi alma las gracias más expresivas por haber puesto su bien cortada pluma sobre mi pobre escrito, que considero una masa informe que su táctica especial ha sabido colocar en el molde, de que en mi humildad me hallaba falto. Deseo con todas las veras de que soy capaz, nunca tenga Vd. género alguno de reparo en enmendar cuanto en mis escritos halle defectuoso, pues estoy plenamente convencido de la necesidad de ciertos toques cuya ciencia desconozco por completo, á pesar del buen deseo que me anima al escribir.»

Tambien Macaulay se muestra igualmente generoso en pro-

fesiones de sumision; pero en medio de ellas no sabe ocultar con tanto acierto sus sentimientos ante los cortes de la redaccion. «Espero, dice, no tendrá Vd. escrúpulos en el ejercicio de su prerogativa. Jamás hallará Vd. en mí un súbdito rebelde.» Empero poco despues le vemos quejarse de que «los períodos omitidos fueron precisamente los más esenciales de su escrito, y contuvieron las sentencias mejor expresadas en toda la *Revista*.

Uno sólo entre los muchos colaboradores de la publicacion que nos ocupa, tuvo valor para tomar de antemano medidas francas y leales que pudiesen oponerse á que sus escritos sirviesen de objeto de mofa á los que no pensasen como él pensaba. Nos referimos á Mr. Carlyle, quien al ser invitado á escribir en la *Revista*, sin ambajes ni rodeos de ningun género, trazó las condiciones en que creia decorosa la admision de la propuesta.

Hé aquí su carta:

«Respetadísimo amigo: Vuestro predecesor tuvo alguna dificultad en ajustar las prerogativas respectivas al autor y al editor, porque, aunque, segun juzgo, no era insensible á los dictámenes de su buen criterio, algunas veces tuve ocasion de rebelarme contra lo que yo creia perjudicaba mi reputacion de escritor, y él juzgaba quizás objeto de su conciencia literaria. Por esto, pues, acostumbrado á no escribir cosa alguna sin estudiarla de antemano lo más á fondo que me es dado, y teniendo siempre delante de los ojos la norma que guía esta mi humilde pluma tachada por algunos, y no quizás sin justicia, de demasiado escrupulosa; teniendo presente, digo, estas dos condiciones de mi vida de escritor, debo decir con toda franqueza que me parece importuna esa lámpara suspendida en medio de la redaccion, y que en su movimiento de vaiven y perpétuas oscilaciones, léjos de iluminar la senda por donde ha de correr la pluma del escritor, ofusca la inteligencia cuando una falsa humildad nos hace entender que quizás pueden ser reales los errores que á los rayos de esa luz, y en virtud de las combinaciones de sus rayos, se nos señalan donde quizás se encierra un rasgo de ingenio que pudiera inmortalizar nombre. Ahora bien; difícil es que yo pretenda adivinar hasta

qué punto podrá Vd. hacerme víctima de esos juegos que detesto; pero, puesto que Vd. me invita, creo conveniente hacer el ensayo, y con este fin pongo á su disposicion mi pobre pluma.»

Semejante independencia de carácter y la recta inteligencia de la idea tan claramente expresada en las anteriores líneas no dejan lugar á que el editor pasee, sin miramiento alguno, sobre las hermosas flores retóricas y rasgos característicos del autor, pisoteando cuanto no crea de su agrado, y extrayendo de su florida y valiosa alfombra los amargos jugos que tanto acibaran las relaciones entre la redaccion y los que la nutren con su trabajo.

Segun de las trazas podemos deducir, Mr. Napier es editor con el cual no se puede entrar satisfactoriamente en contienda, y no es extraño le veamos emplear la más penosa cortesía y los más inauditos esfuerzos para hacer ménos duros á la víctima las alteraciones que juzga convenientes.

Como prueba lo que acabamos de decir, recordamos un caso en que cierta palabra poco cautelosamente escrita causó verdadera agonía de la amistad en el corazon de Leigh Hunt, el cual habia escrito á Mr. Napier proponiéndole un artículo *sumamente gárrulo* sobre determinada materia. El editor contestó que tendria sumo gusto en recibir un artículo *propio* de *un hombre bien nacido*. Pero por la mediacion de Macaulay á quien la parte herida expuso sus quejas, Mr. Napier explicó tan satisfactoriamente sus palabras, y cuán lejos de su ánimo habia estado inferir ofensa alguna, que á los pocos dias estaba apaciguado y se atrevió á pedir á Macaulay diez libras esterlinas que éste liberalmente le facilitó.

V.

Pero todos los disgustos que proporcionaron á Mr. Napier la falange de colaboradores y escritores que le suplicaban admitiese sus trabajos, son poco ménos que naderías cuando se

los compara con los provenientes de sus relaciones, como editor, con el *tremendo Harry Brougham*. ¿Cómo permanecer en relacion con semejante hombre? ¿cómo permanecer con él sin vínculo alguno? ¿cómo permanecer con él sin perder á Macaulay? Hé aquí tres problemas de difícil resolucion que dieron á Mr. Napier muchos ratos de ansiedad en los diez primeros años del desempeño de su árdua mision.

En efecto, nunca podia salir del nudo gordiano presentado por dichos escritores, pues no acababa de combinar las cosas sin deshacerse del uno ó del otro. Sin ellos la *Revista* hubiera sido intolerablemente insulsa, puesto que la abundancia de materias de peso á que el gusto severo de la redaccion y las tradiciones de la publicacion condenaban al editor, hubieran logrado hacerla descender á niveles inferiores á las públicas exigencias, tan luego como se hubiesen visto libres sus columnas de la energía, actividad y vida de los escritos de aquellos dos grandes hombres.

Extraño parecerá á la presente generacion que la retencion de los servicios prestados por Brougham fuese objeto de tanta monta para la importancia de la publicacion dirigida por Mr. Napier; pero téngase en cuenta que áun hoy dia la *Revista de Edimburgo* tiene necesidad de los caractéres que distinguián á aquella célebre pluma. Cualquier número atrasado que contenga alguno de esos artículos de Brougham que, segun él repetia, treinta y cinco años despues de la primera aparicion de la *Revista* forman la quinta parte del original que la constituye, no puede considerarse como libro tomado en los ratos de ocio para descansar ó sentir el placer consiguiente á toda lectura amena. Los escritos de este hombre, aunque constituyen para nosotros un monton, digámoslo así, de huesos descarnados, estuvieron, sin embargo, animados en su dia con su hálito especial de vida y en ellos podemos aún sentir las violentas, por no decir violentísimas pulsaciones de toda constitucion fuerte.

La mayoría hoy no descubre en ellos más que la enmohecida maquinaria en que se forjaban entre truenos y relámpagos los rayos del hoy desier to teatro y los harapiientos y apodados vestuarios en que se envolvía el gran actor; pero sus

contemporáneos sentían la excitación y pasiones propias del drama. Entonces no existía ninguna encarnación de fuerza, de esa fuerza tempestuosa, avasalladora, que caracterizaba á Brougham. Algunas veces se le llama hombre extraordinario, y no hay duda que la justicia de este epíteto está en la conciencia de todo el mundo.

Hacia el tiempo en que Mr. Napier llegó á ponerse en contacto con él, Mr. Brougham fué considerado como la primera palanca de la política inglesa. En efecto, no había orador parlamentario que hiciese temer más su oposición, y aún fuera del Parlamento, entre las masas populares no podía encontrarse héroe más entusiastamente reverenciado que nuestro escritor. Su espléndida oratoria en defensa de la reina Carolina puso el remate á su gran reputación, y la corona de su gloria fué enriquecida con preciosas joyas de filantrópicas hazañas y causas populares, dando no poco realce al todo la desmesurada libertad y crítica de sus enemigos.

Con todos estos elementos de grandeza que le pusieron en disposición de rendir incalculables beneficios al progreso, con todo este oro, decimos, se mezclaba no pequeña cantidad de esas sustancias ménos dignas de ser apreciadas que son propias de todos los hombres grandes, y en las cuales no hay que parar mientes por lo comun. Sin embargo, en Brougham eran de tal naturaleza, que el mundo debía necesariamente poner sus ojos en ellas. En efecto, la misma energía titánica que elevó la mayor parte de sus extraordinarias composiciones á la gloriosa cumbre en que las vemos, debía contribuir á no dejar envueltas en sombras las faltas de que adolecía.

Tuvo siempre pasión muy marcada por abultar el crédito de toda empresa en que de un modo ó de otro hubiese tomado alguna parte. Jamás dudó en sacrificar á un amigo cuando su amistad podía servir á las miras de su ambición, y no hubo intriga de que no se valiese para quitar de su camino los estorbos que pudieran oponerse á la resolución de sus planes.

Ningun sér humano hubiera podido alcanzar el conocimiento de las cosas que Brougham pretendía conocer; pero la extensión y variedad de su saber era, sin embargo, gigantesca y al propio tiempo nadie poseyó jamás mayor facultad para

disfrazar la ignorancia con el ropaje de su arrebatadora palabra.

En la época en que el eco de su fama resonaba, con justicia, por todos los ángulos de Inglaterra, pregonándolo autor de grandes reformas legales, jefe del movimiento en favor de la abolición de la esclavitud, patron indispensable de los proyectos para el desarrollo de la educación, sus colegas ministeriales se lamentaban de la desconfianza que á todos inspiraba el Lord Chancellor, mientras que un amigo suyo de buen carácter lo seguía por las calles de Lóndres y tenía la satisfacción de admirar, como raro fenómeno, la amenidad de su discurso, los infantiles caprichos de su arrogancia, sus sacudimientos de cabeza ante los dignatarios, su exagerada deferencia hácia los hombres de poca importancia, sus innumerables indiscreciones, sus absurdas afectaciones, y sobre todo la audacia de sus mentiras. Pero lo más notable de todo, es que en Lóndres no podía encontrarse hombre que simpatizase más con este carácter tan peculiar que el mismo Brougham. Era, en efecto, un temperamento de todo punto *extraordinario*.

VI.

Si hemos de comprender con claridad ciertos pasajes oscuros é intrincados de la vida de Mr. Napier, difíciles, á la verdad, de entender por las muchas personas que en ellos intervinieron y por los encontrados intereses que se cruzaban, no hay más remedio que acudir á la correspondencia del famoso editor. Apenas se han leído algunas de las cartas que forman la colección, no puede ménos de caerse en cuenta del especial carácter de la persona que las escribe, su espíritu dominador, su independencia, su desprecio de todo género de trabas, su indecible afición al trabajo ligada con pasmosa disposición y cierta facilidad innata é inexplicable para adelantarse á los que querían mortificarle y calumniarle, infundiéndole temor y cobardía.

Si alguna vez se ve el editor obligado á tratar en su correspondencia asuntos repugnantes, se vale, al hacerlo, de toques tan delicados y finos, que sólo un entendimiento penetrante y avezado á descifrar enigmas literarios puede caer en cuenta del asunto en cuestion.

Hay en la vida ocasion en que para el logro de nuestras pretensiones conduce más cierta apariencia de meticulosidad y cobardía, que nó la arrogancia y desmedida pretension. Este gran resorte de los negocios mundanos fué muchas veces utilizado por Napier con tal sagacidad, que en lugar de producir en el ánimo el desprecio que toda accion baja engendra en nosotros, hace al contrario que sus palabras revistan un colorido profundamente cómico y grandemente á propósito para excitar la hilaridad.

Los objetos en cuyo favor puso de relieve el aludido escritor en las columnas de la *Revista de Edimburgo* su despótica voluntad, fueron en sí mismos de escasísima importancia, y los resultados obtenidos hubieran dejado de tomar carácter trágico á haber tenido la suerte de salir airoso en todas sus empresas. Lo más que el déspota pudo llevar á cabo, fuera de de las contínuas luchas, ó, por decirlo así, del continuo jaque en que mantuvo al desdichado editor, fué arrancar de su lado á algunos colaboradores amigos de la publicacion, y más particularmente á Macaulay que con aquellos llegó á entregarse á velas desplegadas al loco frenesí que inspira la pasion de la ira, y que despues de trascurridos aquellos tiempos llega á convertirse en objeto de risa. Esto fué lo único que pudo permitirse al gran elemento de discordia, al Satanás de la *Revista de Edimburgo*; porque en Mr. Napier no pudo encontrar más que al hombre de firme voluntad que á todos aquellos indignos ataques supo poner la noble protesta de la mala interpretacion dada á sus palabras, así como la representacion de los racionales y bien intencionados motivos que inspiraban, para bien de todos, los deseos prácticos que tal polvareda levantarán.

Las derrotas, pues, no eran suficientes para aminorar la exuberancia de aquella gran vitalidad, y si vemos al gran hombre batido en un punto, le veremos correr á otro con el cora-

zon libre de ódios, con el alma tranquila y sin que jamás tornase los ojos al lugar en que sus enemigos cantaban sus triunfos.

Si alguno exigiera, por otra parte, pruebas inequívocas de la imperturbabilidad de espíritu de Mr. Broughan, las hallará en las cartas que dirigió á Mr. Napier, salpicadas á cada paso con chistes y gracias, bien ajenas, por cierto, de cualquier ánimo, ménos despreocupado que el suyo. Además de esto, y como si lo dicho no fuese bastante, el autor de la correspondencia se consagra con gran orgullo y desenfado á reseñar cuantas cuartillas llevó de ventaja á tal ó cuál célebre escritor en sólo una noche, las horas que más de una vez pasó con la pluma en la mano sin comer, sin dormir y sin darse punto de reposo; así como también los grandes hombres que en numerosas ocasiones recibió de las masas, y el mágico efecto que en éstas ejercía con su elocuente y eficazísima palabra. «Vine obligado, escribía en una ocasión, á ejercitar mi ingenio durante la última noche como no lo había hecho en muchos años, porque mi discurso había producido grandes rumores, y si en él había faltas no me quedaba motivo de consuelo y asunto ordinario en que dejar posar mi agitada imaginación. Cada sentencia contenía una figura ó un cuadro; de modo que pude notar que por hora y media había estado hablando en tropos y alusiones.»

Al mismo propósito merece mención muy especial el singular vigor con que demostró su mortal ódio al partido de los whigs, después que fuera despreciado y vendido por los jefes de dicha comunión política. «La honradez de mi conducta, dice arribando esta cuestión, para con los viles satélites del actual ministerio, ha sido tan grande, á pesar de haberme ellos correspondido con el *non plus ultra* de la ingratitud, de la baja y de la traición, que casi no encuentro razones con que acallar mi amor propio sublevado contra mi proceder. Una cosa, sin embargo, me consuela, y es que cada día doy en el Parlamento acometidas feroces á los secuaces de tan bajas ideas políticas.» — «Téngase en cuenta, dice en otro lugar, que no hay consuelo mayor para mí que el agigantarme á costa de aquellos que intentan poner sobre mi cuello la dura coyunda de la calumnia.»

El mayor triunfo de Brougham, y el que creía más asegurado consistió en concebir la brillante idea de publicar la noticia de su muerte como ocasionada por un accidente de un carruaje, permaneciendo oculto y leyendo á sus solas los comentarios de los periódicos.

La sensacion causada por semejante noticia pudo considerarse como un banquete dado á su vanidad, en el cual á grandes voces repitiera: «Una mentira, diariamente repetida, por dos ó tres periódicos de Lóndres y uno de Edimburgo, ha hecho caer en el lazo á todos los que, como vosotros, no se hartan de repetir que el pueblo de este país no se cuida más de mi humilde personalidad, y que mi inútil, indigna y mal empleada vida (este es vuestro lenguaje), habia terminado para todos los asuntos, tanto públicos como privados. ¿Es esto acaso cierto? Volved los ojos á la semana que acaba de trascurrir y despues hablad. En este mismo aposento podreis ver inmensas pilas de papeles de todo género, venidos de los diversos ángulos del mundo, entre los cuales hay algunos que repiten el *peccavi* del Rey Profeta por haberme atacado, mientras otros dan gracias al cielo por no haber sido nunca seducidos hácia semejante corriente de iniquidad por los agiotistas del Tesoro.»

«Tanto á unos como á otros no cesaré de advertir parenmientes en el riesgo que corren los hombres de partido cuando, deshaciéndose de su antiguo caudillo, lo desprecian tan sólo porque otro consigue arrancarle su investidura y presentarse con ella á los cándidos, que ni áun talento tienen para conocer la farsa.»

Como nuestros lectores podrán desde luego comprender, Mr. Brougham no dejó de declarar que la noticia de su muerte habia sido maligna invencion de sus enemigos para tener oportunidad de dar rienda suelta á su lengua, tanto al ocuparse de él como de Tomás Moore, poeta apellidado entónces *el Severo*.

VII.

No solamente en sus cartas privadas á Mr. Napier fué donde Brougham acostumbró á enaltecer sus proezas y virtudes, puesto que tambien en la *Revista de Edimburgo*, sin escrúpulos de ningun género, alude á sí mismo en términos que podrán apreciar nuestros lectores por el siguiente párrafo que ofrecemos como modelo: «De todos los signos portentosos de la época del presente ministerio, puede señalarse como el más formidable la casi unánime eleccion de Mr. Brougham para representante de Yorkshire. Este es seguramente el más extraordinario evento de la historia de los partidos políticos.»

Cuando él, por sí mismo, no podia darse semejantes bombos, tenia habilidad suficiente para hacer que otros se prestasen con mal simuladas indirectas á rendirle el servicio que él no creia prudente llevar directamente á cabo. Casi en los primeros tiempos en que tuvo comienzo su colaboracion en la *Revista*, las columnas de ésta le ofrecieron ocasion para venir á campaña con Macaulay, y poco tiempo despues de la referida eleccion, como representante por Yorkshire, escribió al editor acerca de su discurso sobre la esclavitud colonial, añadiendo que «T. Macaulay estaba á punto de preparar un artículo fundamental sobre dicha materia para el número siguiente de la *Revista*, deseando por lo tanto ser preferido por haber sido el primero en declararse contra ese falso derecho que mantiene á los hombres bajo el duro peso de la esclavitud.»

Cuando semejante noticia llegó á oidos de Macaulay, el cual, sea dicho de pasada, profundamente correspondia á la aversion de Brougham, replicó «que el triunfo obtenido por su antagonista en Yorkshire debió haber ejercido algun trastorno en su cerebro, rehusando en consecuencia la ejecucion del deseo por aquél manifestado,» porque, son sus palabras, «bastante ocasion tenemos en las columnas de la *Revista*

para pavonearnos y adularnos mutuamente; y gusto de mal género sería ceder ante tales exigencias cuando se trata de hombres que intentan romper los lazos que impone una empresa literaria.»

Si seguimos estudiando la conducta de estos dos redactores, á poco del encuentro de que acabamos de hacer mérito, los encontraremos de nuevo batiéndose en la brecha con desusado encarnizamiento. En efecto, á Macaulay se habia encomendado un artículo acerca de la revolucion francesa de Julio, y ya tocaba á su fin el trabajo cuando Brougham, inesperadamente, reclamó para su pluma aquel asunto.» Debo suplicar á la redaccion, escribió con este motivo, que, ó se proporcionen á Macaulay mis ideas sobre la revolucion para que sin apartarse de ellas cumpla su cometido, ó, por el contrario, se le retire la órden dada. La razon que para ello tengo es que todo el movimiento de la siguiente sesion del Parlamento gira sobre ese eje, y no puedo permitir que dentro ó fuera de aquel recinto hable nadie que no sea yo sobre dicha materia.»

Los lectores de la biografía de Mr. Trevelyan sabrán sin duda la indignacion con que fué recibida por Macaulay aquella contra-órden dictada «por la persona á quien, entre todas las del mundo, se sentia ménos inclinado á complacer,» y tampoco ignorarán cuán inmediatamente influyó para privar á la *Revista* de hombre tan eminente.

VIII.

En efecto, Macaulay declaró formalmente que no volveria á entregar ningun escrito á la redaccion; pero el exquisito tacto de Mr. Napier pudo persuadirle que desistiese de su intento, y los anales de aquella célebre publicacion no registraron despues ningun nuevo choque entre estos dos grandes rivales. Brougham quedó en pacífica posesion de la política contemporánea; y, afortunadamente para su fama y para beneficio

de sus lectores, Macaulay buscó nuevos campos en que dar rienda suelta á los bríos de su inagotable ingenio.

Aunque en adelante no volvieron á cruzarse los senderos por ambos recorridos, no por eso el buzón de la redacción dejó de poner en manos del célebre editor cartas particulares y de confianza en que desembozadamente expresaban ambos á dos sus opiniones acerca de los escritos que uno y otro publicaban. Escasa es la acrimonia comparativa que revelan los comentarios de Macaulay sobre los artículos de Brougham. A nuestro humilde juicio no son más que verdades amargas punzantemente expresadas, ó juicios del enemigo que, confiado en su propia superioridad, no se indigna, sino que, friamente, ataca.

Al fijarse en los *Caractéres* de Brougham acerca de los hombres públicos del tiempo de Jorge III no deja de reconocer el *gran mérito* del trabajo; «siendo, en efecto, dice, modelos de escritos propios de una revista en contraposición á los trabajos que distinguen á otras producciones.» En mi opinión, añade, no pasarán, sin embargo, á la posteridad, puesto que no merece tal honor lo exagerado, lo incorrecto, lo superficial...» «Por otra parte, escribe más abajo, esos artículos tienen un estilo que, aunque á primera vista excitan la curiosidad por su animación, con todo no merecen se fije en ellos dos veces la mirada, de suerte que una vez caída de las manos la *Revista*, nadie se inclinará á recogerla, porque hoy el público desea se le presenten escenas grandes en hermosos cuadros que *ese hombre* no sabe ni aún bosquejar sino superficialmente, y de tal manera, que no hay duda han de agradar á lectores que, sin saber penetrar en el fondo de las cosas, gustan sólo de hermosas apariencias; á lectores, repito, que no se encuentran entre los que forman las grandes listas de suscripciones de esa publicación.»

En otra carta Macaulay se mofa á sus anchas de las pretensiones de génio universal manifestadas por su antagonista. «Brougham, dice, hace una cosa bien, dos ó tres con indiferencia, y ciento detestablemente. Sus discursos parlamentarios, son admirables, los forenses pobrísimos, y sus escritos periodísticos, á lo más merecen el dictado de trabajo de segundo orden.

Por lo que á su *Hidrostatica* atañe, así como su *Filosofía política*, sus *Juicios* y sus *Traducciones griegas* ni merecen los honores del desprecio.»

La crítica de Brougham acerca de los trabajos de Macaulay es mucho más templada y no carece de peso. Podemos decir con frase algun tanto gráfica que contiene un grano de verdad por cada fanega de malicia. Pero esta malicia está informada por cierta odiosidad personal que raya en locura por su vehemencia, siendo por lo tanto más fecunda en placeres para el lector. El ensayo de Macaulay sobre Sir William Tiuple es para él un eserito excelente, pero para que el papel en que se halla «pueda ser levantado de la mesa se necesita toda una máquina.»

«Ha empleado, añade, más papel para delinear tres caracteres de escasa importancia que el empleado por mí para bosquejar diez de los mayores personajes del mundo. Deseo le eche usted una indirecta sobre el particular, de suerte que entienda que no somos tontos, y comprenda que no ignoramos tiene sus *alforjas faltas de mendrugos*.»

En el ensayo sobre Bacon, descubrió Brougham una falta algo más grave, y trabajó para que su adversario apurase toda la amargura de la verdad que delataba. «El trabajo sobre Bacon es, como decir, maravilloso y puede considerarse como parto de un gran ingenio.

No olvide Vd., sin embargo, que mayores dislates que los contenidos en la filosofía inductiva no se pueden ni soñar. El pobre hombre no conoce siquiera un palmo del terreno que pisa... Ni posee un ápice de la ciencia, ni puede formar un silogismo. Sus contemporáneos de Cambridge solian repetir que jamás pudo concebir qué cosa fuese argumentacion, lo cual, como Vd. concibe, *está fuera de razon*, tratándose de un *filósofo* que jamás ha oido hablar del tratado de Gilbert, para discutir sobre la originalidad de Bacon, á saber, para disparatar sobre Bacon, de un filósofo que no ha leído el *silva silvarm* (sobre los mejunges necesarios para romper huesos), de un filósofo que da corridas por el campo de su especulacion (ó como Vd. quiera llamar á ese que no sé si siquiera merece el dictado de trabajo) sin hacer la más ligera indicacion

del notorio error de Bacon, al poner en práctica sus reglas, y sin dar, en fin, la más lijera muestra de conocer que Sir I. Newton fué filósofo experimental.»

Estas palabras parecerán elogios cuando se las compare con la innumerable série de vituperios lanzados por Brougham al ocuparse del ensayo de Macaulay sobre Clive. «No tengo corazon para decir una palabra sobre las materias que consti- tuyen el último número de la *Revista*, porque en ella encuen- tro uno que absorbe todos los aceros de mis fuerzas, para sacar de mi pecho toda la execracion de que puede ser capaz y lanzarla sobre la moral política de Macaulay. A mis ojos la defensa de Clive y el audaz terreno por donde penetra el es- critor no tiene nombre. Es asunto muy sério y escabroso. Un hombre puede cambiar el sentido de las palabras, pero jamás puede decirse lo que tengo á la vista. ¿Cómo, ni en qué tiem- pos será lícito á un escritor defender ante el público crímenes tan atroces? ¡Santos cielos! ¿A dónde iremos á parar por esa pendiente! ¿Qué horrores no podrán disculparse de esa ma- nera? ¿Conque cualquier rufian que se empeñe en ensangren- tar la tierra haciendo correr por ella la sangre del inocente, merecerá elogios tan sólo porque el dios éxito lo arrastre al triunfo? ¡Ay! Yo os aseguro que si Macaulay hubiera tenido delante de los ojos *los sentimientos morales* de Adam Smitt, hubiera temblado ántes de escribir lo que los necios Empsous, entre quienes pasa la vida, admiran tan sólo porque se les propinan en sentencias semejantes detestables desatinos. ¡Bien se conoce que ese señor desconoce por completo el consuelo que disfruta el escritor que se entrega al descanso, ó muere despues de emplear cuarenta años en escribir, y treinta y cinco en hablar, sin haber dicho ó escrito nunca una palabra que no tendiese á aumentar el nivel de la corriente de las virtudes públicas!»

IX.

Despues de leer las cártas de Brougham á Mr. Napier, tan impregnadas de la vehemencia del génio, dictadas por tal exu-

berancia de doctrina y franqueza, tan faltas de mezquinas reservas y escrúpulos, tan transparentes, cuando más evasivas deberían ser, se concibirá por qué fué tan inexpresivamente fascinadora su amistad con lord Sefton.

Así mismo podrá darse cuenta el lector de que lo que no pasaba de entretenimiento para los suscritores de la *Revista*, debió ser muy desagradable para las personas que les proporcionaban tales diversiones. «Emprou, escribe Macaulay al zarrandeado editor, en 1838, me ha insinuado que Brougham es vuestra plaga. En verdad, que ese hombre es un diablo escapado del infierno.»

Brougham era en efecto la plaga de Mr. Napier, y para empeorar la situación los *leaders* del partido whig con todos sus secuaces, gritaban contra la protección que se le dispensaba en la *Revista*, al propio tiempo que Brougham suplicaba al editor se emancipase de la servidumbre impuesta por tan *vil gavilla*, amenazándole publicar un periódico rival, y dejando llover sobre la redacción resmas enteras en que se profetizaba la próxima ruina del periódico, tan luego como éste pusiese sus columnas á disposición de un partido. No se olvide que estas palabras son del hombre que, cuando era Lord Chancellor, no dejaba de importunar á Mr. Napier, insistiendo en que todos los artículos políticos de la publicación en cuestión habían de llevar su propia firma.

Por sabido se calla que las cartas de Mr. Napier en contestación á tantos cambios de pareceres revelan la desesperación de su ánimo.

Penosa obra fué fundar la *Revista de Edimburgo*; pero nuestros lectores habrán comprendido cuánto más lo fué salvarla del naufragio, cuando en los días de su prosperidad se vió asaltada por olas tan potentes.

WILLIAM MINTO.



CRÓNICA POLÍTICA.

INTERIOR.

EXTRAORDINARIAMENTE difícil!, ya que no imposible, sería explicar de un modo satisfactorio las causas que produjeron la última crisis ministerial que terminó con la caída del Gabinete presidido por el Sr. Martínez Campos, y la formación de un nuevo ministerio Cánovas-Romero. Pero, aún dado que la cosa no tuviera nada de imposible ni de difícil, parécenos que, recordando las declaraciones hechas en ambos Cuerpos Colegisladores por los individuos pertenecientes á uno y otro Gabinete, podrá formarse un juicio más aproximado acerca de este importantísimo suceso.

El Sr. Cánovas del Castillo, al presentarse con sus compañeros de Ministerio en el Senado, dió, de un modo bastante seco, ligeras explicaciones acerca de la crisis:

«Señores senadores: Dificultades nacidas de la redacción de ciertas importantes medidas legislativas, y la situación en que estas mismas dificultades tenían al Ministerio anterior, han producido una crisis y la retirada de aquel Ministerio, que ha sido sustituido, según la voluntad de S. M. el rey, por el

que en este instante ocupa este banco. Obligado por mi deber para con la corona, no solamente como súbdito leal y como diputado de la nacion, sino como persona que figura en uno de nuestros partidos políticos, no he podido ménos de acudir al llamamiento real, de responder á la confianza de S. M., y de volver á tomar, bien á pesar mio por cierto, las riendas del poder.»

«Habian nacido ciertas dificultades, como, despues de todo, nacen respecto á todos los proyectos de ley de grande importancia. Pero lo que yo puedo decir es que esas dificultades, cualesquiera que ellas fueran, y tal como han llegado á mi conocimiento, en realidad no constituian diferencias de aquellas que forman los partidos, que los dividen, que los clasifican, sino de aquellas que pueden surgir lo mismo en el seno de cualquier partido más ó ménos avanzado, porque eran diferencias puramente administrativas. Por lo tanto, ni áun las diferencias á que aludo han tenido carácter político, porque no podian tenerlo; siendo de las que pueden y suelen nacer dentro de Gobiernos de un mismo color político; siendo de las que pueden resolverse de idéntica manera por las personas que profesan los principios políticos de aquel Gobierno; cuestiones administrativas, puramente técnicas, puramente de administracion.»

Al reanudarse la sesion, despues de dos horas invertidas en presentarse el nuevo Gabinete en la Cámara popular, causó grande emocion, aunque no sorpresa, el ver al general Martinez Campos tomar asiento frente por frente del Gobierno.

El general Pavía, ministro de Marina con el Sr. Martinez Campos, hizo en términos muy discretos y con una modestia que le valió las simpatías de todo el auditorio, el siguiente relato de los incidentes de la crisis:

«Los señores senadores no ignorarán que uno de los principales trabajos que llevaba á efecto el anterior Ministerio eran los proyectos de ley económicos de la isla de Cuba. El señor ministro de Ultramar los había formulado, y hacia tres ó cuatro dias que estaba sobre la mesa del Consejo el proyecto de tributacion, el cual, todos los ministros, con distincion únicamente de uno sólo, le aceptaron en principio, si bien dije-

ron que procedia admitir las enmiendas ó modificaciones que se hicieran en el curso de la discusion.

»En este estado se hallaban las cosas, cuando en la tarde del 7 del corriente se reunió de nuevo el Consejo, y el ministro disidente manifestó su expresa y terminante voluntad de presentar su dimision. Le siguió otro ministro, ligado al anterior por vínculos políticos, si bien manifestó que aceptaba el proyecto en principio, mediante las modificaciones que se hicieran en el curso de la discusion. Tres de ellos, y con el de Ultramar cuatro, aceptaron el proyecto presentado, y el ministro que restaba, que era el que llevaba la política del Gobierno y tenia la direccion de la mayoría del Gabinete, dijo que sin embargo de aceptar en principio el proyecto, veia que habiendo hecho dimision dos miembros del Gabinete, cuya importancia política era marcada, estaba rota la conciliacion; que él presentaba su dimision, fundándola, además, en que, segun presumia, el Gabinete no tenia mayoría en la Cámara popular.»

El general Martinez Campos se quejó de algunas omisiones hechas por el Sr. Cánovas en la historia de la crisis:

«Cuando he llegado al Senado, he sabido que el señor presidente del Consejo habia explicado la crisis. Por lo que acaba de referir el general Sr. Pavía y Pavía, el Senado habrá comprendido que cuando ménos hizo alguna omision el señor presidente del Consejo de ministros, lo cuál no es extraño, porque no estaba presente en el Consejo en que se produjo la crisis; pero parecia natural que mis dos antiguos compañeros que se sientan en aquel banco (*Señalando al de los señores ministros*) se lo hubieran dicho.

»Ha habido consulta constante sobre ellas y vaguedades en la discusion, sin que se haya expuesto una razon séria, fundamental, enfrente de otra, por el señor ministro de Hacienda, que no ha podido decir por qué eran buenas ó malas, sino que las rechazaba en principio, porque de esas reformas se sacaba el corolario del cabotaje; y el ministro de Fomento siguió á S. S., á pesar de que estaba conforme con los demás. Pudo más la amistad personal ó la consecuencia política, que el principio de justicia. (*Aplausos.*)

El señor presidente llama al orden.—Pide la palabra el señor ministro de Estado.)

»Ha dicho el Sr. Cuesta: «¿Por qué no se presenta el señor Martinez Campos? ¿Porque no tiene valor para arrostrar la situación?» Sr. Cuesta, cuando falta el ministro de la Gobernacion, no se puede presentar el presidente del Consejo, y doblemente cuando habia los antecedentes que existian ya, mucho más despues de una dimision infundada, de una dimision que nó hace un hombre político de su altura; despues de tantísimas consideraciones, y algo más que consideraciones, que ha tenido el general Martinez Campos siendo presidente del Consejo, ántes de dejarse arrebatat, el hombre político de su edad y de su altura debe examinar con calma la cuestion y no hacer dimision sin venir á preguntar siquiera al jefe del Gobierno lo que estimara oportuno. Sentado esto, yo no podia tener confianza en lo sucesivo, y desde el momento en que el ministro de la Gobernacion desconfiaba de tener la mayoría y pasaban sucesos como los que pasaban, que públicos son, yo no debia acudir á la mayoría, no podia llevar á las Córtes el proyecto, y ante esas circunstancias, yo me retiré y dije en el Consejo que si se hubieran quedado nada más que el ministro de Ultramar para sostener el proyecto, y el ministro de la Gobernacion para ir á las Córtes, yo me hubiera presentado con aquellos proyectos en las Córtes; porque respecto á la crisis del señor marqués de Orovio, tenia ya pensado el modo de resolverla, y tal vez la del señor ministro de Fomento la hubiera resuelto lo mismo; pero como yo no me podia presentar á las Córtes sin ministro de la Gobernacion, y yo no podia buscar un ministro de la Gobernacion en esa mayoría que se me iba; como por venganza yo no podia venir á buscar en las oposiciones un ministro de la Gobernacion, mi salida del ministerio estaba justificada; me obligaban á ello las circunstancias.»

El señor conde de Toreno, ministro de Fomento en el ministerio Martinez Campos y hoy ministro de Estado en el ministerio Cánovas - Romero, hizo las siguientes manifestaciones:

«El proyecto de tributacion de la isla de Cuba se presentó

el día 4 de este mes por la noche en una sesión del Consejo de ministros: se leyó el proyecto, anunciando que era una primera lectura, que había de estudiar con objeto de luego formular un proyecto que pudiera ser aceptado por todos los individuos del Gabinete y por los más importantes de las mayorías de las Cámaras, á fin de llegar á un feliz resultado; la impresión no fué desagradable. No se encontraba presente en aquel Consejo el señor ministro de Hacienda, tan necesario en aquellos momentos, porque era el ponente en el asunto, por estar relacionado con los de su departamento: el señor ministro de Hacienda no había recibido la cita para concurrir, y se acordó que del asunto se seguiría tratando en el Consejo inmediato, que debía tener lugar el día 5.

»Llegó el día 7, día en que se trató á fondo la cuestión. El señor ministro de Hacienda expuso su opinión y declaró que, en su concepto, aquel proyecto no respondía á los pensamientos que debían dominar en este asunto, y que el Tesoro de la Península podía resultar perjudicado, y el presupuesto de Cuba indotado. Se discutió en globo el asunto; hubieron de reclamarse algunos antecedentes, y el señor presidente del Consejo dijo que entendía que el asunto debía resolverse inmediatamente: entónces fué cuando el señor ministro de Hacienda, por las razones que dió oportunamente, manifestó que no estaba dispuesto á continuar en el Gabinete.»

El general Martínez Campos dijo, rectificando los conceptos del señor conde de Toreno:

«No ha hecho el señor conde de Toreno sino un relato un poco más extenso de lo que pasó en el Consejo de ministros. Pero dos equivocaciones pequeñas ha padecido, á mi juicio, y son: que el proyecto no se presentó por primera vez el día 4, sino que se presentó el día 27 del mes anterior. Hubo sus conferencias y sus dificultades, recuérdelo bien S. S.: y esta es la primera equivocación. Que pudo haberle pedido entónces el señor ministro de Hacienda; que luego lo ha tenido veinticuatro horas en su poder, y que además yo no había querido someter el proyecto á votación porque no habíamos empezado á discutir artículo por artículo. Lo que queríamos era precisamente ir discutiendo artículo por artículo, y el se-

ñor ministro de Hacienda se opuso á ello. Esta es la otra equivocacion.»

Como el señor conde de Toreno manifestara que si entró en el Gabinete de Marzo fué obedeciendo únicamente á los ruegos del Sr. Cánovas, el Sr. Martinez Campos replicó nuevamente y dijo:

«Respecto al tiempo que el señor conde de Toreno me ha favorecido estando en mi ministerio, yo le doy las gracias; reconozco que ha cumplido perfectamente con lo que si yo pudiera venir á calificar, lo calificaria; y que efectivamente, cuando la dimision del Sr. Cánovas tambien presentó la suya por esa época, si no recuerdo mal.

»Que yo he sido acerbo en mi tono. Podré haber tenido un tono acerbo, no lo dudo; pero dispéñseme S. S. que le diga que la cortesía exige que hiciera conmigo lo mismo que hizo con el Sr. Cánovas.»

El Sr. Orovio, ministro de Hacienda en ambos Gabinetes, explicó tambien su actitud durante la crisis:

«Se presentó un proyecto de ley al Consejo de ministros y se leyó por primera vez; se dió de él segunda lectura en otro, á que no asistí por falta de citacion, y en otro Consejo se discutió. Esta materia es grave y exige más meditacion que una, dos ó tres lecturas. Esta materia exige un estudio detenido y meditado. No entro, pues, señores, á demostrar aquí que el llevar á paso de carga algunas cosas no puede conducir jamás á resolver bien las cuestiones. Así como los asuntos meditados detenidamente han dado siempre buenos resultados, así, por el contrario, cuando en ciertas materias, sin la meditacion suficiente se han llevado á cabo determinadas reformas, han dado malos frutos y lo han sentido las naciones como uno de sus mayores males.

»Se hablaba tambien del cabotaje como corolario y como consecuencia de este proyecto.

»A mi juicio no debia aprobar el cabotaje, y esta opinion se la habia expuesto ya al señor presidente del Consejo de ministros hacia mucho tiempo. Mi disidencia, pues, venia de largo tiempo establecida. Yo no podia hacer de esto una cuestion de esas que se llaman políticas, aunque la cuestion

en sí encerrara el más alto interés político, porque el más alto interés político está en las cosas que vengo exponiendo al Senado. No he inventado yo mi disidencia en ese Consejo de ministros en que se verificó la crisis, toda vez que mi disidencia consistía en no estar conforme con la extensión que á esas medidas se les quería dar.

»Esta divergencia no podía ménos de ejercer influencia en donde debia ejercerla, en el Consejo de ministros. El señor presidente del Consejo lo ha dicho: las crisis se hacen en los Consejos y se explican en el Parlamento. Las crisis, cuando vienen por disidencia en un punto importante de la administración ó de la política del Gobierno, se tratan en el Gabinete, y cuando no hay acuerdo y concordia, el Gabinete presenta su dimision: yo ofrecí la mia el primero. Si el Sr. Martinez Campos no ha querido formar otro Gabinete, no tengo yo la culpa; S. S. habrá tenido para ello otros motivos. Yo expresé mi opinion sobre el asunto, y al ver que discordaba de la de mis compañeros, desde luego presenté mi dimision, y entónces cada ministro fué diciendo lo que creyó conveniente.»

El señor duque de Tetuan, ministro de Estado con Martinez Campos, dijo que, si el señor ministro de Hacienda presentó su dimision, seria por razones particulares, pero no por lo que habia declarado en la Cámara:

«El señor marqués de Orovio, dijo, sabe que no una, sino repetidas veces, y con el buen deseo de ver si se podia evitar la disidencia, le invitamos á que se enterase del articulado, y S. S. declaró que lo consideraba completamente inútil, toda vez que por el estudio que habia hecho del proyecto en las veinticuatro horas que lo habia tenido en su poder, y á pesar de los apuntes y enmiendas que habia creido conveniente proponer habia, adquirido la conviccion profunda de que era absolutamente inaceptable. A mí me extraña que S. S., despues de esta declaracion, se queje hoy de que nosotros hubiéramos querido obligarle á proceder con una rapidez que, como S. S. sabe bien, de ninguna manera estaba en nuestro ánimo, y mucho ménos en el de nuestro digno presidente del Consejo, quien sólo deseaba que resolviéramos en principio acerca del particular, pero no sobre el articulado, que exigia necesariamente un es-

rudio mucho más profundo y detenido, y respecto al cual todos más ó ménos hicimos reservas hasta que llegara el día de su discusión.

»Después de esto, cúpleme rectificar otro particular importantísimo, del que sin duda tan sólo un olvido de S. S. ha podido hacer que no lo trajese á discusión. Su señoría ha atacado aquel proyecto, entre otras cosas, porque decía que vendría á ser un pacto con la isla de Cuba. Yo tengo la seguridad de que si el señor marqués de Orovio, que lucha en el Parlamento con armas de buena ley, hubiera recordado que precisamente para desvirtuar esos efectos, y por otras razones, se había acordado un artículo adicional, no habría dirigido ese cargo.»

Creemos estar en lo cierto al suponer que con las citas que acabamos de hacer, puede comprenderse toda la gravedad de la crisis suscitada al general Martínez Campos.

El presidente de la Cámara se vio en la necesidad de suspender la sesión por algunas excepciones, abandonando el salón. Algunos de sus dignos pasaron á los escalones de la tribuna. Las minorías continuaron en su puesto y se entablaron diálogos á voz en grito, escuchándose varios vivas seguidos de otros aplausos.

En el mismo día, después de exponer el Gobierno en el Congreso su programa, el diputado constitucional Sr. Linares Rivas, á quien en la última sesión suspendió en el uso de la palabra el trascurso de las horas de reglamento, intentó continuar su interrumpida interpelación.

El presidente del Consejo le manifestó que si era su ánimo interpelar al Gobierno, podía aplazar este deseo, pues se veía obligado á marchar al Senado, donde había dejado pendiente otra interpelación, para cumplir el deber de cortesía de presentarse al Congreso.

El Sr. Linares Rivas tenía el derecho de continuar hablando para sostener una proposición eminentemente política, que la crisis no había alterado en nada después de haber declarado el presidente del Consejo que continuaba la política del Gabinete anterior. Hizo todo lo imaginable para conven-

cer con estas razones al Sr. Cánovas el referido diputado; pero fué inútil: aquél no accedió por un sólo momento, dando lugar la peticion y la negativa á un animado debate entre los Sres. Cánovas y Linares.

El presidente del Consejo, firme en su resolucion, cortó el debate cogiendo el sombrero y saliendo con ademán airado del salon, seguido al poco rato, y al parecer de muy mala gana, de todos los individuos del nuevo Gabinete.

Entónces comenzó un horrible tumulto. El Sr. Ayala tocaba la campanilla á rebato y pedia en voz baja guardia de órden público para desalojar las tribunas. Las voces eran tales, que nadie podia entenderse, y sólo se oian gritos y rumores y exclamaciones cada vez más acentuados.

El Sr. Ayala se puso de pié.

Los diputados continuaron sus voces, y las tribunas contribuian al ruido general, haciendo más horrible aquel espantoso tumulto.

El presidente de la Cámara se vió en la necesidad de cubrirse, y la mayoría, con algunas excepciones, abandonó el salon. Algunos de sus diputados pasaron á los escaños de la izquierda. Las minorías continuaron en su puesto y se entablaron diálogos á voz en grito, escuchándose varios vivas seguidos de atronadores aplausos.

Nunca, en los cincuenta años que cuenta entre nosotros de existencia el sistema representativo, se ha visto nada semejante.

Las tribunas fueron desalojadas por los guardias de órden público. Sólo la fuerza pudo hacer abandonar sus asientos á los espectadores de aquella escena.

Las minorías continuaban en el salon, que sólo abandonaron para reunirse en sesion secreta, y en la puerta del Congreso se constituyeron animados grupos.

Congregadas las oposiciones en el salon de presupuestos del Congreso, expusieron allí los agravios recibidos y acordaron no volver á entrar en la Cámara, si el Sr. Cánovas no daba una satisfaccion categórica. Extraordinariamente grave es este acuerdo, toda vez que lo toman moderados, demócratas, constitucionales y centralistas, asegurándose además que seguirán igual conducta las minorías del Senado.

La reunion, compuesta de unos setenta diputados y presidida por el Sr. Gonzalez (D. Venancio), acordó por unanimidad nombrar una comision, compuesta de los Sres. Sagasta, Romero Ortiz, Alonso Martinez, general Cassola, Castelar, Martos, Vega Armijo, Diaz, general Sanz y Labra. Dicha comision se reunió con objeto de deliberar sobre los términos más oportunos para pedir las satisfacciones que exigen las minorías al presidente del Consejo.

Conferenció acto continuo con el presidente de la Cámara, que satisfizo los deseos de la misma, manifestándoles que pondria en conocimiento del jefe del Gobierno el acuerdo de las minorías. Las negociaciones entabladas por el Sr. Ayala no dieron resultado. El Sr. Cánovas no queria dar reparacion alguna en los términos en que se le pedia. Rotas las negociaciones, la abstencion del Parlamento continúa, y queda luego confirmada en una reunion tan solemne como importante.

De descalabro en descalabro ha ido el Sr. Cánovas desde el momento mismo en que juró el cargo de presidente del Consejo: primero tiene la desgracia de que se le suscite el debate del Senado; despues de que se le debilite con el debate del Congreso, y por último, de que haya comenzado una desbandada en su partido que amenaza con disolverlo totalmente. Verdad es que obtuvo *doscientos votos* en el Congreso al plantear la mayoría la cuestion de confianza; pero el *único voto* en contra formulado por el Sr. Posada Herrera (toda vez que las oposiciones no intervinieron en el incidente); las abstenciones de los Sres. Silvela, Albacete y Auriolos, ministros en el anterior Gabinete, y otras abstenciones de consejeros de Estado unas y otras de diputados de la mayoría, que no bajarían de cuarenta; unido todo esto á lo que habia pasado en el Senado, denota que el Gobierno, falto completamente de simpatías y de apoyo, ha de verse obligado fatalmente á seguir esa política funesta y desastrosa, precursora siempre de grandes desengaños, y que se llama política de resistencia.

Indudablemente el Sr. Cánovas del Castillo al procurar en provecho propio la caida del Ministerio Martinez Campos, ha cometido el más grave y trascendental de todos sus errores políticos!

EXTERIOR.

En Francia, el Ministerio continúa luchando hasta ahora con las serias dificultades que por todas partes se le suscitan, y parece poco seguro de sí mismo y como penetrado de la corta existencia que sus desaciertos le tienen deparada. El presidente del Consejo, Mr. Waddington, creyó en extremo conveniente el hacer que se conociesen en la Cámara todas las opiniones, evitando de este modo que adquiriesen mayor incremento un sin fin de quejas nunca bastante bien formadas, y se lanzasen á los vientos de la publicidad, diferentes programas llenos de oscuras é inútiles declamaciones. Inicióse una interpelacion por los Sres. Brisson y Floquet y tomaron parte en el debate, el presidente del Consejo y los ministros de Hacienda y de lo Interior. Mr. Devés en nombre de la izquierda republicana ménos avanzada y adicta al gabinete, presentó una órden del dia, añadida en los siguientes términos:

«La Cámara, despues de haber oido al Gabinete en sus declaraciones; persuadida de que está firmemente resuelto á hacer respetar al gobierno de la república; confiada en el vigor con que separará los empleos públicos á los funcionarios hostiles á nuestras instituciones, pasa á la órden del dia.»

Mr. Allain Targé, en nombre de la union republicana, presentó otra órden del dia, rechazada por el Ministerio, que decia así:

«La Cámara, expresando el deseo de que el Gabinete asegure en adelante la marcha regular del régimen republicano separando de los cargos públicos á los agentes comprometidos bajo los sistemas precedentes, oponiendo una resistencia enérgica á las invasiones del cleriscalismo y tomando la iniciativa de las grandes reformas que el país aguarda, especialmente en lo que se refiere al órden judicial, pasa á la órden del dia.»

La lucha, sin embargo, fué poco animada, y todo terminó con una victoria obtenida por el Gobierno, simbolizada por

una óden del dia favorable y que á nada podia comprometerle.

La votacion de la órden del dia presentada por Mr. Devés obtuvo 221 en pro y 97 en contra, habiendo más de 200 abstenciones. Semejante resultado no es una verdadera garantía de vida para el ministerio. La victoria alcanzada en esta sesion tiene escasa importancia, toda vez que la mayoría que votó la órden del dia no representa ni siquiera la mitad de la Cámara; además, las doscientas y tantas abstenciones sólo significan una suspension de hostilidades hasta que se reanuden las sesiones dentro de un mes. Agréguese á esto la significacion que pueda tener la dimision presentada por el ministro de la Justicia, Mr. Le Royer, que deja en el Gabinete un vacío que es preciso llenar, y para llenarle, hay que escojer, hay que decidirse por una línea de política determinada. Puede, pues, asegurarse que despues de este verdadero embrollo, no se ha adelantado nada, y que la cuestion de la influencia de la integridad ó de la reconstitucion del Ministerio continúa casi en el mismo estado que al comenzar la sesion de 4 del actual.

El Gobierno ruso, vivamente preocupado con los manejos nihilistas, parece abandonar por un momento las complicaciones exteriores, que carecen de un interés inmediato. El atentado del dia 1.º contra el czar, y de que afortunadamente salió ileso, ha vuelto á llamar la atencion hácia los manejos del nihilismo. El emperador ha experimentado una viva y profunda impresion, y ha hablado nuevamente de perseguir á la revolucion y de dar mayor impulso á la educacion religiosa y moral. Todo esto está perfectamente. Pero el Gobierno lleva ya algun tiempo haciendo todo cuanto puede, extremando la vigilancia y los castigos, y recurriendo á los procedimientos militares,—¿y qué ha logrado con semejantes medidas? Estos procedimientos no han evitado el que los asesinos preparen

una mina, una especie de máquina infernal colocada bajo la línea férrea por donde debía pasar el tren especial que conducía al emperador. El partido revolucionario continúa burlando la vigilancia de la policía y prosigue sin interrupción su tarea demoledora, sosteniendo una terrible lucha en que el homicidio es un medio aceptado y patrocinado por los enemigos del Gobierno.

Rusia se halla, pues, en una situación verdaderamente complicada y penosa, y tanto más grave, cuanto que la elección de una política ménos insoportable es de día en día más y más difícil. Lo que está fuera de duda es que las medidas de represión adoptadas hasta ahora han sido de todo punto ineficaces; lo que no se oculta á nadie es que el espíritu de reforma ha tomado en el imperio un incremento extraordinario, y el Gobierno no puede creerse en el caso de desoir ciertas exigencias; el Gobierno tendrá que acabar por reconocer la necesidad de refundir y rejuvenecer esa antigua organización administrativa de la autocracia sobre la cual ha descansado hasta ahora el imperio de los czars. En Rusia, como en todas partes, aún cuando bajo otra forma y en otras condiciones diferentes, existe una violenta lucha entre el espíritu revolucionario y el espíritu de reforma. Estrechado por todas partes, el Gobierno no tiene más remedio que buscar nueva fuerza en una política de serias y eficaces reformas, si es que el instinto de conservación le permite comprender que este es el único medio de destruir de una vez para siempre todo gérmen de violentos trastornos.

Hé aquí, según el *Daily-News*, la proclama publicada por el comité revolucionario el día mismo en que el czar volvió á San Petersburgo:

"El día 1.º de este mes, por orden del comité ejecutivo, se ha atentado á la vida de Alejandro II en la línea de Moscou á Kursh, empleando para ello una mina. No nos conviene dar á conocer por el momento las causas que han hecho fracasar el plan. Estamos convencidos de que nuestros agentes y nuestro partido no desmayarán ante tal contratiempo, y ántes bien éste les hará ser más prudentes en lo porvenir.

"Alejandro II es el usurpador de los derechos de la nación, el principal scs-

tenedor de la reaccion, el primer autor de los asesinatos jurídicos. Quince ejecuciones pesan sobre su conciencia.

“Centenares de desgraciados claman venganza. Merece la muerte por la mucha sangre que ha vertido, por los muchos tormentos que ha ordenado. Merece la muerte; pero no es él el único con quien hemos de entendernos. Aspiramos al bien de la nacion. Nuestra mision es emancipar al pueblo y hacerlo dueño de sus destinos.

“Si Alejandro II quiere reconocer la desgracia que aflige á Rusia, lo injusto y criminal de la opresion que sobre ella pesa; si renuncia á la autoridad que ejerce y la entrega á una Asamblea libremente elegida por el sufragio universal, entónces solamente dejaremos tranquilo á Alejandro II, perdonándole las ofensas que de él hemos recibido.

“Hasta tanto, hasta que sobre las ruinas del despotismo flote el estandarte de la libertad, y la voluntad nacional sea la ley de Rusia, mientras conservemos una sola gota de sangre en las venas, sostendremos una lucha implacable.

“Invocamos todos los intereses rusos para que nos auxilien en esta lucha; que no es poco sostener todo el peso de las fuerzas del gobierno.

“El mal éxito del atentado del 1.º de Diciembre pone de manifiesto las dificultades que acompañan á cada uno de los episodios de la lucha.

“Tenemos necesidad del apoyo de todos para destruir el despotismo y devolver al pueblo sus derechos y su autoridad.

“Pedimos al pueblo el apoyo que no ha de faltarnos.”





IDEAL POLÍTICO

DE

LA RAZA LATINA.⁽¹⁾



SÑORES: El siglo presente, que se inauguró con las grandes reformas, porque era hijo de una violación terrible, pero fructuosísima, asiste en la actualidad á un pasajero espectáculo que, si no es la hegemonia del antagonismo, como suprema ley de todas las relaciones humanas, tiene mucho de interesante y no poco de triste. En primer término, absorbiendo más poderosamente la atención de todas las inteligencias preocupadas en resolver los grandes problemas sociales, vemos á la duda que hace presa en las conciencias, más como quien incita al atrevimiento, que como quien aprende; á la razón en lucha declarada con el fanatismo y las preocupaciones, un día sus perseguidores insensatos; á la democracia esperando afanosa la posesion de

(1) En esta Memoria ha planteado el secretario primero de la sección de ciencias morales y políticas del Ateneo de Madrid, Sr. Moya, el tema que dicha sección está discutiendo en el curso actual. El tema está formulado en los mismos términos en que aparece como epígrafe de la Memoria.

una herencia que le ha sido universalmente reconocida; al problema social, terrible y luctuoso, ofreciéndose como argumento á la epopeya de la desesperacion. Más lejos el sordo aletear del espíritu de conquista, aún no extinguido; Rusia que sueña calenturienta con aquel pensamiento de dominio universal, que fué el muro contra el que el génio y la fortuna de Napoleon se estrellaron; Alemania, acudiendo al expediente de las alianzas diplomáticas, ó al de la paz armada, para evitar que la idea del panslavismo se realice, tan en perjuicio suyo como en el de estos pueblos latinos en que vivimos; Grecia, condenada á eternas desventuras, y Francia no ménos preocupada que de recobrar sus fronteras naturales, de demostrar que la república que fué en 93 un Apocalipsis sangriento, es hoy garantía firmísima de todos los derechos y afianzamiento seguro de todas las libertades. En el fondo del cuadro, revueltos, mezclados, confundidos, los defectos de que el régimen interior de cada nacionalidad adolece; el guerrear de los partidos políticos y muchas lamentaciones estériles en nombre de ciertos principios, tan injustamente negados como aparentemente desconocidos.

Y esas figuras no están quietas. Se mueven, y en la agitacion extraordinaria que las domina dan idea de lo pronto que han de menester como asilo un santuario en la conciencia ó un lugar en las instituciones. La democracia viene á rectificar el error de ciertos sentidos parciales que la calumnian; la razon, en sus incesantes investigaciones, descubre nuevos mundos, más dilatados y hermosos que aquella paradisiaca tierra americana que el gran marino genovés arrancó de los misteriosos limbos de la geografía; el problema social no se contenta con los efímeros paliativos que la caridad le ofrece; el espíritu de conquista siente cerca de sí la influencia del derecho de gentes que los pueblos amarán cuando la conozcan y realizarán cuando la amen; y las diversas nacionalidades gozarán bien pronto de todos los beneficios que la aceptacion franca y decidida del gobierno representativo ofrece. El árbol de la libertad, frondoso y magnífico, nos presenta sazonado el fruto; no hace falta más que quererlo, y ese fruto caerá en nuestras manos.

Significa esto que no es la agitación que denunciamos como el estertor de la agonía que precede á la muerte, sino como la ansiedad precursora del triunfo. Colon nunca tuvo mayor inquietud que al llegar el día en que gozoso pudo exclamar ¡tierra! ¡tierra! y Napoleon temió más por su suerte ántes de Austerlitz que en Waterlloo.

Tres distintas clases de problemas hemos enunciado. Los primeros preocupan de igual manera á todos los países; los últimos más particularmente á las naciones á que interesan; para los problemas internacionales se ha querido encontrar solución en la llamada política de razas. Tal vez por esto, recordando las grandezas de la raza latina, su gloriosa historia, su influjo decisivo en la civilización y el olvido en que yace abandonada, y pensando que su misión importantísima y providencial no ha concluido, se acogió por la sección este tema del *Ideal político de la raza latina* que brevísimamente voy á exponer. Otra razón no encuentro.

Confieso, señores, que aceptándole sin gran disgusto, nunca fuí partidario del tema elegido para que diese origen á una de aquellas brillantísimas discusiones en que, al lado de vuestra erudición, se admiran los resplandores de vuestra elocuencia, y en las que forman raro contraste con las diferencias y los abismos que entre nosotros han abierto las distintas opiniones y el entusiasmo de escuela, la amistad y el respeto que os unen y las corteses formas de que sabeis hacer plausible gala.

Entendia yo entónces, y á medida que el tiempo ha pasado me he ido confirmado más y más en aquella creencia, que este tema acerca del *Ideal político de la raza latina*, tal como está redactado, y no sé de qué otra manera, sin quitarle su verdadero carácter, podria redactarse, tiene gran semejanza con las decoraciones de teatro. Miradas desde lejos, en el momento de la representación, cuando las candilejas brillan, y, aún más que ellas, las luces de la preciosa araña que al teatro da tanta alegría, las decoraciones de teatro tienen belleza, colores relucientes, perspectiva, claro-oscuro, todo lo que han de menester para que se las contemple con embeleso. Pero cerca de ellas, á la luz del sol, brillo, belleza y perspectiva

desaparecen, y sólo queda en su lugar un lienzo viejo algunas veces, borroso muchas y roto casi siempre, cuyo único mérito consiste en aprovecharse de los auxilios que la distancia y la luz generosas le prestan. Este tema, *Ideal político de la raza latina*, es grandioso cuando se piensa que esa raza hizo el renacimiento y detuvo en su triunfal carrera el poderío de los turcos y de los árabes, descubrió el Nuevo Mundo y vió caer en su seno á la revolucion, y representa el sentimiento de la vida, la pureza en el arte, el heroísmo en la guerra, la grandeza en el propósito, la generosidad en el fin y el entusiasmo en todo. Pero mirado en la época presente, en que el sistema de las nacionalidades se impone como consecuencia necesaria de aquel principio de individualidad que trajo el pueblo germano, y de aquel principio de diversidad que sancionó la reforma; en que á los antiguos estrechos ideales exclusivistas han sucedido los modernos ideales de armonía y conciliacion; en que se aspira á ver escrita en un código universal de relaciones políticas entre los pueblos, la union del elemento de libertad y del elemento de igualdad que los pueblos germanos y latinos han representado en el sucederse de los tiempos, nos parece que intentando abarcar demasiado envuelve poquísimas cuestiones de verdadero interés, si de sus teorías no nos salimos. De aquí que diga yo que este tema del *Ideal político de la raza latina*, es como las decoraciones de teatro, á pesar de su grandeza aparente: un lienzo viejo. Pintado por mí resultará borroso y pobre. Pero vosotros teneis criterio superior y benevolencia acreditada. Sean ese criterio y esa benevolencia como la distancia y la luz de que las decoraciones necesitan para ser miradas con atencion y generosa complacencia.

Ante todo y procediendo por eliminacion, declaramos que ni siquiera pretendemos asomarnos á las fronteras de la antropología, y no porque dudemos de que ella ofrece á la sociología poderoso auxilio para resolver la cuestion de si existen ó no diferencias naturales de raza en la constitucion de los pueblos, ni menos de que en la variedad histórica influjo más ó menos directo ha tenido la razon de raza, sino porque el referirsè el tema al ideal político de la raza latina y sólo

al ideal político, aleja el problema del terreno etnológico.

Dejamos á un autor de antropología especulativa defender que cada sér organizado posee varias almas, y á Gichel que se afane en demostrar que los séres humanos no son colonias, sino realmente individuos, y en negar la unidad de la especie humana; y las doctrinas de Müller, Blumenbach y Retzius que demuestran la persistencia é invariabilidad de la raza. Y prescindiendo de esto y del lenguaje con arreglo al cual no habia ninguna raza, porque hoy no hay en Europa ningun lenguaje positivo puro, entenderemos como los defensores de ella por raza latina la que formarían los pueblos herederos de Roma si la formasen.

En la vida del mundo encontramos siempre, presidiendo la organizacion de las sociedades y alentando y moviéndose dentro de ellas, dos tendencias opuestas, que en lucha constante una con otra, no se han contentado con ménos por premio á la victoria, que con hacer á los pueblos esclavos de sus preceptos absolutos, impidiendo toda conciliacion y todo armonismo. Esas dos tendencias son la ley de sociedad, absorbente, monopolizadora, tiránica por el cesarismo, y la ley del individuo, descentralizadora, independiente, tiránica por la anarquía.

Una conduce á la negacion de la personalidad humana; otra á la muerte de las sociedades. Una hizo del Oriente una sociedad de castas, un gobierno de hierro, un monumento grandioso é imponente sepulcro de la libertad individual; la otra sirvió á Grecia para fundar la democracia, para hacer del hombre un ciudadano y elevar, como dice Donoso, al ciudadano al trono, y que desde allí hablase con los Dioses, pero no para formar una nacion, ni para hermanar en una aspiracion comun á todas las Repúblicas griegas.

En Oriente, la ley de sociedad ahoga la ley del individuo; en Grecia, la ley del individuo mata la ley de sociedad; por eso Grecia y Oriente no legan á la posteridad una sociedad acabada y potente, sino los elementos con que las modernas sociedades habian de formarse. Roma pretendió en vano realizar esta obra milagrosa; quiso lograrlo ahogando la libertad, y al matarla pereció con ella. La solucion última es el

derecho como fórmula del problema político en sus varias manifestaciones.

En las sociedades modernas, esencialmente modificada por la influencia de la civilización, nótanse más que separándose, pidiendo con urgencia, como indispensable, su unión sincera y estrechísima, dos elementos, herencia de aquellos otros que tan hondos abismos abrieron en los pueblos de la antigüedad; el elemento individual que á las naciones germanas caracteriza, y el elemento social, rasgo que determina y diferencia, en opinión de algunos, de todas las demás, á las naciones que de Roma recibieron el espíritu que las anima y la inspiración que las dirige. Fundándose en que los pueblos germánicos, efecto del poder de la individualidad á que siempre prestaron ferviente culto, lograron el feudalismo, la reforma, la revolución de Inglaterra y la revolución de los Estados-Unidos y en que los pueblos latinos como consecuencia necesaria de aquella tendencia á la unidad que les distingue, pueden tener como obra suya los progresos del catolicismo, el pontificado, el imperio, y la revolución francesa, se quiere defender que hay política de raza; que las razas como las nacionalidades responden á la ley de sociedad y de unidad que impera, así en las sociedades humanas como en el universo; que completan á las naciones, como la familia al individuo, y que son á la naturaleza como las fuerzas contrarias de la sucesión al equilibrio nacional, y en suma, que ya por la conquista, ya por el influjo político, ya por relaciones entre los pueblos y la región que ocupan cerca de otros, las naciones se acercan y forman una raza, á la manera que las familias se acercan y se funden para formar un pueblo.

Esta teoría de las razas, así planteada, parece que viene á favorecer la unión de todos los pueblos y á procurar que en las relaciones internacionales imperen, como argumento supremo, la armonía, no la invasión; la tolerancia, no el monopolio; el respeto, no la forma; la justicia, no la terrible guerra. Estos resultados, si fuesen seguros, bastarían para disculpar, ya que no para justificar, la política de razas. Pero no lo son por desgracia, y los que defienden la existencia de las razas tendrían que venir al convencimiento de lo imposi-

ble que es el ideal que defienden, lo doloroso de su desengaño. La filosofía de la historia ha pasado en esto de averiguar el fin á que la humanidad presurosa camina, y los medios de que para terminar su viaje dispone, por muchas fórmulas que la moda, más que un fundamento racional, defendía y que como la moda pasaron en brevísimo plazo. La monarquía universal, las misiones providenciales, los movimientos de Oriente á Occidente y de Occidente á Oriente, que hacen de la tierra un columpio de la civilización, y las razas figuran en ese catálogo. Necesario es confesar que esta teoría de las razas ha resistido más que otra alguna los ataques de la crítica, que por sentimental y falsa la destierra, y que aún hoy cuenta con entusiastas y elocuentísimos defensores. ¿Pero, es porque en los momentos actuales tenga más verdad y razón que aquellas otras que un análisis detenido enterró para siempre? No; es porque la Europa no ha sido hasta aquí más que germana ó latina, en cuanto estas dos palabras representan los principios individual y social que al constituirse copiaron las distintas naciones de nuestro continente; es porque en la historia la raza latina ha existido y tiene páginas brillantísimas que nos hablan de su heroísmo en la pelea, de su aptitud para las generalizaciones, de su fanático culto por el arte, y de su espíritu democrático; es porque tiene en Roma la unidad de la Iglesia y en España la barrera contra la que se estrellaron las agarenas huestes, y en Grecia el Pathenon por donde aún la poesía ve desfilarse en procesión sublime á los dioses homéricos, y en Italia las repúblicas de la Edad Media. Es, en fin, porque no se ha borrado ni se borrará nunca de nosotros el recuerdo de tantas grandezas.

Si las naciones latinas predicaron el cristianismo y le propagaron por el haz de la tierra; si á la caída del imperio romano civilizaron á los conquistadores salvando á la humanidad de una ruina ciertísima; si conservan las letras y las ciencias á través de aquella Edad Media tan poco conocida como mal juzgada; si fundan la cultura moderna; si en ellas aparece el renacimiento y las artes adquieren extraordinario vuelo emanadas de más sublimes ideales y auxiliadas por la pureza de las antiguas grandiosas formas clásicas; si pasean un día sus

estandartes victoriosos por toda la Europa; si llevan su civilización á América y su caridad á las africanas regiones y su grandeza militar á Egipto; si con los resplandores de la revolución llenan de luz á todo el mundo; si en ningun código se copia tan bien la justicia como en sus códigos; si tienen guerros como Cárlos V y Napoleon; pintores como Rafael y Miguel Angel; filósofos como Santo Tomás y Vico y Rousseau; hombres de Estado como Richelieu y Cricens; diplomáticos como Maquiavelo; oradores como Mirabeau y poetas como Virgilio, Dante, Camoens y Tasso; si parece que mirando al hermoso y purísimo cielo que los envuelve han copiado de él la grandeza de todos los pensamientos en que se inspiran, acreedores son á nuestra veneracion entusiasta y á nuestro religioso culto, pero no á que declaremos que hoy la raza latina existe con caractéres propios y definidos, perfectamente distintos de los que retratan á todas las demás, ni ménos se nos obligue á confesar que esas naciones, como parte de ellas, tienen un ideal político que á los intereses de todas y á sus aspiraciones igualmente conviene.

No. No es cierto que los pueblos de la misma raza y el mismo origen se resignen gustosos á la vida colectiva sacrificando á los intereses de raza sus propios intereses, las más de las veces en desarmonía con aquéllos. Portugal tiene más amistosas relaciones con Inglaterra que con España, con ser la misma nuestra geografía, y nosotros, seducidos por su influencia, estudiamos la filosofía de la raza germánica; aspiramos á copiar en nuestros códigos políticos las prácticas constitucionales del pueblo inglés, y sólo nos hemos arrepentido de la injusta complacencia con que el honor á una humillacion nos hizo ver el predominio militar del imperio aleman cuando hemos visto á Francia arrepentida de sus errores, recobrar sus pasadas grandezas y su poderoso influjo á la sombra bienhechora de la democracia.

No. No es justo maldecir de la política, que sólo secundariamente atiende á las afinidades de raza, á las tradiciones de la historia y á ciertos lazos de consanguinidad, porque esto no supone que las naciones como los irracionales cuando no necesitan de sus padres los abandonen renegando de ellos, sino

más bien que los pueblos llegados á la mayor edad se emancipan, y que sin olvidar su origen, se deben en primer término á la nacionalidad que como nueva familia crean despues á la humanidad, que es la patria de todas las naciones.

Cada pueblo, ha dicho Laurent, representa en cierto modo una idea; esta idea es el principio de su vida, sin ella dejaria de ser; mientras permanece fiel á ella, desempeña en la historia un papel glorioso; el dia que la abandona renuncia á la vida, empieza su decadencia y muere para renacer en otras condiciones. Así explicada la idea de nacionalidad por mucho tiempo encarnada en la conciencia humana, y realizada ya en los hechos, es incompatible con la idea de las razas en el sentido que los defensores de ellas las aceptan. El mundo marcha á la unidad, no á la unidad absurda que consiste en la destruccion de toda variedad, pero sí á esa unidad en la variedad á que las razas son opuestas por la limitacion que establecen, y sólo el derecho internacional puede conquistar para los pueblos.

Con aceptar esto de los ideales de raza, se nos dice, no perdemos nada, ántes bien ganamos mucho para la concordia y armonía en las relaciones internacionales, al mismo tiempo que procuramos para los países latinos fructuosa victoria. Descartando todas las declaraciones con que la geografía, la fisiología, el lenguaje, el clima, la idea religiosa y el interés puedan informar determinando la idea de la raza como más ó menos constantemente han influido en la determinacion del hecho de la nacionalidad, aún tenemos, añade, la historia que nos presenta á los pueblos neo-latinos como herederos de aquel espíritu de universalidad que alentó poderoso en Roma, de su derecho, de su tendencia á la unidad religiosa, del arte, de la literatura y más particularmente del sentido político que informa la aparicion de esas mismas nacionalidades. No lo negamos. Pero como en el sucederse de los tiempos, y este es uno de los maravillosos milagros de la civilizacion, los pueblos neo-latinos en sus relaciones con los germanos han mandado esta herencia en gran parte con la de éstos, al hablar de la raza latina tendríamos que limitarnos á recordar lo pasado, nunca á señalar el ideal político exclusivo de ella,

que tendria que referirse al porvenir, sepulcro de todos los exclusivismos. ¿Cabe discutir sobre esto? No. La historia, que es arsenal de toda clase de argumentos, y cuya intervencion como consejera es parecida á la del pueblo en nuestro teatro, que contesta á las preguntas que se le dirigen satisfaciendo siempre los deseos del que le interroga, ha dicho la última palabra elogiando reconocida sus grandezas. Dado el ideal social de la especie humana, ¿tendria interés debatir con ocasion de este tema la proximidad en que con respecto á él se encuentran los pueblos que descenden de la raza germánica y los que directamente vistieron la herencia de Roma? No, porque en tal caso no saldriamos del más y el ménos, y más que á la ciencia política y á la filosofía de la historia tendriamos que pedir en último término auxilio á las matemáticas. O el reconocer que la raza latina tiene un ideal de política exterior implica cierta complacencia en arriesgarse en alguna de aquellas empresas militares de que más motivos que nadie tiene España para lamentarse; en cuyo caso, haciendo imposible la completa armonía del elemento social y del principio individualista que consideramos urgente, volvemos á un punto de partida que abandonamos despues de la paz de Westfalia, ó ese ideal no existe. No hay término medio. Protestan además contra los ideales de raza, de un lado los ideales de las naciones, distintos casi siempre y opuestos muchas veces aún dentro de aquéllas que los partidarios de las razas clasifican hermanadas en una agrupacion comun; de otro la necesidad de fundir en un sólo principio la base social de todas las naciones de Europa. La gloria de la germana á los ojos de las revoluciones modernas, ha consistido, segun un orador ilustre, en procurarnos el conocimiento racional de aquella idea del derecho que nosotros habiamos sentido, que nosotros habiamos implantado en la realidad ántes de que ellos nos dieran de esa idea clara y distinta conciencia. Los alemanes han obrado en sus revoluciones más en la conciencia que en el espacio. Nosotros hemos tenido que pensar siempre sobre lo que habiamos realizado. Y si nosotros les debemos todo lo que engrandece la personalidad, y ellos nos deben todo lo que engrandece las sociedades; si es nuestra la

igualdad de que tan enamorados se encuentran, y suya la libertad que adoramos con fervoroso culto; si estudiamos á sus filósofos y ellos necesitan nuestra poesía; si entre ellos como entre nosotros á los tiempos de la obediencia pasiva de la fé ciega, del milagro, de los reyes dioses y de las creencias impuestas han sucedido los tiempos de la discusion y del libre exámen en que todo se debate y razona, y no hay duda que no se plantea, ni institucion que no se analice, ni problema que no se discuta, ¿vamos á levantar nosotros las barreras que el tiempo ha destruido, desestimando la política de razas que hoy es la política del antagonismo? Pues habremos cometido un grave error histórico, y los errores de la historia tarde ó nunca llegan á borrarse.

Por otra parte, el engrandecimiento de los pueblos por la conquista, dado que tal engrandecimiento sea posible, favorece la fama y aumenta el renombre y prestigio de los reyes; pero jamás es provechoso para los pueblos. Cárlos V, al luchar más que por la monarquía universal, con la cual tal vez ni soñó siquiera, por reconstituir el antiguo imperio de Occidente, no representaba á la raza latina, puesto que con pueblos que dentro de ella están comprendidos guerreaba, ni á nombre y en provecho de la española tierra, sino en nombre de su ambicion y en ruina de los pueblos que gobernaba. Y Felipe II, el monarca que reunió tantas coronas, que Laurent dice, que si alguna vez pudiera ser legítimo el orgullo nacional que desprecia y humilla, lo hubiera sido en el siglo XIV el orgullo de la raza española. Felipe II, repetimos, no la raza, que era para él una palabra hueca de sentido, sino la religion, tomó por lazo entre sus pueblos y por defensa de sus errores.

De que los ideales que cada nacion de las que forman los pueblos latinos persigue no son los mismos, una ligera enumeracion de ellos nos dará clarísima prueba. Repuesta apenas de un descalabro terrible y vergonzoso á que la insensatez la condujo para Francia el ideal soñado, aquél que unen á sus oraciones todos los patriotas, é incrustan en su corazon todos los soldados, es el de alcanzar sus fronteras naturales, recobrando la Alsacia y la Lorena, violentamente arrancadas. Para Italia, que ve en el Austria un enemigo eterno, y tiene en

el Vaticano un recuerdo vivo del poder temporal del Papa, consolidar por el empleo de la diplomacia una nacionalidad á tanta costa realizada. Para Portugal, emanciparse de Inglaterra, que la tiene condenada á perpétua minoridad, y establecer en Africa un nuevo poder colonial que favorezca su comercio. Para España, conseguir que Gibraltar le fuese devuelto; estrechar más y más los vínculos que la unen con las repúblicas americanas; llevar su civilizadora influencia á Marruecos; convencida de que la atonía seria criminal, porque en Marruecos se abren para ella horizontes brillantes, y le está reservado el cumplimiento de grandes destinos, y más remoto el ideal de la union ibérica para que pudiese realizarse aquella frase de Commercin: «Si España y Portugal, que están unidas por los lazos de la naturaleza y de la geografía, fortaleciesen estos lazos por la unidad política, no resonaria un cañonazo en Europa sin su permiso.» Analizar en qué convienen esos ideales, qué relaciones tienen, en qué se oponen y en qué dificultan el cumplimiento de los que otras naciones tienen por sus ideales, trabajo es más para aplazado que para emprendido. En apoyo de nuestra tesis, deduciríamos que algunos de esos ideales no tienen relacion ninguna: que hay oposicion entre otros, y que ni uno sólo podria contar para su realizacion con el concurso decidido y enérgico de todos los pueblos latinos. Para esta consecuencia, con ser importante, consideramos mucho trabajo el que gustosos hemos abandonado. Más que él, y á menos costa, un dia el hecho de ver á algunos pueblos latinos en alianza con otros germánicos, para llegar á más de uno de los resultados expuestos. Resultado de todo: que afanándonos en buscar los ideales de una colectividad de naciones, no encontraríamos, al fin, sino el convencimiento de la imposibilidad de nuestro empeño.

Bien sé que los partidarios de la política de razas, con el ejemplo de la inmortal pero desventurada Grecia, van á salirme al paso diciéndome: «Sí. Hay un ideal de política exterior que interesa igualmente á todos los pueblos latinos, y que todos desean ver realizado en breve plazo; el helenismo resucitado por la influencia de la revolucion francesa, de sus aspiraciones humanitarias, de su propaganda irresistible. ¿Pero

es esto cierto? No. Verdad es que Francia é Italia trabajan poco, ciertamente, para que el territorio griego se extienda; pero los demás pueblos latinos se satisfacen con una compasion silenciosa é inútil, y en nada manifiestan que aquella cuestion les preocupa. Aunque así fuera, no habia que buscar la explicacion de este auxilio, como no hay que buscar la explicacion del auxilio que Francia é Italia á Grecia prestan en el espíritu de raza, ni ménos planes políticos próximos ni remotos. En esta proteccion, en este secreto irresistible, impulso que nos hace llorar desconsolados las desgracias de los helenos, y querer remediarlas, hay, más que el influjo del espíritu de raza, un sentimiento de piedad infinita que pueden tener los pueblos germanos, del mismo modo que le tenemos nosotros por la pobre Polonia. Y Grecia es digna de esta veneracion que todos los pueblos de Europa la tributan. Ella, en cuyo seno se unieron el espíritu de universalidad de la antigua Roma con sus grandezas, y el génio artístico de la vieja Grecia con sus obras inmortales llenas de la eterna juventud de los dioses homéricos, viene condenada á padecer bajo la tiranía de los turcos, y á luchar más tarde contra ellos que tenian el absolutismo oriental; es el poder y el derecho de la fuerza por única mision moral en el mundo. Ella, que dió al mundo entero las bases de la filosofía, y del arte, y de la política, y de la democracia, bajo la férula de un monarca extranjero, convertido en juguete de los diplomáticos. Ella, en fin, de donde copiaron las modernas sociedades el sentido de libertad que nunca conoció el Oriente, comenzando ahora sus ensayos de constitucionalismo, para no recordar, sin duda, que está su hacienda, más que al borde del abismo, de la ruina dentro de él, y que en vano reclama de los pueblos latinos que la ayuden á conquistar la herencia que el imperio turco, llamado á morir, la ofrece, y el imperio ruso llamado á dominar la arrebatada.

Y si con esto quedan contestados los que en el helenismo ven el ideal de política exterior de la raza latina, ¿qué les queda á los defensores de la política de razas para persistir en su noble y entusiasta, pero equivocada creencia? Bien sé que un último baluarte, en el cual, y por lo mismo que ellos le consideran inespugnable, ha de ser más honrosa con no ser más

difícil la victoria. Ese supremo argumento consiste en afirmar que los pueblos latinos caminan más presurosos que los germánicos al afianzamiento del sentido democrático moderno, y que sería inútil pedir á la raza germánica, que en el movimiento político europeo, trajese, ántes que la raza latina, el organismo de la democracia. Suponiendo que esto fuera cierto, ¿qué demostraría? Nada en contra de las opiniones que hemos sustentado. Si el organismo de la democracia es de los pueblos latinos, la esencia de ella es de los pueblos germánicos; si nosotros damos la forma, ellos dan la idea. No hay, pues, preferencias, no hay prioridades, y si las hubiese, el ideal de conciliación aconsejaría destruirlas. Los pueblos latinos y los pueblos germanos ven en la democracia algo que es suyo; pero la aman con entusiasmo toda entera.

De los antiguos ideales no queda ya más que el recuerdo. La escuela teocrática, que constituida en panegirista de la más absurda é insoportable tiranía, erige en verdadero y único soberano al clero, y condena como heregía todo exámen del gobierno; y toda separación entre los poderes espirituales y temporales, ha desaparecido de la faz de la tierra y sólo el fanatismo repite, para hacerlas aún más aborrecibles, las exageraciones de Bonald y De Maistre. La escuela legitimista, para quien no había más soberano legítimo posible que el poder constituido de antiguo en la sociedad y que anatematiza todas las resoluciones, siendo en ellas un delito de lesa sociedad, ha ido de transacción en transacción hasta reconocer que la soberanía reside á medias en los pueblos y en los monarcas. El doctrinarismo cede el campo á la doctrina liberal, y hasta los que ven en la democracia un vértigo que lucha por escalar la inteligencia de las naciones para derrumbarlas en el anarquismo, declaran que el partido democrático es en la actualidad el más activo y el más poderoso de Europa; no niegan que colocado en la corriente de la historia, él es quien la mueve y empuja y alienta á la sociedad á marchar al progreso: y confiesan, aunque les pese, que apenas si los principios conservadores encuentran quien los defiendan y propague.

Reconocen en el partido democrático esa fuerza y ese prestigio y esa salvadora influencia, y acusarle después de pertur-

bador, es calumniarle. El mejor gobierno es el que más fielmente copia la justicia, y la libertad es el único principio del derecho, porque todo derecho se refiere á la libertad y toda justicia por la libertad se explica y define. No nos asustemos, pues, sin motivo de las consecuencias que el reinado de la democracia pudiera producir, que esas consecuencias no habian de ser fatales, como los enemigos de la democracia profetizan, sino ventajosísimas para el progreso de los pueblos. No condenemos por sistema una teoría política que cada dia se va ganando más prosélitos, porque sancionariamos una injusticia. No nos opongamos al triunfo de la democracia, que consiste en el establecimiento sincero y perfecto del régimen representativo, porque alejaríamos á las naciones de la ansiada paz y del suspirado engrandecimiento que á la sombra de ese sistema les aguardan.

Además, que aún cuando quisiéramos rechazar el imponente movimiento de la democracia, no nos sería posible. Es ya más poderoso que la voluntad de los hombres y que la voluntad de los pueblos, porque el único dominio sagrado é irresistible es el dominio de las ideas.

Las ideas lo llenan todo, no perecen nunca cuando son redentoras; se dirigen á un fin, y en su persecucion avanzan, avanzan sin que nada pueda detener su impetuosa carrera. Mirabeau fué, si no el autor de la revolucion francesa, el que, sintiendo el rumor de ella claro y distinto, dijo á la Francia: «Aquí está.» Fué su propagandista, y su guía, y su tribuno; fué el alma y la palabra de ella; y en vano, para cumplir un compromiso de su venalidad, ó verdaderamente asustado de las proporciones que la revolucion tomaba, quiso parar su marcha. Sus esfuerzos fueron impotentes; la Francia no se libró del terrible espectáculo que Mirabeau presentia; la revolucion era más poderosa que él.

Lo mismo puede decirse de la democracia. Recordemos su larga y penosa, pero laboriosísima carrera por las sociedades humanas, y veremos que conquista primero la igualdad ante la ley y la libertad política; que logra más tarde las desvinculaciones y la desamortizacion eclesiástica; que luego alcanza el sufragio universal, y que hoy, segura de que con sus bene-

ficios ha borrado la desconfianza temerosa que su nombre sin motivo causaba enfrente de absurdas teorías políticas y de creencias impuestas, aspira á la resolución del problema social cuyos primeros términos se refieren, según un sábio publicista, *al derecho á vivir* y á la capacidad de las clases inferiores para influir en la vida pública y ejercer el poder que á su alcance ha puesto el sufragio universal.

A esta obra regeneradora que con verdadera ansia aguardan todos, absolutamente todos los pueblos de Europa, han contribuido Laboulaye, Julio Simon, Mingueti, y no sé cuántos más diga, ilustres escritores latinos, pero inspirándose en aquella tendencia kantiana de la libertad moderna, principalmente dirigida á garantizar el derecho del individuo á ser, moverse y vivir dentro de su propia esfera y sobre la doble base de la *autonomía* y de la *innomía*.

No creemos que esa política de raza haya sido en absoluto una política sentimental y falsa, pero sí que hoy, procurando el aislamiento de algunos grupos de naciones impediría los resultados de ese enérgico, poderoso influjo hácia la unidad que así en ciencia como en política se impone de un modo inevitable. Todo no habla de ese influjo. El libre-cambio, que aspira á borrar las aduanas; los milagrosos descubrimientos modernos, que hacen para el efecto de sus relaciones casi vecinos pueblos, un día separados por el abismo de las distancias; el derecho internacional, próximo á su triunfo perdurable. La unidad que buscamos, no causa la destrucción de la variedad; es la unidad, es la variedad que descubrimos en la naturaleza, y sirve de pedestal al arte. Dos elementos se necesitan para que nazcan el elemento de la divinidad y el elemento de la unidad, y Laurent los estrecha. Se necesitan naciones independientes, pues sino no hay sujetos capaces de derecho; se necesita un vínculo entre las naciones, pues sino no hay relaciones que puedan ser objeto de derecho. La sanción del derecho supone que las resistencias individuales desaparecen ante la voluntad general. Para llegar á este resultado hace falta saber que los pueblos, lo mismo que los individuos, tienen su responsabilidad; que existe una ley del deber, á la cual están obligados á prestar acatamiento. Cuando este con-

vencimiento, dice Laurent, haya penetrado en la conciencia humana, se habrá realizado un gran progreso en el desarrollo del derecho internacional.

Dejémonos, pues, de ideales políticos de razas, que de poder realizarse, más habia de entorpecer que facilitar la marcha del progreso, y dirijamos nuestros esfuerzos á proeurar la realizacion de un fin más alto: el ideal racional de la humanidad.

Haciendo que se borren las diferencias que el espíritu de raza, las religiones, las costumbres y el idioma, abrieron un dia entre los pueblos, condenándolos á perpétua agitacion y á vida sin ventura; admitiendo como ideal inmediato la conciliacion de los dos principios de unidad y diversidad, lo cual se consigue con favorecer la independendencia de las naciones y multiplicar los vínculos que las unen; no mostrándonos sordos á la voz del sentimiento de solidaridad que tan poderoso influjo ejerce, así en los hombres como en los pueblos; no permaneciendo indiferentes ante el impulso hácia la unidad que se manifiesta en todas las relaciones de vida, y aceptando como fundamento de esa union entre los pueblos el derecho internacional, facilísimo de cumplir, porque su fuerza no está en las bayonetas, sino en la conciencia humana, habremos arrojado á la guerra del pedestal en que hoy se muestra orgullosa, ó no serán por lo ménos tan frecuentes los conflictos entre las naciones.

Más tarde, la hora de realizar la idea de Sully habrá llegado, y como la utopia concebida por un espíritu elevado es el ideal á distancia, segun la feliz expresion de un poeta famoso, esta profecía de un escritor ilustre se habrá cumplido:

«La guerra habrá muerto; los ódios habrán muerto; las fronteras habrán muerto; el hombre vivirá, y por encima de todo habrá una gran patria, que será toda la tierra, y una gran esperanza, que será todo el cielo.»





ESCENA FINAL.

Dios, tú y yo lo sabemos: ¡ me has querido!

No importa que me niegues,
como el apóstol que negó al Maestro;

que á vil traicion me beses
para entregarme luego como Júdas;
no importa que me execres,
que me cubras de zarzas el camino,
que mi vida envenenes,

que el corazon pisotearme quieras,
que quieras muerto verme;
¡ no importa! llevarás por donde vayas
mi recuerdo presente;

no me podrás echar de tu memoria,
é iré contigo, asiéndote,
y tú conmigo irás, como dos fieros
terribles combatientes

que se van desgarrando las entrañas,
y soltarse no pueden,
y, juntos yendo así por todas partes,
se matan..... y no mueren!

Yo puedo odiarte, pero tú olvidarme
eso.... nunca lo intentes.

¿Quién te sabrá borrar del pensamiento
las horas de deleite

que en éxtasis divino hemos pasado,
eternas, aunque breves?

Tú tendrás que decir cuando me veas

—¡Ay! ¡aquél que allí viene
 tuvo su corazón junto del mío,
 en mis manos su frente;
 yo le miré cautivo noche y día
 en mis amantes redes;
 él ha cojido de mi pecho, flores,
 y de mis labios, mieles;
 nuestras alas de inquieta mariposa
 quemó igual llama ardiente;
 los dos hemos probado un mismo filtro,
 unos mismos placeres;
 los dos hemos soñado en otro mundo
 durmiéndonos en este!—
 Y ese cariño con un velo ahora
 cubrirlo te conviene;
 y de tu corazón muestras en cambio,
 las tristes desnudeces.
 ¡Jamás con tanto horror cubrí mis ojos
 como hoy para no verte!
 ¡Nunca á tan negro abismo bajó nadie
 por tan negra pendiente!
 Hoy, al verte en su fondo, hoy..... ¡en Dios creo!
 Más sonríe al ponerte
 el velo blanco y la corona blanca.
 Ningun pesar te aqueje,
 ni en tu lecho nupcial turbe tu sueño.
 Así es como se debe
 en este mundo cometer un crimen;
 así es como se teje
 la trama oculta de una negra infamia;
 así el mal debe hacerse;
 así manchan los ángeles sus alas;
 así caen los luzbeles!
 Mas un día vendrá, sábelo, un día
 en el cual, de repente,
 en medio de tus sueños de locura
 tu conciencia despierte:
 ¡por algo Dios dispuso que ni el cuerpo
 ni el alma duerman siempre!
 ¡Qué horror entónces al abrir los ojos!
 ¡qué visiones crueles!
 ¡qué eternas agonías! ¡qué torturas!
 ¡qué manojos de sierpes
 retorciendo, entre horribles convulsiones,
 tu corazón demente!

Entonces sentirás por tu cabeza
 con un murmullo leve,
 cruzar sueños de rosa y alas de oro:
 y verás vagamente,
 que en una tibia atmósfera magnética
 mis caricias te envuelven,
 y á la luz de un relámpago sangriento
 que hasta tu ayer penetre,
 cruzarán en tropel por tu memoria
 nuestros días alegres,
 como pasan los ángeles cantando
 sobre un lecho de muerte;
 y sentirás arder tus secos lábios
 recordando las veces
 en que un beso de fuego te dejaba
 por un beso de nieve!
 Me buscarás y me abrirás los brazos;
 y yo, por más que ruegues,
 como el Supremo Juez en el *dies iræ*;
 te lanzaré, inclemente,
 mi eterna maldición sobre tu alma;
 y verás, de esta suerte,
 sin que puedas salvarte ni morirte,
 que tu esperanza muere!
 Ante el cielo tu amor sabes que es mio;
 es mio solamente;
 si para el mundo ese cariño es de otro
 ¡qué poco el mundo entiende!
 Aunque en mi pecho el corazón estalle,
 déjame que me esfuerce
 y me ría un momento de esos lazos.
 ¡Reír!..... ¿no te parece
 que es el mejor final de todo drama
 que en el mundo sucede?
 ¡Riamos!..... tú me quieres, yo te quiero.....
 ¿no es verdad que me quieres?
 ¿Qué falta á nuestra dicha? Que nazcamos
 de nuevo, únicamente;
 yo, un vil sin corazón y sin conciencia;
 tú..... tú..... así..... ¡como hoy eres!

G. BELMONTE MULLER.

Puerto-Rico 14 de Mayo de 1876.